



**Universidad Nacional
de General Sarmiento**

La experiencia y sus múltiples temporalidades.

**Dinámicas de organización local en torno a planes sociales: una mirada
desde la cotidianeidad**

Tesis de Maestría en Ciencias Sociales

María Victoria D'Amico

DNI: 30057505

Director: Dr. Martín Retamozo

Septiembre de 2010

Resumen

En 2002 en Argentina, la política de planes de empleo se masificó y pasó a constituir parte relevante de las políticas de Estado. Este proceso promovió que diversos actores pugnarán por los modos de distribución y gestión de los “planes”, así como por legitimar su lugar en la trama de vínculos que este modo de intervención estatal comporta. De esta manera, se incorpora a las múltiples temporalidades de las experiencias locales de organización y sus dinámicas, el ritmo de la política social.

En este marco, nos proponemos reconstruir las tramas relacionales que constituyen una experiencia de organización, la “forma social copa”, situada en Barrio Arroyo, que gestiona planes de empleo. Indagaremos cuáles son los tiempos que organizan las experiencias de las subalternidades. Buscamos además reconstruir cómo las clases populares inscriben y recrean al Estado en sus prácticas cotidianas, a la vez que imprimen ritmos específicos en la temporalidad que configura el orden social, aún cuando este proceso no adquiera visibilidad en la escena pública. El objetivo es caracterizar la “politicidad” de las clases populares, considerando el modo en que éstas actualizan al mismo tiempo que resignifican sentidos sobre el orden social, en un contexto de dominación hegemónica cuya particularidad está dada por la integración marginada de amplios sectores sociales a través de políticas estatales.

Resumo

Em 2002 na Argentina, a política de planos de emprego se massificou e passou a constituir parte relevante das políticas de estado. Esse processo permitiu que diversos atores propugnassem por modos de distribuição e de gestão dos “planos”, como também legitimou seu lugar na trama de vínculos que esse modo de intervenção estatal comporta. Assim, se incorporou as múltiplas temporalidades das experiências locais de organização e de suas dinâmicas o ritmo da política social.

Nesse marco, nossa proposta se direciona a reconstruir as tramas relacionais que constituem uma experiência de organização, a “forma social copa”, situada no Bairro Arroyo, que gestiona planos de emprego. Indagaremos quais são os tempos que organizam as experiências de subalternidades. Buscamos ademais demonstrar como as classes populares inscrevem e recriam o Estado em suas práticas cotidianas, à medida que imprimem ritmos específicos na temporalidade que configura a ordem social, ainda quando esse processo não adquire visibilidade na cena pública. O objetivo é caracterizar a “politicidad” das classes populares, a considerar o modo que atualizam, ao mesmo tempo que resignificam sentidos sobre a ordem social, em contexto de dominação hegemônica cuja particularidade está dada pela integração marginada de amplos setores sociais por meio de políticas estatais.

ÍNDICE

Agradecimientos

INTRODUCCIÓN	7
--------------------	---

CAPITULO I- “De arriba abajo”. La consolidación del orden neoliberal y la política de planes

1- La “cuestión social” en el neoliberalismo.....	26
2- Estado y clases populares: una relación mediada por los planes de empleo.....	31

CAPITULO II- “De abajo arriba”. La centralidad de los planes en las dinámicas organizacionales.

1- Organización colectiva, actores y planes.....	38
2- Las tramas sociales: experiencia, temporalidad e historicidad.....	45

CAPITULO III- Presentación: el barrio.

1- El barrio	52
1-2- La llegada	53

CAPÍTULO IV- La vida organizacional desde la cotidianeidad. Contraprestación, trabajo y rutinas.

1- La copa de Rosa	58
1-1 “Obligación, trabajo, contribución”. La contraprestación de planes.....	62
1-2 El mundo doméstico en el mundo del trabajo: algunos ejes de análisis	70

CAPÍTULO V- “Burocracia estatal, compromiso local”. Los criterios compartidos de justicia.

1- “Un poco a cada uno y todos contentos”. El reparto de recursos.....	75
2- La personalización de la burocracia: imbricación de lo individual y lo colectivo en la cotidianeidad	81

CAPITULO VI- La forma social de la política

1- “Hacer política” en (y a través de) la copa.....	84
---	----

2- La copa: una forma social	88
3-1 Las nociones legitimadoras: un horizonte colectivo polisémico	91
3-2 “ <i>Todo por los chicos</i> ”: negación e invisibilización de la política	94
3-3 La paradoja de la política	96
3-4 Sentidos colectivos, proyecto y producción del orden social	101
Reflexiones finales	107
Bibliografía	115

Agradecimientos

Asumir que la tarea de tesis terminó, lleva a mirar a modo de balance el trabajo realizado, pero especialmente, motiva a desandar el camino para reconocer y agradecer profundamente a todas aquellas personas que acompañaron e hicieron posible esta experiencia colectiva.

Este trabajo habla de un grupo de mujeres que a lo largo de más de un año, aceptó compartir su cotidianeidad conmigo, mientras llevaban adelante múltiples tareas que permitieran sostener la copa. Les agradezco a ellas, así como a todas las personas que formaron parte de mi experiencia en Barrio Arroyo, quienes me permitieron quedarme, registrar y aprender de sus vivencias.

Martín Retamozo comprometió en su tarea de dirección su lectura aguda, sus comentarios iluminadores y particularmente su calidez humana en cada instancia del trayecto. Dedicó paciencia y entusiasmo para pulir las primeras intuiciones, de manera que las ganas e ideas fueran adquiriendo lentamente la forma de un texto académico y con su amplitud de miras, acercó herramientas que me permitieron enriquecer la construcción del “objeto”.

Los comentarios de dos amigos ayudaron en la difícil tarea de afinar argumentos: Sebastián Giménez fue un lector incondicional y de la mano de su pasión por el estudio del peronismo disparó preguntas inquietantes que modificaron el enfoque sobre la práctica política, además de ofrecer mates, y escucha en los momentos en que la carga se volvía pesada. Jerónimo Pinedo ayudó a “pensar en voz alta” largas horas, aportó relatos efusivos acerca del mundo popular, y me estimuló a “autonomizar” la escritura, promoviendo con ello giros en el texto que indudablemente mejoraron la tesis.

Aníbal Viguera alentó, desde mi formación en la carrera de grado en la FAHCE-UNLP, la pasión por la búsqueda de herramientas intelectuales, así como las inquietudes políticas para pensar la realidad de nuestro tiempo. De él aprendí el entusiasmo por el trabajo académico y la docencia universitaria. Y junto a Ana Julia Ramírez, me transmitieron el compromiso militante por la universidad pública.

A quienes en diferentes instancias aportaron comentarios, discusiones y escucha a la tarea de investigación: Lucrecia Gusmerotti y Gastón Varesi; a los y las investigadores/as que transitan diariamente por el CISH. A los miembros del proyecto “Identidades y prácticas políticas de sectores populares en la Argentina post 2001: perspectivas analíticas y estudios de caso” en el que se enmarca esta investigación; al

equipo de estudiantes de sociología que comprometió su tiempo para brindar sus comentarios; a los y las compañeras y coordinadores que compartieron innumerables horas de taller de tesis, cuando las ideas estaban apenas hilvanadas, y particularmente, a Ramiro Segura, quien transmitió su pasión por el trabajo antropológico y facilitó la entrada al mundo de la etnografía.

Durante la tesis, los amigos y la familia acompañaron los vaivenes de aquello que sucede mientras uno escribe. Mis viejos ofrecieron su abrazo incondicionalmente y en la distancia mostraron su alegría con cada avance. Mis hermanos, Lau, Enri y Franco, son el cable a los lugares comunes, a la risa y encuentros familiares. Juli, Pame, Maru, Lau, Mónica y Natasha compartieron con su amistad esta tarea, salpicando la rutina con charlas y encuentros. La primada acompañó con viajes y discusiones a replantear el sentido de la escritura. Marian, Ina, Tata, interlocutores ineludibles.

Este trabajo está dedicado a todos ellos, sus aportes mejoraron indudablemente el trabajo. Quedan, asimismo, librados de la responsabilidad sobre los desaciertos, producto de las limitaciones propias en este camino del seguir aprendiendo.

Una beca de Estudio de la Comisión de Investigaciones Científicas de la Provincia de Buenos Aires (2008) y una beca de CONICET (2009) dieron el apoyo financiero para que pudiera dedicar el tiempo a la investigación. Finalmente, el tránsito por la Maestría no hubiese sido posible sin el trabajo de las autoridades, personal administrativo y docentes del programa de posgrado en Ciencias Sociales de IDES-UNGS. A todos ellos, gracias.

*A Daniel, Cintia, Laura y Marianela,
amigos queridos que encontré
en el transcurso de esta experiencia.*

INTRODUCCIÓN

“Propiamente hablando, el Tiempo es impensable sin creación; porque, de otra manera, sólo sería una superflua cuarta dimensión del espacio. Aquí, creación significa, desde luego, creación genuina y ontológica, creación de nuevas formas...”
(Cornelius Castoriadis, 1986)

“A la base de cada temporalidad social está, no un transcurso astronómico utilizado como cómputo de medida de la duración siquiera del movimiento analógico o digital de los números-marcas en un reloj- sino más bien una *interacción social* y, en definitiva, una trama de significaciones, unos símbolos, unos valores, que operan como *marcos interpretativos* que configuran el *ritmo* de la vida social, el *sentido* de las diferentes duraciones, la *creatividad* inscrita en tales duraciones.”
(Guadalupe Valencia García, 2007: XI)

La Argentina de los noventa fue signada como el momento de profundización de las políticas neoliberales en nuestro país, y reconocida particularmente por la diseminación de políticas estatales orientadas de modo focalizado y asistencial a grupos sociales recortados por un criterio de “pobreza”. Uno de los puntos de inflexión en las formas de asistencia estatal se visibilizó en la política de masificación de los planes de empleo, con la creación del programa Jefes y Jefas de Hogares desocupados posterior al estallido social de diciembre de 2001. Esta decisión política produjo un aumento significativo de la cantidad de beneficiarios de programas estatales. Asimismo, actualizó pugnas entre diversos actores por los modos de distribución y gestión de los recursos “planes”, así como por legitimar su lugar en la trama de vínculos que este modo de intervención estatal comporta. De esta manera, se configuraron experiencias de organización locales que incorporaron a las ya múltiples temporalidades de sus dinámicas organizativas, el ritmo de la política social.

Muchas de ellas adquirieron visibilidad y se constituyeron en objeto de estudio para las ciencias sociales en tanto actores que disputaron recursos y desafiaron -con diferente poder de interpelación- al sistema político, particularmente en tanto que organizaciones de desocupados. A su vez, otros trabajos analizaron la inscripción y el modo de circulación de estos recursos en el marco de redes políticas, poniendo especial énfasis en las tramas clientelares en las cuales circulan. En este contexto, una serie de instancias de mediación que también estableció formas de gestión local de la política social fue invisibilizada en tanto no disputó por los recursos estatales en la escena pública, quedando fuera del alcance de la diseminación de trabajos que se enfocaron en la

sociología de protesta, así como de los estudios centrados en el análisis de las redes políticas. No obstante, a este tipo de experiencias adscribieron –y siguen haciéndolo aún- sus formas de sociabilidad y politicidad una gran parte de las clases populares, razón por la cual centramos allí el foco de nuestro estudio.

Esta tesis indaga en las tramas relacionales que constituyen una experiencia de organización, una copa de leche¹ situada en Barrio Arroyo², que se caracteriza por encontrarse atravesada por lógicas de intervención estatal, a través de la gestión de planes de empleo. Indagaremos cuáles son los tiempos que organizan las experiencias de las subalternidades. Buscamos además reconstruir cómo las clases populares inscriben y recrean al Estado en sus prácticas cotidianas, a la vez que imprimen ritmos específicos en la temporalidad que configura el orden social, aún cuando este proceso no adquiera visibilidad en la escena pública. El objetivo es caracterizar la “politicidad” de las clases populares, considerando el modo en que éstas actualizan al mismo tiempo que resignifican sentidos sobre el orden social, en un contexto de dominación hegemónica cuya particularidad está dada por la integración marginada de amplios sectores sociales a través de políticas estatales.

Para rastrear la génesis de esta tesis debemos seguir un doble recorrido. La preocupación explícita inicial centraba su mirada en las políticas sociales y a través de ella en la relación que se establece entre sectores populares y Estado, o para ser más precisos, cómo se configuran unos y otro en el transcurso de su relación. Para ello, tuve en cuenta que hacia 2006 se produjo el reemplazo del Programa Jefes y Jefas de Hogar desocupados (a partir de ahora JJH) por dos programas, el Seguro de Capacitación y Empleo (en adelante SCE) y el Programa Familias por la Inclusión Social³ (o PF, este último ya implementado en 2003, pero reimpulsado junto a la innovación de el SCE), cuya característica a primera vista más relevante es la eliminación de la contraprestación laboral que, como retribución obligada, debían realizar los beneficiarios a cambio del

¹ Se le llama “copa de leche” o “copa” a los espacios que funcionan generalmente en barrios con carencias materiales para dar la merienda a los niños.

² Los nombres de las personas y organizaciones así como las referencias locales han sido modificados. Sólo se conservan los nombres verdaderos de los funcionarios cuando se contextualizan procesos que son de conocimiento público.

³ Todos los programas mencionados se detallan en el punto 2 del primer capítulo, aquí solo mencionamos el recorrido realizado.

cobro del beneficio y que había caracterizado a la política de planes desde sus inicios con el Programa Trabajar.

Con la intuición de que a lo largo de esta transición se harían presentes dilemas y disputas en torno a la desaparición de la contraprestación, comencé a construir el objeto de investigación. El año 2006 aparentaba ser un punto de inflexión en la definición de las políticas estatales y mi inquietud se orientaba, luego de haber abordado en investigaciones anteriores los posicionamientos públicos que las organizaciones de desocupados tomaron ante el anuncio y sus críticas a la política, a indagar qué sucedía efectivamente en las organizaciones. A mi entender, estos cambios podrían modificar sus dinámicas de funcionamiento. Este punto de partida se sostenía en que, como se desarrollará, el espacio de contraprestación se constituyó desde un comienzo en un espacio-momento central para el sostenimiento de las actividades habituales de las organizaciones, así como para la activación de la protesta, ya que muchas veces la forma de contraprestar fue la tan *massmediáticamente* cuestionada participación en el “piquete”⁴.

Hasta allí una serie de preocupaciones que bien podrían comenzar a delinear un problema de investigación. Sin embargo, estas no son suficientes para explicar el recorrido que finalmente esta tesis adoptó. Y es que la otra inquietud más difícil de explicitar pero más problemática desde mi lugar de investigadora, tuvo que ver con el modo en que abordaría el objeto de estudio y por lo tanto, e inmediatamente atado a ello, el interrogante no terminaría de constituirse como tal hasta que no comenzó el acercamiento al campo, el cual modificó necesariamente nuestras preguntas de investigación. Así, para comprender cómo se experimentaba el cambio de planes en los espacios elegidos para el trabajo, me sumergí en un mundo de relaciones sociales que me iría mostrando su creciente densidad.

En otras palabras, para comprender de qué manera la modificación de la política era vivenciada por los beneficiarios, fue necesario dar un paso más atrás: así, comencé a

⁴ Se llamó “piquete” a un tipo de repertorio de acción colectiva (Auyero, 2002; Merklen, 2005: 53) que a partir de 1996 realizaron los trabajadores desocupados en el interior del país, que consistió en el corte de rutas para reclamar al Estado la reincorporación en sus empleos primero, y la ayuda social mediante planes después. Así, las personas que participaron de estas acciones fueron denominados “piqueteros”. Actualmente se mantiene esta forma de nominación.

reconstruir cómo se experimenta la política social en ese conjunto de relaciones, y los significados, prácticas, disputas e intereses a los que ésta se asocia. Ello me permitió comenzar a delinear las formas de subalternidad específicas que se constituyen en el transcurso de la apropiación de las políticas sociales, para luego ir más allá de dicho proceso e indagar la trama de relaciones en que aquellas se inscribe y que configura la experiencia de organización.

Entonces, si llegué a la organización mirando quiénes contraprestaban y por qué lo hacían, para después -pensaba entonces- indagar qué hacían, decidían o pensaban hacer frente a la propuesta gubernamental de cambio de planes, fue necesario deconstruir quiénes eran las personas que allí se encontraban y con qué otros múltiples ritmos sociales se cruzaban sus prácticas cotidianas en la organización para dar un sentido más abarcador de lo que allí sucede. Veremos así que en el apartado sobre la copa de leche, las mujeres son presentadas en una primera instancia como “beneficiarias” a partir del plan que reciben, producto de una mirada sesgada que iba a buscar allí beneficiarias inmersas en el dilema de la transición de su plan social. Afortunadamente, encontré también allí intimidades, biografías, política partidaria, ritmos electorales, instituciones, territorios, relaciones de cercanía y reciprocidad sin los cuales las mujeres como beneficiarias quedarían descontextualizadas y las posteriores decisiones respecto al plan -que tendrán que ser abordadas en otro trabajo- tampoco podrían ser entendidas. El desplazamiento de la pregunta de investigación fue así el motor más enriquecedor de este trabajo.

1-La política y el barrio

“Con la presencia del hombre, el Universo adquiere además de las cuatro dimensiones de espacio y tiempo, una quinta: la dimensión de la vivencia, de la conciencia, de la experiencia o como quiera llamársela. Todo cuanto sucede en el radio de acción del hombre, podrá ser experienciable y representable mediante símbolos de factura humana y requerirá ser determinado no sólo por cuatro, sino por cinco coordenadas.”
(Norbert Elías, 1989: 93)

Transitar mediante un acercamiento etnográfico por estas realidades fue una decisión metodológica que considero, colaboró con la necesidad mencionada de abrir puertas alternativas de entrada al estudio, en tanto permitió apartar la mirada del “objeto” inicial. Una vez inmersa en el entramado de lo que daremos a llamar la “forma social copa”, necesariamente comenzaron a descentrarse los interrogantes sobre la política

social para repensar de modo más general las formas en que se constituyen las temporalidades propias de la experiencia cotidiana de las personas que recorren estos espacios de sociabilidad y las subjetividades que se constituyen allí, así como los modos en que se configura al Estado en sus diferentes posiciones y vínculos.

Si bien desentrañar los ritmos que convergen en la “forma copa” me llevó a mirar el espacio-momento de la contraprestación del plan, el desenvolvimiento del trabajo me obligó a ir más allá de él. Las circulaciones de personas, la distribución espacial en relación a la copa, la presencia de la institución escolar, la delegación municipal, el clima, fueron contándome de a poco algo más acerca de lo que allí sucedía. Pero además, la multidimensionalidad emergente me obligó a pensar el carácter indeterminado de las políticas en el momento en que “llegan” al barrio y son procesadas, apropiadas por toda esa convergencia de relaciones. La política social fue rejerarquizada en la investigación y pasó de ser objeto a constituir un modo de acceso a la relación clases populares-organizaciones-Estado.

Asimismo, la preocupación por reconocer las prácticas de las clases populares desde su positividad era ya otro punto de partida que interrogaba esos sentidos como cognitivamente valiosos en sí mismos. No refiero con esto a una valoración moralmente positiva, sino a reconocer que hay una preocupación académica legítima en reconstruir el mundo de sentido que envuelve dichas prácticas, reconociendo la distancia que me separa de ellas pero sin imponer parámetros desde mis propios sentidos y prácticas, en lo que denominaremos un permanente desafío de evitar el “socio-centrismo” (Semán, 2006). Por ello, aprehender las múltiples relaciones que procesan la gestión de política sociales en el barrio me llevó a repreguntar acerca de los sentidos que la política ya existente tenía en el barrio en el marco de la relaciones que la vuelven posible, para dar cuenta de las tácticas que frente a las formas hegemónicas estatales se construyen en los intersticios de la vida cotidiana. Si no como contrahegemonía, al menos como relaciones que tienen un margen para dotar de sentidos esas acciones, aun cuando éstas se constituyan en parte de la administración del orden de la cosas.

A esta serie de preocupaciones se sumó otra, aunque en un nivel de generalidad diferente a las dos anteriores. En las lecturas que por mi acercamiento al tema había realizado hasta entonces y que abordaban la diversa forma de utilización de planes

sociales que habían realizado los sectores populares, se presentaba una preponderancia de estudios acerca de la utilización que de ellos se hacían en organizaciones “piqueteras”, así como en redes “punteriles⁵” vinculadas a los municipios. La preocupación en estos últimos se centra en reconstruir redes políticas en las que los recursos circulan, dando centralidad a la dimensión política de esas prácticas y a las formas que éstas adoptan, sean clientelares, de patronazgo, de subordinación o alianza (Auyero, 1997, 2001; Noel, 2006; Puex, 2006; Soprano, 2008). Sin embargo, sostengo que ni “protesta social”, ni “clientelismo” son de por sí categorías suficientes para enmarcar y comprender el uso de planes.

Como veremos en los capítulos I y II, una variada bibliografía se inmiscuye en el entramado de relaciones que caracteriza el uso de planes y da cuenta de que estos deben ser interpretados en el marco de organizaciones donde se dan estrategias, y que, por lo tanto, los planes se vuelven a la vez recursos políticos, económicos, sociales, culturales, entre otros. Nuestro interés, entonces, se orienta a reconstruir una experiencia de organización en la cual convergen diversas lógicas de organización irreductibles a un lado u otro de la polaridad clientelismo/protesta, o clientelismo/resistencia. ¿Por qué proponemos mirarlo más allá de una lógica punteril? En principio, porque nuestro recorte toma por objeto la experiencia que se constituye en el espacio barrial, y ésta excede a la dimensión de sus redes políticas, aunque estas tendrán una relevancia innegable en la constitución del entramado “copa”. Luego, porque si bien la experiencia que abordaremos se desarrolla en el marco de una copa de leche que depende del municipio (a través de la delegación municipal), los sentidos que las personas dan a su participación en aquella exceden, como veremos a lo largo de la tesis, la lógica de “trabajo para el puntero”. En tanto fue arraigándose en el barrio como una institución local, orientada al bienestar de los vecinos y a los intereses barriales, la apropiación que se ha realizado de la copa así como la multiplicidad de formas de participación en dicha experiencia complejizan la relación diádica entre puntero y cliente⁶.

⁵ Se denomina “puntero” a la persona que en una trama de redes políticas oficia de mediador entre el “cliente” y las autoridades de la política local. Esta relación de poder había tendido a visualizar al cliente como un agente pasivo. Es Auyero (1997) quien propone repensar este vínculo desde la perspectiva del cliente, y aún cuando afirma la relación de asimetría que este vínculo implica, muestra la complejidad de dimensiones que abarca la relación comúnmente denominada “clientelar”. Cabe aclarar diversos trabajos muestran que en Argentina estas relaciones se asocian históricamente a prácticas políticas del peronismo (Levitsky, 2005; Svampa, 2005).

⁶ Constituido hacia fines de los 80s, podemos pensar que la emergencia del comedor se enmarca en una serie de políticas estatales que se orientaron a la asistencia alimentaria durante el contexto de crisis de la

Asimismo, si bien la bibliografía ha tendido a estudiar las relaciones de reciprocidad entre las personas que participan en organizaciones de desocupados (quizás, atendiendo a las lógicas de horizontalidad en que las propias organizaciones se autoinscriben), en los espacios de organización social que carecen de movilización política en el espacio público, en cambio, los entramados de redes han sido analizados generalmente de modo individualizante, tendiendo a focalizar en la relación de reciprocidad asimétrica entre el puntero y el cliente. Estos análisis dejan de lado la comprensión de las relaciones horizontales que se despliegan entre los “clientes”, y llevan a preguntarse acerca de la posibilidad y de las maneras en que se van constituyendo diferentes sentidos colectivos en el transcurso de la constitución de las solidaridades que configuran una experiencia colectiva. Es decir, más allá de las relaciones radiales y asimétricas que se establecen entre punteros y clientes, y los sentidos individuales que cada persona da a su inscripción en dicha relación, veremos cómo a lo largo de las interacciones se producen justificaciones colectivas y compartidas de las tareas que se realizan en la copa que actúan como horizontes compartidos que permiten articular acciones comunes, y que nos hablan de las diferentes maneras en que la política es configurada en este espacio local.

A partir de allí, sostenemos la relevancia de indagar la forma en que se constituye de modo comunitario la solidaridad, que no puede ser subalternizada de antemano bajo la denominación de una lógica “clientelar”. Abrir el interrogante acerca de la capacidad de aquellas interpelaciones colectivas para construir sentidos colectivos por un lado, y un proyecto político por otro, habilita además otro espacio al menos potencialmente viable para la práctica política aun cuando no adopta la forma de “protesta” o de actor político cristalizado. Veremos a lo largo del trabajo las dificultades que emergen para dicha construcción política, así como sus obturaciones, pero desde una perspectiva que se propone desentrañar el carácter intrincado de elementos que convergen en ella, y no a partir de una definición *a priori* que cancela de antemano su politicidad.

De esta manera, recuperamos una perspectiva que, desde una epistemología centrada en la potencialidad, nos propone desplazar la mirada de los sujetos sociales y/o actores históricos acabados, para echar luz sobre aquellos procesos de constitución de

hiperinflación. Para más información acerca de la emergencia de las ollas populares hacia fines de los '80, ver Cerrutti y Grimson (2004), Cravino y Neufeld (2001); Manzano (2007a y b).

potenciales sujetos, aún cuando estos puedan desarticularse o no llegar a constituirse (Zemelman y Valencia, 1990: 90; Zemelman: 1997: 27). O de otro modo, ver los mecanismos que vuelven posibles a los sujetos sociales considerando los aspectos potenciales que radican en su intencionalidad y perspectivas de futuro y no sólo desde sus determinaciones históricas cristalizadas (León, 1997: 44).

Entonces, sin desmerecer el impacto que los movimientos de trabajadores de desocupados tuvieron para demandar al Estado, redefiniendo vínculos y constituyendo identidades populares- que será tratado en el capítulo II- entendemos que la mayoría de los sectores populares que devino beneficiaria de planes de empleo no constituyó parte de movimientos de trabajadores desocupados. Por lo tanto, cabe interrogarnos por el carácter de sus experiencias, por las formas de politicidad que desplegaron, en tanto tampoco pueden ser reducidas a acciones desagregadas o meramente acotadas a una necesidad material. Por ello, propongo salir de un esquema dicotómico e ir- siguiendo a Ferraudí Curto (2006a)- “más acá” de los dualismos para pensar más ampliamente experiencias de organización, con los alcances y las limitaciones que, veremos más adelante, esta decisión conlleva.

2- Los objetivos

Esta tesis se constituyó en torno al problema de las mediaciones. En un nivel temático, el trabajo se interroga acerca del campo de experiencias posibles que se puede configurar en esa compleja relación que incluye a las formas de estatalidad, la gestión de recursos y a las clases populares. En un nivel epistemológico, la tesis problematiza acerca de qué categorías son heurísticamente más fructíferas a la hora de aprehender el caso empírico en relación a nuestras inquietudes, de manera de pensarlas como mediaciones analíticas que permitan la emergencia de la complejidad.

Tomando como punto de partida ambas inquietudes, el objetivo general que articuló el recorrido de esta tesis se orientó a comprender el modo en que se constituyen experiencias subalternas que se encuentran atravesadas por lógicas de intervención estatal, a través de la gestión de planes de empleo y que no necesariamente disputan en el espacio público. De esta manera pretendemos reconocer las formas concretas que adoptan las temporalidades específicas de la subalternidad en el orden social, así como la manera en que las clases populares configuran en su cotidianeidad al Estado y con

ello, cómo actualizan al mismo tiempo que resignifican sentidos sobre el orden social en las tramas más densas que organizan sus prácticas.

Así, el interés que motiva la investigación radica particularmente en comprender las prácticas y las lógicas de organización que entran una experiencia particular de las clases populares, a partir de la reconstrucción del conjunto de temporalidades que convergen en ella. A modo de interrogantes: ¿Cómo construyen experiencias las clases populares en su vida cotidiana cuando estas se articulan como formas de mediación con (a la vez que constituyen a) el Estado? ¿Qué formas de subalternidad y qué formas estatales se configuran en las dinámicas cotidianas que adoptan las políticas sociales y cuáles son las temporalidades propias de cada una de ellas? ¿En qué instancias la subjetividad subalterna introduce un ritmo propio a la temporalidad estatal y cómo se relaciona con la posibilidad de emergencia de un tiempo específico en relación a los ritmos del orden social estatuido? Y en relación a esta última: ¿qué lugar tiene la práctica política y qué lógicas adopta? Veremos que estas preguntas estarán tensionadas permanentemente por la fuerte presencia estatal en dicho espacios. Sin perder de vista entonces la distinción analítica entre “política” y “estatalidad”, desagregaré estas preguntas centrales a partir de tres ejes que serán reconstruidos a lo largo de la tesis.

Se desarrollará en primer lugar: ¿De qué manera la experiencia de organización analizada vehiculiza decisiones de la política estatal así como necesidades, valores y vínculos locales? ¿Cómo se inscribe la política social en el ámbito local analizado? Estas preguntas indagan la manera en que política estatal se configura a escala local, mediante el entrelazamiento de procesos de producción, reproducción y/o apropiación. Para responderlas, me inmiscuyo en las interacciones que se generan en el espacio – momento de la contraprestación de un plan de empleo, e indagamos los sentidos que tiene para las diversas beneficiarias su participación en la organización y específicamente la contraprestación laboral. Allí, afirmo, los grupos analizados se apropian de las decisiones constituidas en otros ámbitos y las incorporan a las múltiples temporalidades que organizan su vida cotidiana, insertándolas en un conjunto de relaciones de mayor alcance que interpreta y construye un sentido particular acerca de aquéllas.

En segundo lugar: ¿De qué manera se produce el conflicto en un contexto de escasez de recursos y qué estrategias se dan para contenerlo? Este interrogante permite reconstruir las tensiones que se configuran en la cotidianeidad y el modo en que se construyen dinámicas organizacionales basadas en criterios de justicia compartidos y específicos de la organización para dar respuesta a las disputas que emergen. De esta manera, la burocracia estatal se traduce en compromiso local, y los sentidos individualizantes de la política social se resignifican como criterios colectivos.

A partir de allí y en tercer lugar, se desplaza la atención hacia aquellas prácticas que permiten la acción mancomunada, con el objetivo de reconocer de qué manera se estabilizan prácticas comunes aún cuando estas no adoptan la forma de un proyecto político. Para ello, me pregunto: ¿Cómo es posible que más allá de los conflictos, se sostenga en el tiempo una acción comunitaria? ¿Qué elementos articulan las interacciones de modo tal de permitir la estabilización de una práctica común? Y relacionado con ello: ¿de qué manera piensan, viven, sienten y actúan la “política” las personas inmersas en estas experiencias de organización? Entendiendo con Merklen que la politicidad engloba al “conjunto de sus prácticas, su socialización y su cultura políticas” (2005: 24), desentrañar las relaciones que suceden cotidianamente en aquellos espacios de sociabilidad que experimentaron y sostienen aún experiencias de organización comunitaria y el modo en que se constituyen allí sentidos colectivos y dinámicas organizativas nos permitirá indagar acerca de los obstáculos que se presentan para la constitución de un proyecto político.

La preocupación más general en la que se enmarca este problema de investigación es el interrogante acerca de cómo en esas experiencias de juega la relación entre cotidianeidad y orden social. Entre los polos micro y macro, emergen vínculos de alcance local y barrial, pero también referidos a dimensiones de la experiencia social más general de dominación hegemónica, en las que podemos pensar al orden social como una serie de capas superpuestas y en permanente retroalimentación.

Por el modo en que están planteados, estos interrogantes se proponen reconstruir la experiencia de las clases populares de “abajo a arriba”, ya que como afirma Fonseca (2005), no se puede unificar la experiencia de clase popular a partir de procesos de dominación que van de “arriba abajo”, sino que debemos comprenderla en tanto es

vivida y significada de maneras históricas concretas. Si en el capítulo I reconstruimos el conjunto de decisiones estatales que se han venido tomando, para comprender la forma que adquiere el orden neoliberal en nuestro país y específicamente su incidencia en las formas de intervención estatal a través de las políticas de planes de empleo, estas transformaciones de por sí no explican las experiencias que surgen en las clases populares. Desde una perspectiva que entiende a las políticas sociales en el marco de un análisis relacional, que pone en juego a la vez las perspectivas que “desde arriba” (Estado-gobierno) y “desde abajo” (beneficiarios, ya sean individuales o colectivos) existen sobre las políticas sociales (Cravino, Fournier, Neufeld y Soldano, 2002; Manzano 2007 a y b, 2009; Quirós, 2006 a y b), el impacto de las fuerzas dominantes no es suficiente para comprender las acciones de los grupos subalternos, en quienes debemos reconocer también la capacidad de acción que emerge a partir de la apertura de un campo de experiencias diverso.

Por ello, es relevante abrir un espacio a la emergencia de los sentidos subalternos. Es en esta línea que introducimos como horizonte de trabajo la pregunta acerca de la configuración subjetiva que, siguiendo a Enrique de la Garza, caracterizamos como “un arreglo específico de códigos provenientes de los campos de la cognición, valorativos, sentimentales, expresados o no discursivamente y combinados en parte en forma pseudoinferencial a través de categorías del razonamiento cotidiano. La configuración subjetiva da sentido a la situación concreta, en tanto explicar, decidir, relacionada con la praxis” (De la Garza, 2001b: 20). Pensar el proceso de constitución de sujetos a su vez, nos lleva a dar cuenta del múltiple condicionamiento, de los diversos planos que atraviesan las realidades colectivas y que los sujetos articulan con su acción, conjugando diversas instancias temporales desde un presente. El interrogante por el sujeto y su génesis modifica de ese modo nuestra relación con la historia, que deja de ser simple antecedente para devenir parte de nuestra experiencia del presente, donde se encuentran las posibilidades de desenvolvimiento hacia un futuro por construir (Zemelman, 2005).

En este sentido, debemos reconocer que en el marco de la tendencia individualizante que caracteriza a los planes –orientados a beneficiarios individuales- las clases populares recrean formas de organización que articulan sentidos y apropiaciones colectivas de aquellos, y de esta manera, abren una diversidad de formas de

intermediación en la gestión de políticas estatales que resignifican las políticas sociales inscribiéndolas en experiencias concretas de organización. Veremos cómo la copa de leche construye una experiencia de organización que no puede comprenderse como resultado de la imposición política, sino a través de la convergencia de las necesidades, valores y decisiones de las personas involucradas y sus vínculos.

Para comprender qué dinámicas políticas se articulan allí, indagaremos el modo en que las acciones se constituyen en interdependencia con el Estado, y no frente o más allá de él (Sigaud, 2005), entendiendo a éste como actor insoslayable para pensar la políticas sociales a nivel local a la vez que debemos reconstruirlo en sus porosidades, como un actor plural (Acuña, Jelin y Kessler, 2006: 14). Retomamos así la propuesta de Manzano, quien afirma que la gestión cotidiana de planes de empleo constituye un indicador de un proceso de producción conjunta de políticas estatales y modalidades de acción de los grupos subalternos (2009: 291). Asimismo, entendemos que el momento de la política social no sólo contribuye a comprender cómo el Estado se inscribe en el barrio, sino para dar cuenta del modo en que lo local se inscribe en aquél (Frederic, 2009).

De esta manera reconozco estos procesos de (re)creación del Estado en su carácter de co-constituidos en dinámicas concretas, aun cuando las instancias de delegación (en su doble acepción de la institución local de referencia y del acto mismo de “delegar”) implican una situación en que las clases subalternas muchas veces quedan en una condición de espera frente a quien se reconoce con la capacidad de hacer. Ahora bien, si el proceso de construcción de hegemonía es contradictorio y fragmentario (Grimberg, 2009: 90) las prácticas de los grupos subalternos no están condenadas a su mera reproducción. Con ello quiero abrir la mirada a latencias de estos espacios organizacionales que, al elaborar, traducir, resignificar sentidos de las políticas estatales en relación a sus propios intereses, habilitan una instancia de apropiación y de actualización de los sentidos de la política cuyo resultado no puede ser anticipado de antemano. Por ello, pretendemos focalizar la mirada en estos espacios de acción y a su potencial politicidad, muchas veces invisibilizados por no darse en el marco de una explícita lucha antihegemónica, y/o por no adecuarse a la ampliamente estudiada acción colectiva disruptiva, visible en el espacio público.

3- El caso

Para responder las preguntas, nos proponemos reconstruir y analizar las prácticas que se entranan cotidianamente en el espacio de contraprestación que transcurre dentro de una copa de leche situada en Barrio Arroyo y que constituyen una experiencia de organización local. Cabe aclarar que la copa funciona con recursos del Estado nacional (las personas que participan lo hacen en el marco de la contraprestación de un plan de empleo que reciben financiado por aquél), así como con alimentos que envía el municipio. Para su abordaje, reconstruimos un recorte del trabajo de campo que realicé a partir de la visita a la copa tres veces por semana entre los meses de septiembre 2008 y mayo de 2009⁷. En la estrategia de estudio de caso que adoptamos, la perspectiva de corte etnográfico se complementa con otras técnicas de investigación⁸: hemos realizado observación directa y observación participante en las actividades que así lo permitieron, para describir las relaciones de intercambio y reciprocidad que se dan en el presente en el interior de la organización y de los mecanismos de toma de decisiones, tanto en momentos extraordinarios como cotidianos de su funcionamiento; asimismo y en los casos necesarios, se han realizado entrevistas a informantes clave (Piovani, 2007a y b). Por último, también hemos recurrido al relevamiento de fuentes secundarias que ofrecen información acerca del caso, como del escenario sociohistórico mayor en que el análisis se lleva a cabo, particularmente para la reconstrucción del contexto de cambio de planes.

4- El marco epistemológico-metodológico: la cotidianeidad como enfoque y como dimensión de análisis

“...¿qué categoría puede darnos una imagen más cercana de estos movimientos que asuma la noción de presente? Creemos que la noción de *experiencia* tiene sin lugar a dudas esa cualidad.

Ello porque, al igual que el presente, nos ayuda a comprender el arrastre de los aspectos acumulativos, latentes y objetivados del pasado, así como su reconstrucción y actualización.

Pero también el carácter transitivo del devenir y el porvenir.”

(Emma León, 1997: 67)

⁷ Un primer acercamiento a la organización había tenido lugar durante el año 2007, en el marco de una beca de entrenamiento que me fuera otorgada por la Comisión de Investigaciones Científicas de la provincia de Buenos Aires.

⁸ Seguimos en este planteo a Yin quien reconoce que el estudio de caso es una estrategia metodológica que se orienta a una pregunta empírica que investiga un fenómeno contemporáneo dentro de su contexto de vida real, especialmente cuando los límites entre el fenómeno y el contexto son claramente evidentes. (2002: 12). Otros autores en cambio enfatizan que el estudio de caso depende de la elección del objeto, y no de estrategia metodológica (Stake 1995). Así el objeto debe cumplir con una serie de características (maximizar aquello que podemos aprender; accesibilidad, intención de representatividad) (Stake, 1995:3-4)

Para desarrollar el trabajo necesitamos construir un enfoque que permitiera mirar aquellas instancias de creación en las que convergen diferentes escalas de análisis en la experiencia cotidiana, entendiendo que lo social histórico adopta una forma, la sociedad, que adquiere siempre un modo particular y singular de organización, es decir un orden. La particularidad del campo de lo histórico social es que este orden no se encuentra regulado por un conjunto de determinaciones lógicas necesarias, sino que cuenta con una dimensión –la de la significación–, que permite abrir el tiempo a las indeterminaciones (Castoriadis, 1986). A su vez, con diferentes escalas nos referimos tanto a las múltiples temporalidades (como dimensiones constitutivas de las interacciones en las que se produce la convergencia de tiempos diferentes, que responden a intereses, historicidades y coyunturas específicas) que constituyen la experiencia social, como a los diversos niveles de organización social que analíticamente podemos distinguir que se constituyen allí. Para ello, sentaremos las bases de la discusión acerca de los alcances del concepto de “cotidianidad”, tal como es pensado para el presente trabajo.

4-1 Algunas reflexiones teóricas: experiencia y cotidianeidad

Partimos de pensar a la experiencia como *mediación* entre realidades y sujetos. A su vez, la experiencia permite poner en relación las realidades fácticas con las determinaciones contextuales así como con aquellos mundos posibles que se hacen presentes en la realidad en tanto que sentidos potenciales (León, 1997: 67). Es decir, reconocemos su carácter mediador en cuanto permite reconstruir los modos de articulación de realidades objetivables imbricadas con aquellos procesos que transcurren y que aún no han cristalizado.

Retomada en sentido thompsoniano, esta categoría permite comprender cómo en momentos coyunturales marcados por procesos estructurales de más largo plazo, los actores constituyen acciones a partir de esquemas de percepción que median y permiten significar una situación –o una necesidad– de un modo particular, para constituir una acción específica (Thompson, 1989: 38). Asimismo, la categoría de experiencia remite, siguiendo a Anderson tanto a la textura subjetiva –cognitiva pero también emocional– de un conjunto de acciones objetivas, como al aprendizaje que dichos acontecimientos dejan, en tanto alteran la subjetividad modificando acciones posteriores ([1980] 1985:

28).⁹ Por último, entendemos que la experiencia guarda el carácter de “experiencia formativa”, en tanto los grupos sociales no olvidan sino que engarzan los episodios acaecidos y de los cuales participaron, como procesos (Cravino, Fournier, Neufeld, Soldano, 2002).

A partir de allí, entendemos que dar cuenta de la experiencia humana trae aparejada la tarea de reconstruir los enmarcados a partir de los cuales las personas significan, clasifican y denominan su realidad y su acción conjugando trayectorias que si bien son particulares, son siempre intersubjetivas (Lindón Villoria, 2000; Ameigeiras, 2002; Heller [1977] 2002: 47; Schutz y Luckman, 2003: 236). Pero además, nos enfrenta a la complejidad de reconstruir los fenómenos como “realidades polirrítmicas” (Valencia García, 2002: 10). Es decir, debemos considerar que los actores se desenvuelven en “múltiples recortes de realidad” y que por lo tanto, reconstruir sus relaciones y dinámicas implica indagar cómo se conjugan los diferentes tiempos que se articulan en esa experiencia particular, sin prescindir de ninguno de ellos (Zemelman, 1992: 55).

Sostenemos entonces que la vida cotidiana constituye un enfoque significativo para nuestro estudio, en tanto en ella no sólo se “hace, deshace y vuelve a hacer” el vínculo social (Lalli, 1985 retomada por Lindón Villoria, 2000: 9) sino que además se configura como espacio-momento donde se entrecruzan de modo simultáneo múltiples temporalidades. De esta forma, se condensa en una coyuntura un conjunto de procesos más amplios que constituyen la historicidad, es decir, “lo histórico que es y está siendo”. Desde esta conceptualización, el tiempo y el espacio no se conciben como fijación de realidades sino como construcciones sociales que se van estructurando a través del movimiento de los sujetos (Valencia, 2007: 182; León, 1997: 53) y con ello, el sujeto vuelve a ingresar en la historia. En el marco de esta perspectiva, las secuencias de haceres cotidianos permiten reconstruir analíticamente procedimientos cotidianos significativos como cadenas de acontecimientos que reconstruyen sistemas de significados (Lindón Villoria, 2000: 198).¹⁰

⁹ Lejos estamos aquí de profundizar el debate acerca de las diferentes concepciones de experiencia que Thompson desarrolla. A los fines de la tesis, tomamos una definición que permite acotar el conjunto de prácticas que abordaremos bajo esta conceptualización.

¹⁰ Asimismo, y aunque no hemos de profundizar en este debate epistemológico, es necesario mencionar el vínculo entre multitemporalidad y multiespacialidad que advierte Massey (2005: 105, 113). El espacio como sistema de interacciones, nunca está cerrado, en tanto no pueden vincularse todos los lugares entre sí, a la misma vez, al mismo tiempo. El orden requiere acontecimientos que marquen el inicio de un

En línea con lo planteado, vemos que se puede comprender la experiencia colectiva en el sentido de <tramas de cotidianidad> que al reiterarse van constituyendo <nuevos modos de vida> (Lindón Villoria, 2000:194). Y es en la particularidad de esos modos de vida que debemos poner nuestra atención si queremos comprender la posibilidad de producción creativa de los sectores populares en los espacios de contingencia de las relaciones sociales en que se encuentran inmersos. Para ello nuestro análisis se sitúa en el nivel de las prácticas. A su vez, adoptar el enfoque de la vida cotidiana permite recuperar no sólo la temporalidad pasada y presente, sino también el papel que juega el horizonte futuro como referencia temporal, y con él, el espacio abierto de lo indeterminado.

Ahora bien, si la “cotidianidad” ha sido mencionada desde comienzos del trabajo, no es una categoría que va de suyo. Como punto de partida, la tomamos en un doble significado que es necesario explicitar. Por un lado, lo cotidiano refiere a las prácticas reiteradas o rutinarias que constituyen la vida de las personas que configuran la experiencia de organización que analizaremos. Por otro refiere a un enfoque para reconstruir la realidad y no a un objeto de estudio. En este sentido, sostenemos con Grimson (2003 a) que la cotidianidad no sólo ofrece una dimensión analítica al estudio, sino que adquiere valor metodológico, en la medida que “considerar la cotidianidad implica reintroducir una pretensión de captar la totalidad de la vida social comprendiendo, entonces si, el lugar específico de la protesta en un marco más amplio” (2003 a: 12).

En tanto la cotidianidad toma aquí de manera central el lugar de un marco de abordaje, a medida que el trabajo avance iremos incluyendo matices y discusiones acerca de los múltiples sentidos que atraviesan su conceptualización.

4-2 La contraprestación laboral como recorte de la cotidianidad

A partir del recorte de la instancia de la contraprestación laboral, reconstruimos una experiencia de organización que se constituye en espacios locales, para dar cuenta del

momento histórico, pero también un espacio que permita la ocurrencia de múltiples hechos simultáneos, en ámbitos diferentes, cuya relación es necesario reordenar. En el mismo sentido, plantea Valencia que “si tiempo y espacio son vistos como órdenes instituyentes de los fenómenos, entonces es muy probable que aparezcan como tramas inseparables, a las que, incluso, hay que nombrar ya no como tiempo o espacio, sino como temporalidad y espacialidad” (Valencia, 2002: 6).

modo en que las diferentes temporalidades se hacen presentes y se entrecruzan dando lugar a tensiones, conflictos y disputas, pero también a acuerdos y al sostenimiento de una acción común. Siguiendo a Grimson, centraremos nuestra atención en ese espacio/momento que condensa una multiplicidad de sentidos, relaciones y actores: “Un desafío metodológico consiste justamente en detectar prácticas, discursos o espacios donde estas diversas dimensiones se entrecrucen. Un lugar de condensación es la contraprestación de los planes de empleo, es decir, la tarea que la persona debe realizar en una organización a cambio de recibir el plan. En las reglas, tensiones y contradicciones de la contraprestación se hacen presentes diversos elementos de las relaciones Estado/organización/beneficiario” (Grimson, 2003 a: 22). Para reconstruir la experiencia, centraremos nuestra atención en las prácticas que se llevan a delante en el espacio de la contraprestación de la “copa”.

Para ello, hemos elegido una perspectiva de corte etnográfico, a partir de la mirada que Mabel Grimberg (2009) nos ofrece de aquella. La autora reconoce que la tarea etnográfica no sólo tiene por objetivo la documentación de las complejas características de la experiencia cotidiana, los sujetos en contextos específicos y sus cambios, sino “la determinación de sus vínculos con los procesos sociales, políticos y económicos de nivel macrosocial” (2009: 85). En este sentido, la elección de un nivel de abordaje micro se constituye en un dispositivo metodológico y no en un objeto de estudio: situar la mirada allí nos ofrece una herramienta de análisis para comprender procesos más amplios. Debemos, sin embargo, evitar la reificación de esta cotidianeidad, ya que como afirma Elías (1998), lo cotidiano no puede ser una categoría universalizable a todas las épocas.

A través de la presentación de un conjunto de “escenas dramáticas” (Milstein, 2009: 47) podremos dar cuenta de la cotidianeidad de la organización en algunos nudos significativos que condensan los problemas mencionados. En este sentido, la noción de “drama social” de Turner, definida como unidades anarmónicas o inarmónicas de procesos que emergen en situaciones conflictivas (citado en Vincent, 1990: 354) nos parece significativa a la hora de reconstruir analíticamente el trabajo de campo realizado, porque allí adquieren materialidad un conjunto de representaciones, relaciones, posiciones de poder, imaginarios, jerarquías, valores, a partir de los cuales las personas organizan sus prácticas.

En síntesis, una vez sumergidos en una serie de estudios que ponen en el centro del abordaje a la vida cotidiana, ensayamos la tarea de convertir sus propuestas epistemológicas en herramientas metodológicas a partir de las cuales analizar una experiencia concreta.

5- Los capítulos

A lo largo de la tesis, realizaremos el siguiente recorrido. En el capítulo I, reconstruimos el contexto nacional de profundización de un proyecto de dominación hegemónica, proceso que caracterizamos “de arriba abajo”, a través de las reconfiguraciones que experimentaron las políticas sociales orientadas a planes de empleo transcurrida a lo largo de la década de los noventa y hasta la actualidad. Éstas resultan un punto de partida para comprender las modificaciones estructurales en las formas que el Estado se orientó a las clases populares, a la vez que nos permite dar cuenta de la relevancia que estos recursos adquirieron en la relación que configura a la vez al Estado y a los sectores populares durante este periodo.

Para desglosar el alcance de estas políticas, comenzaremos a mirar estos procesos “de abajo arriba”. En el capítulo II recorreremos críticamente los trabajos que abordaron la problemática de las organizaciones como mediaciones entre el Estado y los beneficiarios en la gestión de planes de empleo. En principio, y de la mano de un conjunto de bibliografía que constituye antecedentes significativos a este fin, historizamos los modos de apropiación y gestión de planes que llevaron adelante diversas experiencias de organización. Este recorrido bibliográfico permitió sentar las bases de la siguiente afirmación: las clases populares articulan acciones que permiten inscribir la lógica individualizante del plan en prácticas cuyos sentidos se colectivizan. Esto se realiza de modo sumamente diverso y muchas veces entran en disputa entre sí.

En el capítulo III presentamos brevemente el caso analizado en relación al barrio en el que se desarrolla esta experiencia. A partir del capítulo IV se condensan algunas escenas dramáticas a través de las cuales comenzaremos a desentrañar un conjunto de prácticas que a nuestro entender organizan, negocian y disputan los sentidos posibles acerca de la forma de organización social. En la negociación diaria, cada uno de los participantes construye instancias de articulación estatal, así como una representación de aquéllas y reconoce, atribuye y legitima responsabilidades políticas a los diferentes actores en

disputa. En particular, en este capítulo presentamos los sentidos que aparecen y circulan acerca de la contraprestación laboral en estos espacios, y al modo en que se configura una noción de trabajo y de responsabilidad en el espacio de sociabilidad local que se encuentra atravesada por la inscripción de lo doméstico en el espacio público.

En el capítulo V recuperamos las tensiones que emergen al momento de distribuir el conjunto de recursos escasos que se obtienen en la copa, e indagamos cómo se construyen criterios de justicia compartidos que tamizan las formas impersonales de la burocracia estatal a través de modos personales de dar basados en el compromiso local. De esta manera, mostramos cómo se imbrican sentidos individuales y colectivos a la hora de constituir lazos de reciprocidad.

En esta línea, pero con un mayor nivel de especificidad introducimos el capítulo VI. Allí abordamos los elementos que permiten estabilizar un conjunto de prácticas comunitarias que dan continuidad a “la forma social copa”, así como las nociones legitimadoras en las que se sustentan, y los múltiples sentidos que éstas adquieren según el contexto en que son pronunciadas. En relación a ello, analizamos las dinámicas que adquiere la práctica política, y reconstruimos las tensiones que presenta la distinción entre “trabajar para el barrio” y “hacer política” y el modo en que ésta obstaculiza la posibilidad de constituir allí un proyecto político.

Por último, a la luz del caso analizado, recapitulamos en las reflexiones finales algunas temáticas de alcance general que la reconstrucción del caso nos permite ver y que consideramos abren puertas de continuidad posibles para futuras investigaciones.

CAPITULO I- “De arriba abajo”. La consolidación del orden neoliberal y la política de planes

“Estamos en una Argentina privada: un sector social que oscila el 20% que puede tener acceso a lo privado y el 80 % restante de la población se ve privado de estos servicios. Uno, privado en el sentido de privacidad; el otro, en sentido de privación”.
(Entrevista a Alcira Argumedo, 2009)¹¹

1- La “cuestión social” en el neoliberalismo¹²

A lo largo de los años noventa se profundizó en Argentina la estructuración de una sociedad “de riesgo” (Beck, 1998) que adoptó la forma concreta de una sociedad “excluyente” (Svampa, 2005), caracterizada por la pérdida de soportes institucionales en los cuales anclar la experiencia individual y colectiva, así como del horizonte de futuro -particularmente por la inestabilidad asociada al desempleo-.

De esta manera, desde el aparato gubernamental y con amplio consenso de los sectores sociales dominantes se profundizó un proyecto hegemónico que transformó estructuralmente a la sociedad argentina. El modo de intervención del Estado se vio modificado de manera estructural en múltiples dimensiones (económica, política, cultural, educativa, social, entre otras) y el Estado pasó de tener un rol de proveedor universal en el ámbito de la salud y la educación a focalizar y segmentar sus modos de intervención en el bienestar de la población (Cortés y Marshall, 1999). La reconversión de la política social, la descentralización de la educación pública y de las prestaciones de salud que habían tendido a la cobertura universal a lo largo de todo el siglo XX, a la par que el proceso de privatizaciones llevado adelante en el primer lustro de la década, junto a la reforma de la legislación laboral, se tradujeron en altos niveles de pobreza y desempleo que afectaron desigualmente la calidad de vida de la población, y que tuvieron su incidencia más negativa, no por casualidad, en los sectores históricamente más vulnerables (Cortés y Marshall, 1999; Beccaria y Maurizio, 2005).

¹¹ “Estamos en la Argentina privada”, entrevista a Alcira Argumedo, publicada en el trabajo “La imprescindible búsqueda del Club Social”, realizada por Ignacio Damiani, noviembre de 2009, disponible en http://www.tea.edu/Deporte/nota_comp.php?id=227. Agradecemos al autor por habernos facilitado la entrevista.

¹² La noción de “cuestión social” en Argentina es trabajada por Zimmerman, quien reconoce que se comienza a problematizar hacia fines del s. XIX, con la llegada masiva de los inmigrantes a nuestro país, y que representa una parte del “desafío más amplio a los fundamentos del orden político, económico y social de comienzos de siglo” (1995: 11). El autor otorga un rol fundamental a los liberales reformistas en la formulación de la cuestión social, que será puesta en discusión por autores que recuperan el papel del movimiento obrero en la definición de la misma, tal es el caso de Suriano. Ver Suriano y Lvovich (2006).

Por las condiciones particulares en que estas transformaciones se llevaron a cabo, promovieron un proceso de “individuación” (Robles, 2000) así como la emergencia de “sujetos a la incertidumbre” (Murillo, 2002). Con ello decimos que debido a las condiciones de emergencia del proceso de individualización, éste socavó las ya deterioradas bases culturales, económicas y sociales que históricamente habían hecho las veces de soportes relacionales a prácticas e identidades colectivas, y conllevó un quiebre en la perspectiva de futuro como temporalidad a largo plazo para atravesar la vida cotidiana de una vivencia del tiempo caracterizada por la incertidumbre y la espera.¹³

El proceso que afectó particularmente un canal de integración social basado en el trabajo fue conceptualizado como “desafiliación” (Castel, 1997). Como analiza Merklen para el caso argentino, dicho proceso, acentuado en los últimos 35 años, se caracterizó por la pérdida de centralidad del empleo formal como modo de integración de las clases populares, así como por el aumento del desempleo (2005). Estas modificaciones estructurales afectaron la tradicional “inscripción salarial” que a lo largo de la historia argentina, y especialmente en el contexto del peronismo, había otorgado ciudadanía social a las clases populares a partir del conjunto de derechos que el Estado reconocía asociados al trabajo.

Esta reestructuración selectiva de nuestra sociedad aumentó la desigualdad social. Las asimetrías sociales se hicieron aún más evidentes, acentuando con ello las características de una forma social polarizada: por un lado, amplios sectores de la población transitaron una “privatización” de la vida, a través del rol central que- con acompañamiento explícito del Estado- adquirió el mercado como regulador del acceso a bienes y servicios. Así, la “ghettización” de la vida en los countries (Svampa, 2001) y el acceso a la salud y a la educación privada son algunos ejemplos del modo en que se expresó “la distinción” en los noventa. Por otro, y como contracara, otra gran mayoría de la población se vio sumergida en una vida de “privación”, es decir, de limitación en el acceso a una serie de bienes y servicios. Recordemos que en mayo de 2002, el 53% de las personas y el 40% de los hogares vivían en hogares por debajo de la línea de pobreza (datos de la EPH-Indec, tomados de Cortés, Groisman y Hosowski, 2003). En octubre

¹³ Este proceso se asocia históricamente al proyecto instaurado por la dictadura cívico-militar de 1976, que promovió un proceso de desarticulación social generalizado.

de 2001, la tasa de desocupación era del 18.4% (Golbert, 2004: 7). Es esta, siguiendo la expresión de Alcira Argumedo, la dualidad de la “Argentina privada”: de privacidad para algunos, de privación para la gran mayoría.

Debemos reconocer que la instauración de un orden hegemónico no se dio de forma unívoca, por el contrario, diversos grupos afectados directamente por estas decisiones confrontaron públicamente con el gobierno y resistieron las políticas de corte neoliberal a través de diversas estrategias de confrontación¹⁴; a la vez que se llevaron a cabo estrategias locales para reconfigurar vínculos que permitieran constituirse en bases relacionales para la obtención de recursos en un contexto de privación generalizado. Así, las personas, tensionadas entre procesos de subjetivación y sujeción, elaboraron prácticas para sobrevivir pero también para disputar sentidos, elaborar identidades y maniobrar en los marcos acotados de posibilidades que las condiciones de asimetría de poder permitían.

Como ya ha sido analizado para otros lugares y en otros tiempos (Lomnitz, 1975), en situaciones de pobreza y contextos de marginalidad extendidos las clases populares activan las bases de la solidaridad intra-clase para sobrevivir: el capital social se vuelve así la herramienta principal de subsistencia.¹⁵ Para el caso de Argentina en los años noventa, Merklen (2000; 2005) plantea que las personas resuelven su supervivencia mediante la obtención de recursos materiales de vida a través de las múltiples pertenencias barriales. Así, el “cazador” negocia permanentemente para conseguir recursos: en tanto no sean reconocidos como derechos (con obligaciones y deberes estatales) las respuestas a las demandas dependen del efecto de las acciones de fuerza.

¹⁴ Gómez (2006) menciona entre los sectores que resistieron al “modelo” a los docentes, transportistas, trabajadores estatales y sindicatos de las empresas estatales a privatizar, que llevaron adelante tanto medidas tradicionales (huelgas, marchas), como acciones “no convencionales” (tomas de edificios públicos y bloqueos a las empresas) (2006, 95).

¹⁵ Esto no es sin embargo una particularidad de las clases populares: durante el proceso de empobrecimiento de las clases medias en Argentina, también se recurría a las redes (como capital social acumulado) que permitieran resolver algunas necesidades, tal como lo muestra el trabajo de Lvovich (2000). La particularidad sin embargo, es que en las clases populares las situaciones a resolver se relacionan directamente a condiciones de supervivencia que dan un carácter de mayor urgencia a las necesidades planteadas.

En este contexto, el Estado modificó el modo de intervención que tradicionalmente había sostenido (Svampa, 2005) y respondió a las demandas “desde abajo”¹⁶ a través de las políticas de planes sociales (Merlinsky, 2002; Andrenacci, Ikei, Mecle, Corvalán, 2006). La política estatal se orientó así a un tipo de programas de transferencia directa de ingresos con contraprestación (Carpio y Novakovsky, 1999) denominados “programas de emergencia de empleo” tendientes a la transitoriedad (Merlinsky, 2002) a cambio de los cuales los receptores debían realizar una contraprestación laboral sea mercantil o social y que acompañaron a una serie de programas sociales caracterizados por una lógica de fragmentación y de dispersión (Cerrutti y Grimson, 2004: 20).

La política social aparece así como una forma de reaparición del Estado luego de haber perdido presencia en el ámbito laboral. Se focaliza en el barrio y contribuye con ello a demarcar el ámbito local como espacio de disputa por los recursos, profundizando el proceso de “territorialización de la política” que se había consolidado desde fines de la década del 80 particularmente en el conurbano bonaerense, con los repertorios de asentamientos que a través de la demanda de tierra y vivienda centraron los reclamos en el espacio local.¹⁷

La territorialización tiene entonces dos caras: por un lado, habla de las clases populares y aparece como el “repliegue del movimiento al barrio” (Merklen, 2005: 82), es decir, como el cambio de peso específico que tiene el barrio como soporte a la vez de la solidaridad barrial, las políticas públicas, la acción colectiva y, vinculada a ellas, las formas de inscripción simbólica de las clases populares. Por otro, hace referencia a (y se retroalimenta de) la forma que adoptó el accionar estatal, caracterizada por la focalización de las políticas sociales. El barrio asume así un lugar privilegiado para la

¹⁶Cabe mencionar el debate acerca de la manera en que las demandas de los sectores populares se constituyen contra, hacia o con el Estado, a partir del planteo que Sigaud (2005) realiza para el caso brasileño, y que es analizado en profundidad en el caso de La Matanza por Manzano (2007).

¹⁷ La “territorialización” implica no la emergencia de un conjunto de relaciones ancladas en el barrio, sino un cambio en el predominio que dichas relaciones tienen para habilitar la articulación de prácticas políticas. Las redes de solidaridad barriales preexisten y exceden este fenómeno, que sólo se comprende si se evalúa el rol que perdió la institución laboral como eje articulador predominante de las identidades políticas basadas en la inscripción salarial de las clases populares argentinas. Reiteramos entonces: al hablar de “territorialización de la política” estamos pensando en los desplazamientos de la relevancia que los diferentes ámbitos (barriales, laborales) tienen a la hora de articular y constituir estrategias de organización y acción colectiva.

disputa por los recursos, porque es allí donde el Estado reaparece mediante la asistencia pública.

Vemos entonces que la disputa por los recursos que el Estado reparte de manera descentralizada tensiona aun más los conflictos en el nivel local. Asimismo, como afirma Merklen: “la reorientación de las políticas sociales contribuyó a (y se articuló con) la producción de una nueva politicidad popular” (2005: 99). En otras palabras, las formas de intervención del Estado habilitan una serie de respuestas posibles, a la vez que son modeladas por las formas de acción de las clases populares, por ello Estado y clases populares mediadas por las políticas sociales, deben ser pensados conjuntamente. Las tramas organizacionales de los barrios permitieron activar repertorios de acción y sostenerlos en el tiempo. Luego a su vez, estas tramas fueron reconfiguradas a partir de la intervención estatal que, al desplazarse de la esfera del trabajo al barrio, delimitó no solo el alcance de la política social (a través de la focalización) sino también de los espacios de disputa. De allí radica nuestro interés de mirar estatalidad y politicidad popular en el ámbito de una experiencia de organización barrial.

Así como a principio de la década las formas de resistencia a la instauración del modelo neoliberal se anclaron en actores diversos, diez años más tarde el abanico de actores volverá a heterogeneizarse, esta vez para reclamar ante el impacto desigual de los costos de la salida de la Convertibilidad. Hacia diciembre de 2001, confluyeron en el arco de la protesta acciones de diferente tipo, entre los que mencionamos el “piquete”, los “cacerolazos” y las “asambleas barriales”, como repertorios de acción que mostraban la diversidad de reclamos así como de actores manifestantes. Poco a poco, y frente a esta acción colectiva “desafiante” (Gómez, 2006), las respuestas estatales fueron definiendo interlocutores válidos, dando prioridad a algunos actores sobre otros y legitimando así un conjunto de reclamos, respuestas que mostraron las reconfiguraciones estatales en aquel contexto de crisis.

Con la asunción al gobierno nacional de Néstor Kirchner (Frente para la Victoria) en mayo de 2003, las demandas de las organizaciones de desocupados tendrán un lugar central en la agenda pública, que pretenderá articular -a través del proyecto de la transversalidad- un arco piquetero “oficialista” con quienes negociar la orientación de las políticas asistenciales. El gobierno adoptó así una estrategia selectiva de concesión

de recursos y reconocimiento de algunas demandas políticas. Paralelamente, produjo una reconfiguración de las políticas sociales, corriendo el eje del PJJH (que, como veremos en el siguiente apartado, es reemplazado por dos nuevos planes), a la vez que reactivó programas y planes orientados a organizaciones y no a individuos, tales como los Programas de Empleo Comunitarios y Manos a la Obra, entre otros, privilegiando en su reparto a través de criterios de preferenciabilidad, a aquellas organizaciones más grandes en términos cuantitativos o con mayor capacidad de gestión (Gómez, 2006: 118).

Estas transformaciones tuvieron un impacto directo en la lógica de disputa entre las organizaciones de desocupados, que comenzaron a actualizar sus competencias de gestión para poder ser reconocidos como potenciales beneficiarios. Asimismo las organizaciones opositoras al gobierno desde fines del 2009 y bajo la consigna “Cooperativas sin punteros” han llevado adelante “acampes” frente al Ministerio de Desarrollo de la Nación en reclamo por los modos de distribución y acceso a estos beneficios¹⁸.

2- Estado y clases populares: una relación mediada por los planes de empleo

Las políticas sociales constituyen un indicador relevante para comprender a la vez cuál es la concepción que se sostiene de la cuestión social y cómo debe darse la integración social (Andrenacci y Soldano, 2006). Particularmente, nos centraremos en la política de planes de empleo del gobierno nacional, tanto en el proceso de implementación como de sus modificaciones, poniendo de relieve las particularidades que nos permitan transitar por los vaivenes de la relación compleja en la cual se construye –de modo simultáneo– la convergencia entre planes, estatalidades y clases populares. De este análisis pueden desprenderse algunas lógicas relevantes para comprender el comportamiento de este juego multivariado.

En sus orígenes, la política de planes de empleo asumió la forma del plan Trabajar, que tuvo sus inicios en 1995 como respuesta a una serie de movilizaciones de grupos de desocupados en Mar del Plata y Florencio Varela (Golbert, 2006: 20) y deviene más tarde en Plan Trabajar II (1997-8) y III (1998-9) que hacia 1999 contaban en total con

¹⁸ Ver diario La Nación 02/11/2009.

107466 beneficiarios (Golbert, 2006: 22). Continuarán su trayectoria ampliada con el Programa de Emergencia Laboral (PEL) -luego devenido en Programa de Empleo Comunitario (PEC)-, orientado a consorcios productivos locales como al autoempleo productivo (Andrenacci Ikei, Mecle, Corvalán, 2006). Con la implementación del plan JJH¹⁹, se produce una forma de intervención “en los márgenes” (Andrenacci y Soldano, 2006), es decir, es una política que actúa sobre los sujetos que no pueden acceder a los mecanismos principales de integración social que históricamente habían existido a tal fin. Se pone en juego aquí una concepción de integración social vinculada a los canales tradicionales de la sociedad salarial (el empleo como eje articulador de la experiencia de integración) y ante la ausencia de dichos canales, surgen estas estrategias.

El programa JJH tuvo el impacto cuantitativo más grande en la política de planes de empleo, alcanzado a casi 2.000.000 de beneficiarios en todo el país. No obstante su novedad en cuanto al alcance cuantitativo del beneficio, el plan sostuvo las limitaciones de aquellos implementados en la década anterior: asistencialismo, focalización y precarización (Rossi, Pautassi y Campos, 2003; Lo Vuolo, 2004; Guimenez y Zibecchi, 2005). Asimismo cabe destacar que otra de sus particularidades fue que esta política se orientó a beneficiarios individuales, característica no poco relevante si tenemos en cuenta que esta tesis analiza precisamente las formas en que se organiza colectivamente la gestión de los planes. Por último, si el plan fue pensado como respuesta transitoria a la crisis, una solución inmediata para amplios sectores que demandaban al Estado su responsabilidad por la situación de hambre y desocupación, con el tiempo éste adquirió

¹⁹ Creado mediante el decreto n° 565 del 03/04/2002, a partir de que en enero de ese año se declarara la emergencia en materia social, económica, administrativa, financiera y cambiaria (Ley 25561 de Emergencia Pública y de Reforma del Régimen cambiario, y el Decreto n 50, 08/01/2002 en Golbert, 2006: 14), y más tarde la Emergencia Ocupacional Nacional hasta el día 31 de diciembre de 2002 (Decreto 165/2002), el Programa Jefes y Jefas de Hogar desocupados consistió en una prestación dineraria de \$150 mensuales, a cambio de la cual el beneficiario debe realizar una contraprestación laboral, sea mercantil o social, de 4 hs diarias.(datos tomados del MDS). La novedad del plan fue su masificación: al mes de abril de 2003, según datos oficiales publicados por el Consejo Nacional de Administración, Ejecución y Control (CONAIEYC), el número de beneficiarios del programa alcanzó a 1.987.875 personas (CELS 2003). Coinciden en esa cifra Svampa yPereyra, 2004; Delamata, 2004. Este programa fue una política implementada por el entonces presidente Eduardo Duhalde, tras el estallido social ocurrido el 19 y 20 de diciembre que fuera denominado como “cacerolazo” (Barbetta y Bidaseca, 2004)

un reconocimiento y una relevancia que provocó la renovación automática del decreto que le dio origen durante seis años²⁰.

Si bien es cierto que el plan tuvo el efecto de “colchón” (Masseti, 2006) en tanto amortiguó las demandas sociales así como permitió una transferencia de ingresos en un momento de crisis, y aunque logró que los ingresos de la población empobrecida no cayeran más fuertemente, por el tipo de población focalizada no significó un aumento del ingreso en los hogares (Cortés et al, 2003: 14) . Asimismo, la proliferación de políticas asistenciales conllevó una discusión pública acerca de la manera de distribuir a través de programas el gasto público focalizado. En el marco de estas discusiones, la contraprestación se delineó como un elemento controvertido, que generó oposición desde dos puntos de vista completamente diferenciados respecto a los planes: por un lado, aquellos que han defendido la universalidad del derecho a la asistencia, y que por lo tanto, cuestionan la condicionalidad de plan; por otro, quienes se han opuesto a la derivación de gasto estatal a las políticas sociales y sostienen que la contraprestación se constituye en un desincentivo al trabajo. Cabe aclarar que este último posicionamiento se sostuvo alrededor de la discusión acerca de la “cultura del trabajo”²¹ e instaló en el sentido común la afirmación de la pérdida de pautas del mundo laboral en los sectores populares, siendo las instituciones católicas las que han sostenido más fuertemente esta posición (ver Golbert, 2006: 34; D’Amico, 2006)²². Cabe recordar también que diversos trabajos sostienen que las relaciones en que se inscriben los beneficiarios de políticas sociales están orientadas en su mayoría por un fuerte sesgo clientelar, que reduce la participación de los beneficiarios de las políticas a relaciones de dominación y sumisión, en tanto los beneficiarios no participan desde un lugar de derecho, sino de riesgo, negándoles así la capacidad de constituir nuevos significados a su participación

²⁰ La duración del plan se prolonga acorde a la vigencia de la declarada Emergencia Ocupacional Nacional, que mediante diferentes leyes comienza a ser prorrogada, siendo la última de ellas la Ley n° 26.077, que dio continuidad al Programa JJH hasta el 31 de diciembre de 2006.

²¹ Esta discusión se enmarca en una argumentación de más largo alcance que ya Fraser y Gordon (1997) reconstruyeron en detalle al realizar su estudio sobre la genealogía de la “dependencia”. Las autoras afirman que tanto desde discursos conservadores como liberales se cuestiona la dependencia del bienestar (entendido éste como políticas asistenciales) en tanto excede la necesidad monetaria y que se relaciona con defectos propios de los grupos pobres, sean biológicos o culturales, acentuando así explicaciones esencialistas acerca de la pobreza, sean estas “naturalistas” o “culturalistas”.(Fraser y Gordon, 1997: 193)

²² Es interesante destacar que la iglesia católica se constituye, desde comienzos de la crisis, en un actor central sentado en la mesa de diálogo con el gobierno para definir la política de emergencia, y luego se volverá un actor encargado también de la canalización de la política (Golbert 2006; Woods, 2007 y Wyczykier, 2007).

en la política social (Cortazzo y Schettini, 2003). De esta manera, estos estudios niegan la positividad de las prácticas que los beneficiarios realizan desde sus diferentes formas de participación, porque le dan centralidad a una posición normativa acerca de cómo deberían estar orientadas las políticas.²³

Vemos entonces que uno de los debates centrales que atravesó la implementación de la política fue la consolidación de canales intermediarios que aparecieron para poder acceder al plan: aunque formalmente el plan es otorgado directamente al beneficiario, el modo en que el plan se ha extendido en nuestro país (una masificación repentina y sostenida por la administración de los gobiernos locales) requirió de espacios organizacionales donde solicitar los planes y que se constituyeran en destino para la realización de las tareas que el plan solicita como contrapartida del cobro (Cerrutti y Grimson, 2004; Grimson, 2005). Sea este un efecto esperado o no del plan, lo cierto es que su lógica de distribución terminó por fomentar la emergencia de instancias de intermediación entre los beneficiarios y el Estado, así como de consolidar aquellas ya existentes. La lógica de organización quedó muy apegada a la política estatal de planes de empleo, en tanto a partir de la masificación del PJJH, “cada organización se convirtió en potencial ámbito de contraprestación” (Cerrutti y Grimson, 2004: 43).

En el marco de estas discusiones, en el año 2006 el gobierno nacional encabezado por Néstor Kirchner, anunció cambios en la política de planes sociales y propuso el pasaje voluntario del *Plan JJH* al *PF* y al *SCE*. Los tres pilares en los que se basa la política social son: establecer un ingreso básico de arranque, el reentrenamiento y la orientación de políticas focalizadas para grupos específicos (Ministerio de Desarrollo Social de la Nación (desde ahora MDS), 2006).

El *SCE* es un seguro de base no contributiva, orientado en una primera etapa a los beneficiarios hombres menores de 30 años del programa *JJH*. Consiste en una prestación dineraria no remunerativa mensual por un periodo máximo de veinticuatro meses de \$275. Durante ese periodo el beneficiario debe capacitarse en un oficio según

²³ Recuperamos la noción de “positividad” como lo opuesto a las tendencias que han anclado a los sectores populares en la “pura negatividad”, tal como la plantea Merklen (2005:35-36). El autor cuestiona que las ciencias sociales han tendido a caracterizar a los sectores populares por sus carencias frente a un ideal vinculado a una concepción de la democracia y la ciudadanía occidental y liberal. Para ampliar las críticas a las miradas sociocéntricas en las ciencias sociales, ver Guber (2008 [1991]) y Semán (2006).

su interés y las alternativas provistas por las oficinas municipales de formación dispuestas a tal fin. Al cabo de los dos años, la propuesta es que la oficina de empleo se constituya en una instancia de mediación para vincular a estos beneficiarios capacitados con empresas que requieran mano de obra.

El *PF*, a diferencia del *SCE*, surgió para aquellas familias en situación de vulnerabilidad social que no pudieran enmarcarse en los criterios de empleabilidad mencionados anteriormente. Consiste en un ingreso básico que el/la beneficiario/a recibe mensualmente de \$150 a los que agrega \$25 más a partir de dos hijos, sumando luego esa cantidad por cada hijo hasta un máximo de seis, de manera que podría llegar a cobrar un máximo de \$275 (que ascendió en 2007 a un mínimo de \$185 y un máximo de \$305, (MDS, 2007) y elimina la obligatoriedad de la contraprestación a cambio del cobro, se sostiene como requisito la presentación del certificado de vacunación y de escolaridad de los hijos a su cargo. En particular, el *PF* es pensado como un modo de contribuir a ampliar el ingreso básico, aunque de manera focalizada. Así, el aumento de ingreso se da mediante el reconocimiento diferencial del número de hijos, lo que, desde los objetivos explicitados de la política social tendería en un mediano plazo, a extenderse bajo la forma de asignaciones familiares (MDS, 2006)²⁴.

La nueva política de planes, a partir de un criterio común básico, la empleabilidad, clasifica a los beneficiarios en dos: aquellos jóvenes con posibilidad de aprender un oficio, pasan al *SCE* para una posible reinserción en el mercado laboral. Los/as jefes/as de hogar en situación de vulnerabilidad y que quedan por fuera del criterio de empleabilidad al *PF*, programa que deja de pedir como requisito la contraprestación laboral. Esta clasificación implica también un reparto institucional de los beneficiarios: los beneficiarios del *SCE* quedan en la órbita del Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, las del *PF* en la del Ministerio de Desarrollo Social. La propuesta tendería a

²⁴ La resolución MSD n° 825 que diera origen al Programa Familias fue reemplazada en agosto del 2009 por la Resolución MDS N° 3380. Más información en <http://www.desarrollosocial.gov.ar/Planes/PF/resena.asp> La distinción a partir de criterios de empleabilidad fue implementada a través del Decreto n° 1506/04, pero este criterio es sólo general y carece de una especificación de las condiciones requeridas.

sacar la responsabilidad de la contraprestación a las mujeres-madres para que a cambio se dediquen a la atención de sus hijos.²⁵

En ambos casos, el traspaso a cualquiera de los planes se hace de manera individual por cada beneficiario, a través de un Convenio Individual de Adhesión. (D'Amico, 2006). Los nuevos planes se orientan a “beneficiarios”, es decir, la letra de la política social sostiene el carácter individual del beneficio, ya implementado por los planes JJH. Vemos entonces que tanto el SCE y el PF, apuntan a un grupo de individuos focalizados, a los que se le ofrece un conjunto de herramientas a corto plazo para luego volver a dejar en manos de los propios actores la posibilidad de modificar su situación de marginalidad, producto de la exclusión a la que se han visto sometidos. Se produce así una “remercantilización” de las políticas sociales, que pierde de vista la construcción del problema del desempleo como riesgo social. Asimismo, estas políticas, en tanto siguen basadas en el criterio de “prueba de medios” se alejan de la idea de universalidad, y con ello se pone en discusión la noción de ciudadanía que las sustenta. Como ya hemos mencionado, en el caso particular del PF, para su continuidad se debe presentar certificado de escolarización y vacunación de los hijos; el SCE sostiene la lógica de *workfare*: los beneficiarios deben asistir a una capacitación en un oficio. Por último, los nuevos programas eliminan la obligatoriedad de la contraprestación laboral, modificando las características de las tareas que deben hacerse a cambio del cobro. Esta transformación deja de ser un mero detalle si reconocemos que la contraprestación, característica no poco controvertida de los planes de empleo desde su implementación, se encontraba asociada en muchos casos directamente a las actividades cotidianas llevadas adelante en las organizaciones, cuestión que será tratada en el siguiente capítulo.

En el marco de esta transición de la política de planes es que justificamos la decisión del recorte temporal elegido para reconstruir y enmarcar la experiencia analizada. A medida que vayamos profundizando en el caso, veremos de qué manera las diferentes tensiones mencionadas, presentes en las nuevas políticas sociales, toman cuerpo en la vida de

²⁵ Más allá de esto veremos que algunas mujeres han optado pasar al SCE. Para una mayor discusión, ver el trabajo de Calvi y Zibecchi (2007), quienes analizan escenarios posibles de decisión de las mujeres frente al cambio de plan.

quienes se sienten interpelados por ellas. Pero antes de avanzar en este sentido, reconstruiremos de la mano de un conjunto de estudios en el siguiente capítulo los impactos de estas transformaciones de la política de planes de empleo en los modos de organización de las clases populares, así como las estrategias de intermediación que diferentes instancias de organización construyeron para acceder a (y podríamos decir, apropiarse de) el beneficio, inscribiéndolo en lógicas de sentidos compartidos preexistentes, si bien diferenciadas entre sí. Luego, incorporaremos críticamente otra serie de trabajos que nos permiten problematizar el lugar que los planes de empleo tienen en la vida cotidiana de los beneficiarios, para comprender así el universo complejo de sentidos que éstos adoptan, y que deberemos tener en cuenta a la hora de inmiscuirnos en nuestro caso.

CAPITULO II- “De abajo arriba”. La centralidad de los planes en las dinámicas organizacionales.

“En Buenos Aires cualquier intento por caracterizar actualmente una organización popular implica al menos tres preguntas inevitables. La primera es: “¿cuántos planes tiene?”. Es decir, cuántas personas realizan en esa organización la contraprestación del Plan Jefes y Jefas de Hogar. Las otras dos preguntas se refieren a cómo se consiguen esos planes y a cómo se los distribuye. En otras palabras, todas las organizaciones populares han sido transformadas por el PJHD o han logrado constituirse en intermediarias entre el Estado y la población gracias al mismo.”

(Cerrutti y Grimson, 2004: 42-3)

1- Organización colectiva, actores y planes

A través del estudio acerca del alcance de la masificación de los planes de empleo ocurrida hacia principios de 2002, diferentes trabajos especifican el modo en que la esfera estatal en sus niveles desagregados incide en la articulación de la sociabilidad de los sectores populares mediante decisiones políticas que marcan puntos de inflexión en las condiciones de lucha, disputa y resistencia. Es decir, contra todo diagnóstico liberal de desplazamiento de las instancias de intervención mediante políticas públicas hacia la esfera mercantil, estos trabajos evidencian la presencia sostenida del Estado como actor que tiene la capacidad de trastocar condiciones estructurales de organización, y con ello rearticular relaciones sociales.²⁶

Desde esta perspectiva, diversos trabajos han estudiado los impactos económicos, políticos y sociales acerca de la masificación del plan, así como los lineamientos institucionales que siguió la implementación de esta política social (Andrenacci, Ikei, Mecle y Corvalán, 2006; Logiudice y Suárez, 2003; Cortazzo y Schettini 2003; Zibecchi y Calvi, 2003). Sin embargo, para nuestra investigación, nos interesa recuperar particularmente dos tipos de análisis. Primero, aquellos que dieron cuenta de las consecuencias inmediatas que la implementación del plan JJH tuvo para las formas colectivas de organización y las posibilidades de acción sobre el sistema político, que desarrollaremos a continuación. Segundo, los trabajos que analizaron los modos en que las políticas fueron apropiadas por los beneficiarios y adquirieron sentidos en contextos

²⁶ En este sentido, Manzano afirma que los planes fueron “la forma específica de intervención estatal” de mediados de los noventa, discutiendo con aquellas posturas que plantean que los arreglos a través de los planes fueron el modo de establecer un sistema informal de la política en aquellos espacios donde el Estado no llega (2007a: 193). Asimismo, Cerrutti y Grimson sostienen: “Un Estado que después de más de una década de neoliberalismo extremo es capaz de distribuir dos millones de planes no parece adecuadamente descrito si se lo adjetiva de “ausente” (2004: 45).

específicos. Centrados en un análisis pormenorizado del modo en que los beneficiarios utilizan los planes en su vida cotidiana y los sentidos que se construyen en torno a ellos, esta línea de trabajos será desarrollada en el apartado 2.

Siguiendo con el que hemos dado a llamar primer grupo de trabajos, diversos estudios coinciden en reconocer el efecto pacificador de los planes en un contexto de alta conflictividad. Así, plantean que en la implementación del plan JJH se pueden reconocer objetivos explícitos (reducción de la pobreza y desigualdad) y otros implícitos, que se asocian a la contención del conflicto social. En este sentido fue interpretada como una política asistencial “pacificadora” que permitió recuperar la gobernabilidad que había entrado en crisis en 2001 (entrevista a Auyero²⁷, 2005; Andrenacci, Ikei, Mecle y Corvalán, 2006; Golbert, 2006: 6), constituyéndose en una herramienta de “integración, control y consenso” que coincidentemente fue acompañada por los grupos tradicionalmente más críticos a estos programas (Golbert, 2006: 17). Los planes se constituyeron así en moneda de cambio para reducir la conflictividad social, como parte de una “tregua social” en el contexto de una política gubernamental que aplicó estrategias selectivas de integración y represión (Burkart, Cobe, Fornillo y Zipcioglu, 2009: 61).

Una segunda línea de trabajos analizó el impacto de estas transformaciones en las formas de organización colectiva de los sectores populares, particularmente en las organizaciones de desocupados. Por un lado, estos estudios coinciden en afirmar que la gestión de planes y las relaciones que se constituyen a través de la instancia de contraprestación, permitieron la estabilización de prácticas y el anclaje de formas organizativas que se articularon además en el espacio público, así como la organización de los vecinos y la propagación política de las organizaciones, en un contexto caracterizado por la emergencia de un actor colectivo (el movimiento de desocupados), una metodología de acción colectiva (el “piquete”), una dinámica política (la asamblearia), un horizonte que llegaba a plantearse en un carácter insurreccional y un modelo de intervención territorial vinculado a la demanda de planes sociales y su gestión local. Entendemos que si bien la política social se constituye *con* el Estado, estos análisis muestran que el espacio-momento de la contraprestación laboral se vuelve

²⁷ “El oficio de la etnografía”, entrevista de Edison Hurtado a Javier Auyero, publicada en *Íconos*, núm. 22, Quito, mayo 2005. ISSN: 1390-1249.

analíticamente relevante en sí mismo particularmente para estas organizaciones, en tanto para muchas de ellas es el único momento en el que existen como colectivo organizado. Así, la negociación por los planes se constituyó tanto en un espacio de contención de conflictos y de disciplinamiento y control social, como en la posibilidad de disputar recursos y reelaborar significados frente a las estrategias políticas gubernamentales (Grimberg, 2009: 91). Sin negar las relaciones de dominación que las atraviesan, este énfasis en la posibilidad inmanente de lo indeterminado para resignificar sentidos y (re) construir relaciones, implica reconocer a las prácticas desde su positividad (Merklen, 2005; Semán, 2006).

Así, podemos afirmar a modo general - aunque reconociendo los profundos debates entre los diferentes autores alrededor de esta temática- que diversos autores coinciden en que la articulación de todos estos elementos configuró una identidad o forma de subjetivación, la “piquetera”, en un contexto de inestabilidad y de crisis de los lazos de integración (Lenguita, 2001 y 2002; Vommaro 2003, Bidaseca, 2004; Svampa y Pereyra, 2004; Grimson, 2003 a y b, 2004, 2005; Muñoz, 2005; Massetti 2006; Gómez, 2007; Fornillo, 2009). Asimismo, plantean que con sus limitaciones, los espacios de contraprestación se constituyeron en herramientas territoriales de organización²⁸, así como en espacios productivos que en algunos casos adoptaron la forma de microemprendimientos o de cooperativas orientados a sostener una economía de tipo social (Coraggio, 2004). Finalmente, mencionan otras dos particularidades del JJH: que promovió el acceso individual al plan frente a la instancia del proyecto que anteriormente articulaba el modo de inscripción y contraprestación, y que extendió la duración del plazo de duración del beneficio (de 3-6 meses a un año), que era lo que activaba permanentemente la demanda. Ambos elementos modificaron el modo de estructuración de los movimientos que desde los sectores populares venían apropiándose colectivamente de estos recursos estatales (Gómez, 2007).

No obstante ello, diversos autores reconocen que el proceso de masificación resultó en la posibilidad de rearticular los movimientos a nivel barrial, en tanto las organizaciones actualizaron su papel como intermediarios entre el Estado y los beneficiarios, a partir de

²⁸ Analía García (2009) reconoce una serie de dimensiones del territorio: 1-el espacio de disputa con otras formas de intervención, como los punteros políticos; 2-el trabajo territorial propiamente dicho, 3-como soporte relacional y 4- como continuación de la acción contenciosa en la ruta (García, 2009:326-7).

sus conocimientos de información y del aprendizaje que venían realizando sobre los saberes técnicos que requieren las instancias burocráticas que es necesario cumplimentar para *anotarse*²⁹ en el plan (Svampa y Pereyra, 2003; Delamata 2004; Gómez 2007: 129). Esa afirmación predica sobre aquellas organizaciones que venían sosteniendo una instancia de construcción política a través de un soporte territorial; en cambio, la preocupación de los autores se orienta al hecho de que la masificación de recursos actualiza la presencia estatal y las políticas tradicionales (que implícitamente refieren a las redes punteriles del PJ) en aquellos casos en que no había una organización colectiva previa, clausurando muchas veces la posibilidad de que esta emerja.

A su vez, una tercer línea de trabajos coincide en su intento por desentrañar los sentidos que adoptan los planes sociales en otros espacios organizados (cuadrillas, comedores, organizaciones comunitarias, iglesias y unidades básicas, entre otros); y reconocen la relevancia de la contraprestación de planes y la potencialidad de la acción comunitaria en estos espacios, muchas veces soslayada por no darse en el marco del movimiento “piquetero” y/o de trabajadores desocupados. Algunos estudios se propusieron especialmente analizar esta temática situando el interrogante en el vínculo más general entre asociaciones civiles y Estado, particularmente el en el rol que jugaron las instituciones parroquiales como actores mediadores en la gestión de estas políticas (Woods, 2007; Wyczykier, 2007). La indagación se orientó a desentrañar la manera en que se ligan actores políticos y sociales para forjar mecanismos de intervención en el ámbito micro-social a través de la gestión de planes sociales, desde una perspectiva orientada por la “teoría de la movilización de recursos” (Wyczykier, 2007: 254), trasladando así una serie de preocupaciones que ya habían sido pensadas para otras organizaciones (por ejemplo las “piqueteras”). De esta manera, problematizaron cómo juega la dimensión de las trayectorias organizacionales para dar cuenta de los impactos de los planes a nivel local, así como la manera en que otras organizaciones debieron debatir y resolver la tensión entre sus necesidades organizacionales y los requisitos que se les imponían externamente para legitimar su lugar en la gestión de los planes, profundizando el dilema entre las limitaciones y las posibilidades que los planes

²⁹ Tanto Quirós (2006a) como Manzano (2007a, 2009) mencionan que la obtención del plan comienza desde el momento en que los posibles beneficiarios se anotan para obtenerlo, cuando ya aparece la expectativa de conseguirlo.

significan para las organizaciones, en tanto se ve acentuada la interdependencia respecto a los recursos estatales.³⁰ Asimismo, se interrogaron acerca del impacto de los planes en las actividades que las organizaciones venían sosteniendo a través del trabajo voluntario. En muchos casos, la contraprestación laboral implica comenzar a remunerar una tarea que se venía haciendo de forma gratuita (Wyckzykier, 2007: 266, 275), y puso de relieve el conjunto de actividades que el Estado había “delegado” en esas formas de organización comunitarias. La tesis que sostienen es que cuando el problema de “descapitalización” de las organizaciones en términos de pérdida de beneficiarios comienza a aparecer como dilema, éstas comienzan a ofrecer algo “a cambio” de la actividad que las personas realizan: el plan.

Consideramos que las líneas de análisis mencionadas ofrecen un fructífero recorrido a través del uso de los planes sociales y permiten establecer algunos puntos de partida del presente trabajo. En primer lugar, en cuanto a la complejidad que introducen para el análisis de los planes sociales, que más allá de constituirse en recursos de una política social, deben comprenderse inmersos en una trama organizacional en la cual las personas elaboran estrategias. Es decir, esos trabajos muestran que los planes circulan en un marco de intercambios que los exceden y en esas relaciones se vuelven a la vez recursos políticos, económicos, sociales y simbólicos³¹.

En segundo lugar, muestran la relevancia de indagar en los espacios de contraprestación laboral, en tanto allí se hacen presentes las reglas, tensiones y contradicciones que aparecen en el vínculo entre Estado, organizaciones y beneficiarios (Grimson, 2003 a: 22 y 2003 b; Cerrutti y Grimson, 2004), ya que, aunque formalmente el plan es otorgado directamente al beneficiario, el modo en que el plan se ha extendido en nuestro país requiere de espacios organizacionales donde solicitar los planes y que se constituyan en destino para la realización de las tareas que el plan solicita como contrapartida del cobro (Grimson, 2005). De este modo, introducen la relevancia del espacio-momento de la contraprestación laboral obligatoria, que ha sido, hasta el momento, fundamental para la articulación colectiva en tanto permite la reapropiación

³⁰ Esta tensión de los planes como posibilidad y limitación aparece ya en Svampa y Pereyra como “urgencia u oportunidad” (2004:190) y es retomada por una amplia literatura acerca de planes.

³¹ Como enfatizaremos mas adelante con el trabajo de Manzano (2007a: 238) el plan adquiere un conjunto de características tan fundamentales, que la gestión del plan implica gestión de la vida, en tanto abarca una serie de demandas y expectativas que trascienden el ámbito de la contraprestación.

de los planes por parte de las organizaciones. En un contexto marcado por la incertidumbre, los planes adquirieron relevancia en la estabilización de relaciones sociales a nivel comunitario, incorporándose en las estrategias que han sostenido las diferentes organizaciones sociales para “anclar rutinas” (Svampa y Pereyra, 2004: 191), establecer “*islotos de certeza* cotidianos” (Vommaro, 2006: 170) y estabilizar formas colectivas de organización y vinculación con el Estado (Grimson, 2003 b; Gómez 2007) en la vida cotidiana de quienes soportan “en los márgenes” (Merklen, 2000) las condiciones que nos impone la Argentina neoliberal.

Por último, dan cuenta de que los planes comenzaron a circular- y continúan haciéndolo hoy- de diferentes maneras y mediados por diversos actores: por un lado, por los municipios, en muchos casos por los comúnmente reconocidos como “punteros”, que implica para los beneficiarios realizar la contraprestación en tareas específicas en las delegaciones municipales, tales como barrido de calles y zanjeo (Auyero 1997, 2001; Barattini, 2003); por otro, organizaciones barriales que utilizan los planes en el marco de proyectos políticos de demanda y, en algunos casos, de confrontación con el gobierno nacional, y que desde la literatura han sido reconocidas como “organizaciones piqueteras” o constitutivas del movimiento “piquetero”(Lenguita 2001 y 2002; Vommaro, 2003; Bidaseca, 2004; Svampa y Pereyra 2003; Delamata 2004; Massetti, 2004; Delamata y Armesto 2005; Merklen, 2005; Gómez, 2007).

Ahora bien, si estos trabajos se constituyen en puntos de partida de nuestra investigación por sus afirmaciones, también nos han permitido pensar alternativas de indagación distanciándonos de ellos. En este sentido, nuestra preocupación se orienta a evitar algunos de los problemas que aparecen en algunos de estos trabajos. En principio, pretendemos sortear el obstáculo epistemológico que termina por situar a las organizaciones que se analizan en alguno de los lados de la polaridad miserabilismo/populismo que criticaran Grignon y Passeron (1989)³². En este sentido,

³² El miserabilismo se constituye en una mirada que restringe las motivaciones de las acciones a las necesidades materiales, como si estas fuesen dadas y no, como toda necesidad devenida demanda, construida, resignificada socialmente en un marco de percepción específico. Condenados a su situación material, los individuos actúan guiados por esas carencias, sin aparentes mediaciones entre la situación estructural de escasez y la acción. Por su parte, la perspectiva opuesta arriesga otro peligro: el populismo pretende reconocer en los sectores populares una capacidad de emancipación que les permite constituir acciones más allá de las relaciones de dominación en las que se encuentran. La reivindicación de las características que los otros grupos sociales les adjudican como estigmas, tomándolas y haciendo de ellas un elemento de resistencia, tiende a atribuir una capacidad de acción que muchas veces deja de lado el

nos proponemos evitar aquellos interrogantes que terminan por polarizar el objeto de indagación, clasificando a las organizaciones de manera dicotómica. Estos planteos corren el riesgo de quedar encerrados en una lógica que distingue entre acciones reproductivistas/productivistas del orden social en las instancias de participación comunitaria que consideramos es necesario poner en cuestión, no sólo porque la distinción entre ambas está lejos de asumir un límite preciso, sino porque esta mirada niega de antemano los márgenes de producción de relaciones que hay en las prácticas no disruptivas, al menos como potencialidad. Asociado a ello, es necesario problematizar el modo en que aquella dicotomía reaparece en estos trabajos bajo la distinción analítica entre “lo social” y “lo político”, que según Frederic muchas veces emerge como si se tratase de ámbitos autónomos de la realidad social (2009: 251).

En relación a estas críticas, Manzano menciona que una serie de trabajos centrados en el análisis de los movimientos sociales, tendió a establecer un esquema que revalorizó las luchas propositivas (asociadas a “la política”) frente a aquellas estrategias orientadas a la supervivencia (asociadas a lo “reivindicativo”) (2007b: 107). A modo general, podemos afirmar entonces que a lo largo de los estudios que se han realizado sobre la protesta en Argentina, ésta aparece enmarcando un proceso de repolitización de las relaciones sociales luego de una década de transformaciones estructurales que tendieron a confluir en un proceso de despolitización generalizado; mientras que el trabajo reivindicativo, que muchas de estas perspectivas limitan al ámbito local y al conjunto de prácticas y relaciones que permiten la supervivencia, en la medida en que resuelven la urgencia a través del acceso a los bienes materiales, son entendidas como prácticas apolíticas y reproductivistas del orden social.

Este esquema se trasladó en un doble reduccionismo a la hora de analizar los vínculos políticos de los sectores populares en nuestro país: el peronismo quedó relacionado a un tipo de vínculo clientelar, mientras que las organizaciones piqueteras podían constituirse en emergentes de una forma de la política autónoma y/o democrática. (Manzano 2007b: 108). Particularmente, nos interesa resaltar que esta tendencia a polarizar las lógicas de

hecho de que los grupos sociales se encuentran necesariamente vinculados a otros en relaciones que los oprimen, y este énfasis lleva a una recaída en un autonomismo que niega la constitución los lazos sociales en relaciones de interdependencia mutua, muchas veces asimétrica y de reciprocidad en tanto existe la necesidad de mutuo reconocimiento. Grignon y Passeron (1989).

las prácticas políticas tuvo un efecto que se trasladó directamente al momento de construir a las organizaciones populares como objeto de estudio, estableciendo dicotomías que ubican a las organizaciones en compartimentos estancos en una línea que va del autonomismo a la cooptación.

Advirtiendo estas dificultades, diversos trabajos han criticado radicalmente el uso de los pares dicotómicos clientelismo/resistencia, clientelismo/protesta, clientelismo/ciudadanía con que ha sido pensada la realidad de las organizaciones de desocupados en nuestro país, sus prácticas y actores (Ferraudi Curto, 2006 a y b, 2009; Quirós, 2006 a, b y c; Vommaro, 2006; Manzano, 2007 a y b; Frederic 2004, 2009; Retamozo, 2009). Dichos estudios se instalan, “más acá” de los dualismos e indagan los sentidos de la política en las diferentes lógicas que subyacen a las tramas cotidianas de las organizaciones y/o barrios en los que las personas circulan, de modo tal de comprender de manera interrelacionada los vínculos entre protesta, gestión de recursos y sociabilidad local, desde paradigmas atravesados por la preocupación de reconstruir la realidad como “hecho social total” (Mauss, 1991). Es de la mano de estos trabajos – cuyos aportes relevantes para nuestra tarea sintetizaremos a continuación-, que nos proponemos construir como objeto de estudio una experiencia de organización.

2- Las tramas sociales: experiencia, temporalidad e historicidad.

Pondremos de relieve un conjunto de trabajos que ha planteado la relevancia de comprender los circuitos de circulación, modos de vida e identidades de los sectores populares que son integrados por el Estado desde un lugar de asistencia focalizada e intermitente. Poniendo el énfasis en la relación intrincada entre territorialidad, sociabilidad y política, estos trabajos privilegian un enfoque relacional que permiten transitar de modo diferente por la trama comprendida por Estado-organizaciones-beneficiarios en sus diferentes matices y niveles de complejidad.

Un primer grupo de trabajos adoptó como objeto de análisis un recorte territorial, para luego a partir de allí comprender dinámicas de circulación de recursos, sea entre individuos o entre organizaciones. Estos trabajos permiten comprender los modos de “estar en política” a partir de la manera en que las personas y los recursos circulan, en lógicas que -atravesadas primordialmente por la búsqueda de estabilidad-, flexibilizan la entrada, salida y la participación en diferentes organizaciones colectivas. Esta dinámica

de entrada y salida por diversas instituciones forman parte del “abanico” de espacios territoriales a los que concurren las personas para conseguir recursos (Vommaro, 2006: 170). Así, el trabajo sale de una noción institucionalista de la política y nos ofrece una diversidad de sentidos que esta adquiere, según los criterios de espacialidad que adopta.

En esta línea pero con una pretensión de generalidad mayor, Gabriela Cerrutti y Alejandro Grimson (2004) amplían el recorte territorial a cuatro barrios populares de Buenos Aires, para observar la vida organizacional y política que transcurre en dichos barrios, y de esta manera comprender cuáles son las respuestas organizacionales que construyen los pobres urbanos en el marco de un conjunto de transformaciones de la sociedad orientado a profundizar el orden neoliberal, así como marcar tendencias generales en los procesos de organización. Particularmente los autores sostienen que la cantidad de planes que administra da cuenta del poder barrial de la organización, es decir, la política social se solapa con la lógica política local. Asimismo, los autores ponen en el centro de análisis las “formas de ser intermediarios” posibles que emergen en el contexto de masificación de planes. Aunque formalmente la obtención del plan no requiere de mediaciones, en la práctica los beneficiarios dependen de que las organizaciones puedan solicitarlos. De esta manera, éstas adoptan un rol de mediación entre beneficiarios y Estado, más allá de que sus proyectos políticos se planteen distanciados de la órbita estatal.

Con la misma preocupación por comprender los cambios en la sociabilidad que se produjeron por los impactos del neoliberalismo, pero situados en otro nivel, un segundo grupo de trabajos se propuso analizar las subjetividades subalternas y las respuestas subjetivas que emergen, así como la constitución de sujetos sociales en el contexto de estas transformaciones. De esta manera, se problematizó la forma de producción de subjetividad dentro de las organizaciones de desocupados. Algunos trabajos, enfatizaron las autodefiniciones identitarias que construyó el movimiento centrándose en sus criterios políticos de pertenencia (Vommaro, 2003; Bidaseca, 2004). En este sentido, la multiplicidad de las subjetividades tendió a quedar por momentos invisibilizada por la pretensión de homogeneización identitaria del proyecto político que las contiene.

Otros, propusieron sortear la preeminencia del proyecto por sobre las prácticas a la hora de pensar la cuestión de la subjetividad. En esta dirección, el trabajo de Martín

Retamozo (2009) acerca de la configuración de la subjetividad del movimiento de trabajadores desocupados en Argentina, y las posibilidades y obstáculos que este proyecto tiene en la disputa por el orden social, nos ofrece una puerta de entrada. Y es que plantea que el análisis de las formas de participación política de los sujetos en las organizaciones de desocupados debe comprender tanto su acción en actividades de matriz comunitaria -inscrita en el quehacer del espacio organizacional, con los momentos de toma de decisión vinculantes, así como con las actividades vinculadas al trabajo gestionado por los desocupados- como las acciones disruptivas en el espacio público, y no acotarse a un solo ámbito, que generalmente es aquel que tiene más visibilidad pública (Retamozo, 2009: 133, 169). Si el piquete se constituye en un “lugar de experiencia” para los sectores subalternos, del mismo modo podemos pensar que lo es el espacio en el que cotidianamente establecen relaciones, el espacio de sociabilidad de la copa. En el mismo sentido, Quirós (2006b) concluye que es necesario salir de la polaridad entre la “razón material” y la “razón ideológica” para dar cuenta de la motivación de quienes participan en organizaciones “piqueteras”.

Finalmente, un tercer grupo de trabajos centró su análisis en la manera en que los recursos circulan por las tramas organizacionales, y el modo en que se constituyen las demandas por dichos recursos, a través de un recorte que desplaza la primacía del territorio o del movimiento, y en cambio se constituye de modo relacional. El objeto de estudio es el conjunto de vínculos que se establecen entre personas específicas, ya sea “la cotidianeidad de un barrio <bajo planes>” (Cravino, Fournier, Neufeld, Soldano, 2002), la “trama de desocupación” (Manzano, 2006, 2007), una “figuración” (como red de relaciones de conocimiento interpersonal) (Quirós, 2006) o “la organización como totalidad, a través del fluir de la vida con el movimiento” (Ferraudi Curto, 2007).

Así, los trabajos de María Cristina Cravino, Marisa Fournier, María Rosa Neufeld y Daniela Soldano (2002) y de Virginia Manzano (2007a), ponen el acento en las trayectorias históricas que configuran una densidad específica en las tramas asociativas, y recuperan estos procesos mediante la categoría de “experiencia” que será retomada a los fines de nuestro trabajo. Situadas en la cotidianeidad, esta categoría les permite realizar un análisis a nivel de las prácticas y de las interacciones sociales y no de las instituciones, a la vez que la habilita a reconstruir la historia de las demandas y su articulación con las demandas actuales, a fin de comprenderlas en su contingencia e

historicidad. Asimismo, las autoras reconstruyen el modo en que son socialmente producidas ya sea la categoría de “beneficiarias” y “mediadores” en el caso de San Miguel, como las “demandas” en el caso de La Matanza. Se corren así del análisis de la relación mutua, desigual y diádica entre mediadores y beneficiarios, y reconstruyen cómo se producen socialmente categorías colectivas que expresan un entramado organizacional.

Asimismo, ambos estudios analizan la presencia sostenida de asistencia estatal mediante diversos planes, ya sea alimentarios o de empleo. Particularmente el trabajo de Manzano muestra cómo las demandas se van articulando a partir de una disputa por sus sentidos que adquiere un carácter hegemónico: el Estado sigue un permanente pendular entre incorporación de algunas demandas de los sectores populares y la implementación de políticas que orientan formas de acción específica en los beneficiarios. De esta manera, ilumina un aspecto central de las relaciones complejas que constituyen la estatalidad desde los sectores populares, en tanto reconstruyen las dinámicas sociales que hicieron/hacen posible la constitución de demandas hacia el Estado. Por su parte, Cravino, Fournier, Neufeld y Soldano plantean que en aquellos casos en que existen dificultades para ir más allá de los vínculos acotados espacialmente, la territorialización de las relaciones puede asumir un proceso de “insularización” que tiende a reforzar la relación de dependencia respecto a los mediadores. Siguiendo a las autoras, veremos cómo se enmarca la experiencia que analizamos en la trama asociativa que constituye el barrio, así como la forma histórica particular que adoptan los procesos de “insularización” y de reforzamiento de la importancia de las mediaciones en Barrio Arroyo.

En relación con el interrogante acerca de las formas de presencia estatal en un entramado local, los trabajos de Julieta Quirós (2006 a y b) permiten comprender cómo las políticas sociales son incorporadas en la vida cotidiana de los beneficiarios. Desde su estudio etnográfico situado en Florencio Varela, la autora reconstruye de qué maneras el plan aparece como un recurso central y constitutivo de las relaciones, a partir de su presencia en el lenguaje colectivo, manejado y entendido por todos, así como por los canales de burocratización que le daban vida. Y en clave con nuestro estudio, retomamos un aporte fundamental: los canales burocráticos ocupan un lugar central para incorporar la lógica estatal a la vida de los beneficiarios. Desde el momento de solicitar

el plan (*anotarse*) hasta la firma de planillas de asistencia una vez que el plan se obtiene, deben ser seguidos cuidadosa y sistemáticamente, y de esa manera son incorporados al saber-hacer de los beneficiarios. Veremos el lugar que estos canales tienen al momento de establecer criterios de reparto dentro de la organización, a la vez que como instancias de control del reparto de recursos en un contexto de escasez y de competencia.

A su vez, la cuestión de la gestión de planes es incorporada y complejizada en el análisis de Cecilia Ferraudi Curto (2006a) sobre el Movimiento Teresa Rodríguez, en tanto la autora plantea que aquélla debe ser comprendida junto a otras dos lógicas que configuran a la organización de desocupados que analiza: éstas son la lógica de la protesta y la de la “sociabilidad local”. Reconoce que esta última muchas veces es soslayada por los análisis acerca de las organizaciones de desocupados que tienden a construir explicaciones a partir del par dicotómico clientelismo/protesta. Su propuesta, en cambio, radica en mirar de modo imbricado el modo de vida y la política, reconstruyendo cómo la política aparece en el conjunto de relaciones que se establecen en la organización, y hacia adentro y fuera de ella, y reconociendo que no puede ser definida de manera unívoca y homogénea. Para nuestro trabajo entendemos relevante retomar este modo imbricado de las nociones del modo de vida y de la política.

Como afirmáramos recientemente (D’Amico y Pinedo, 2010), de estos estudios pueden extraerse una serie de corolarios. En primer lugar, al poner el acento en los entramados sociales, la política es entendida a partir de lo que los propios sujetos definen como categorías de sus prácticas habituales sin quedar circunscriptas en una esfera funcional predefinida. En segundo lugar, sostienen que más que un actor colectivo con una identidad unitaria, las organizaciones populares conforman una trama de interacciones recíprocas, donde se establecen pautas, deudas y compromisos, que conducen a las personas a actuar mancomunadamente en situaciones específicas. En tercer lugar, señalan la omnipresencia de las políticas sociales en el centro de las relaciones locales, particularmente, la centralidad de los planes sociales y su lógica de gestión en la vida y las relaciones cotidianas que entablan las personas en esos marcos asociativos, e indagan las complejas relaciones entre esas tramas asociativas, los agentes oficiales y los flujos estatales, probando la existencia de lábiles fronteras entre lo que se define

como político, social y familiar, y entre lo que se entiende por antagonismo y negociación. (D'Amico y Pinedo, 2010: 165-6)

En suma, los tres grupos de trabajos indagan acerca de los cambios “asociativos y relacionales” que se han producido en los sectores populares de nuestro país (Grimson, 2005: 9), dan centralidad a los modos en que las políticas fueron apropiadas por los beneficiarios y adquirieron sentidos en contextos específicos y se caracterizan mayormente por la reconstrucción etnográfica de las tramas relacionales en las cuales los planes circulan.

A partir de lo presentado, sostenemos que la perspectiva situada en las tramas sociales ofrece elementos relevantes de anclaje para nuestra investigación. En primer lugar, permite analizar a las organizaciones a partir del conjunto de relaciones cotidianas que las constituyen, quitando el foco del actor colectivo para dar paso a la reconstrucción del conjunto de vínculos que, en sus diferentes modos, establecen reciprocidades entre las personas y de esa manera constituyen a las organizaciones como proceso en permanente construcción. En segundo lugar, nos recuerdan que pensar la acción política y la constitución de subjetividades requiere de dar cuenta simultáneamente de dos campos: la matriz comunitaria y el espacio de la protesta o del piquete, ambos imbricados y en continuidad. En tercer lugar, muestran la relevancia de reconstruir las diferentes temporalidades históricas que atraviesan a las personas y sus vínculos institucionales: sus horizontes de expectativas respecto al Estado, a las instituciones y también a sus propios vecinos se fundan en las experiencias que se pueden referir de estas relaciones. En el momento en que una política llega para implementarse en el barrio, se encuentra con una serie de trayectorias que ha fundado relaciones, vínculos de confianza, focos de disputa frente a los cuales la temporalidad de la política nacional no puede permanecer ajena. De esta manera, nos habla tanto del modo en que se constituyen los vínculos entre la población y el Estado mediante la gestión de políticas sociales, como de la dinámica territorial que adquiere la cuestión social, y enfatizan el modo de circulación, negociación y disputa que se establece en el transcurso de gestión de estas políticas. En cuarto lugar, estos estudios descentran los enfoques institucional-legalistas acerca de la política y ofrecen reconstrucciones de las formas concretas que la política adopta en espacios acotados localmente pero cuyos límites institucionales son más difusos. Con ello, muestran la posibilidad de repensar la política desde ámbitos

situados en la cotidianeidad, donde lo comunitario-reivindicativo y lo contestatario se imbrican. Asociada con esta concepción de la política, la mirada situada en las tramas actualiza el debate acerca de la hegemonía ya que permite reconstruir las experiencias de vida de las clases populares en un contexto de dominación neoliberal, dando cuenta de sus prácticas de resistencia aún cuando estas no se traduzcan automáticamente en un programa político emancipador (Grimberg, 2009).

Con el objetivo de dar cuenta de estas interrelaciones, proponemos desentrañar cómo en la experiencia de organización cotidiana de quienes participan en la “copa” se procesan conflictos e intereses, vinculados a las diferentes significaciones que las personas le dan a su participación en la organización, al reparto de recursos y a los vínculos políticos con otros actores del barrio y extra-barriales. Nuestro trabajo tomará entonces un recorte que es relacional, en tanto reconstruye una experiencia organizacional. Hemos acotado esas relaciones al espacio compartido, es decir, al momento de la contraprestación laboral en la copa de leche. O de otro modo: “territorialmente” las relaciones que analizamos se jugaron en el espacio acotado de la copa. Sin embargo, si bien no seguimos a estas personas en sus relaciones más allá del espacio-momento de la contraprestación, en sus relatos y en las prácticas que reconstruimos, esos sentidos externos se irán filtrando, obligándonos a estar atentos al modo en que esas experiencias “externas” conforman, constituyen y modelan lo que sucede *en* la copa. Ésta debió ser enmarcada en el barrio, y en el conjunto de actores-relaciones que iban haciéndose presentes allí de modo concreto, ya sea por la presencia efectiva de estas personas, como a través del relato de las mujeres. Sólo de esa manera es posible comprender cómo las diferentes formas de sociabilidad se entranan con otras (y se constituyen en) habilitadoras para el acceso a redes ampliadas de instituciones y/o recursos, teniendo en cuenta que nos encontramos ante grupos de personas que ven acotado su capital social a redes intra-clase y de alcance local. Comenzaremos a desandar el caso a partir del cual hemos realizado nuestra investigación.

Capítulo III- Presentación: el barrio.

1- El barrio

Barrio Arroyo es una de las zonas más antiguas del municipio de La Plata, y sus orígenes se remontan a su lugar estratégico como estación ferroviaria para comunicar a la ciudad con otros centros urbanos. Se encuentra geográficamente situado al noreste de la ciudad y cuenta actualmente con una población de alrededor de 15000 habitantes. La ciudad de La Plata es el centro administrativo de la provincia de Buenos Aires, tiene un intendente municipal elegido por voto directo cada 4 años y está organizada políticamente en delegaciones³³. En todos los casos los administradores comunales (comúnmente reconocidos como “delegados”) deben ser elegidos por los vecinos, sin embargo, el único año en que se llevó adelante una elección fue en el año 2000, por lo que los delegados son personas que ocupan su cargo dependientes de su relación con el ejecutivo local. En el caso de Barrio Arroyo, históricamente los delegados han estado vinculados con el sector gobernante actual, aún en los momentos en que el intendente era de la facción opositora.

Como muchos de los pueblos radicados por esa época, en Barrio Arroyo la asociatividad marcó el ritmo de la sociabilidad, constituyéndose de a poco su sociedad de fomento y su club social y deportivo. En el entramado urbano se identifican claramente dos tipos de construcciones, que refieren también a dos momentos históricos diferenciados: aquellas más antiguas, de material, que se encuentran en la parte mejor urbanizada, y tienen acceso a cloacas, a asfalto y al transporte público que los acerca al centro de la ciudad. Estas casas constituyen la parte histórica del barrio, y se han construido desde comienzos del siglo XX. Las casillas situadas al borde del arroyo remiten a otra historia dentro del barrio: son aquellas familias que se han asentado en terrenos no aptos para la vivienda. Las tierras son inundables debido a que el canal no ha sido entubado. A simple vista, se desprenden rápidamente dos conclusiones: estas

³³ El Gran La Plata (que suma al partido de La Plata, las localidades de Berisso y Ensenada), suma alrededor de 694253 habitantes (según el censo 2001). Hasta 2008, eran 10 Centros Comunales: San Carlos, San Lorenzo, Olmos, Villa Elisa, Melchor Romero, Gonnet, Tolosa, Los Hornos, Villa Elvira y City Bell. A partir de modificaciones en las ordenanzas municipales en enero de 2009, se suman 8 más, reconvertidos de los sub centros de Etcheverry, Arturo Seguí, El Peligro, Abasto y Ringuelet, la división del centro Hernández-Gorina y la creación del Centro Comunal de Arana.

viviendas responden a otras pautas de construcción respecto al sector histórico del barrio, y las familias que habitan allí lo hacen en condiciones de pobreza e insalubridad.

Hasta mediados de los años sesenta, el arroyo era un espacio para la recreación: todavía hacia mediados de esa década, la gente del barrio acudía allí a pescar. No obstante, desde las últimas décadas el arroyo constituye el foco de dos problemáticas locales: por un lado, la contaminación de sus aguas que a simple vista se observa y que hace impensable la pesca hoy. Por otro, los relatos de los vecinos y los registros en diarios locales dan cuenta de la seguidilla de inconvenientes que las inundaciones han traído históricamente para la zona. Ya desde el año 20 se han sufrido sus efectos. En la última década, las sudestadas han provocado desde caídas de árboles y techos, hasta efectos trágicos sobre la vida de las personas. Más allá de estos casos extremos, cada temporal implica reacomodar árboles caídos, cortes de servicios eléctricos, casas inundadas: en 2000 un temporal que azotó la región levantó árboles y tiró techos, hacia 2003 un hombre perdió la vida al caer al arroyo, y a principios de 2008, los efectos de la lluvia llevaron a evacuar alrededor de 1600 personas en la región (incluyendo a otras delegaciones), que fueron alojadas en diversos clubes locales hasta que bajaran las aguas³⁴. Entonces, las familias que se asentaron alrededor del arroyo, viven en condiciones de precariedad material, no sólo por la proximidad a ese afluente de agua que se encuentra contaminado, sino especialmente porque ante cada temporal, si el arroyo no llega a contener la lluvia, deben reconstruir sus viviendas, que son devastadas por el agua por tratarse de una zona inundable. Vemos entonces cómo la desigualdad social adquiere además la forma de impacto socioambiental sobre estas familias (Auyero y Swistun, 2008).

1-2 La llegada

Cuando transitamos el barrio, observamos cómo se van sucediendo de manera continua las construcciones que indican el acceso paulatino a una zona de marginalidad. Las casas de material comienzan a dar paso a casillas que se deterioran. La línea divisoria entre la pobreza y este barrio de aparente clase media empobrecida está dada, como en muchos otros rincones del país, por un indicador más evidente aún: el asfalto. En toda la zona de calles asfaltadas, las casas sostienen (pese a diferencias entre ellas) la

³⁴ Ver *El Día* 18/05/2000, 24/05/2000, 29/02/2008, diario *Hoy* 29/10/2001, 14/10/2009, 25/10/2009; *Clarín*, 13/11/2003, *La Nación* 05/03/2008 y *Página 12* 05/03/2008.

construcción de material, alumbrado público, vías de acceso a transporte público y desagües, indispensables para evitar inundaciones los días de lluvia. Tan solo unas cuadras más lejos, nos adentramos en otro lugar. Bordeando el arroyo, son casillas precarias las que se superponen entre sí, sin límites definidos entre unas y otras. Tendales colmados de ropas y desniveles de construcción que siguen los caprichos de la tierra, al borde del agua. Cuando uno observa las casillas provocan la sensación de que un tenue movimiento de dominó provocado por un viento fuerte o una mano letal, podría hacerlas caer al agua, y sumergirlas para siempre. Metáfora arquitectónica de las múltiples inestabilidades del lugar social que caracterizan, parafraseando a Merklen (2000) “la vida en los márgenes”.

El arroyo es ahora una mancha marrón y nauseabunda. No hay canales que viabilicen los afluentes que se vierten al agua. Entre un lado y otro del arroyo, el espacio se modifica. “*De aquel lado*”³⁵, las casas están situadas geográficamente en un nivel más bajo respecto al del agua, lo cual indica una mayor probabilidad a sufrir inundaciones si el arroyo no logra contener la lluvia. Pero además, las construcciones son marcadamente diferentes: “*de este lado*”, sobresalen las casas de material que, a comparación de las que bordean al arroyo, muestran la solidez de quien llegó para quedarse. El único vínculo entre ambos lados de la zona es “*la pasarela*”, un puente de hierro oxidado y angosto, que permite pasar de a dos personas a la vez y hasta alguna bicicleta. No hay espacio para grandes circulaciones allí. Y cruzarla implica la decisión de alejarse definitivamente del otro lado. Si bien los dos lados son contiguos, la distancia es profunda. Muchas de las personas que asisten a la copa de leche vienen “*de aquel lado*”. Cruzan con los niños porque, como explicaron, “*de aquel lado no quedó funcionando ninguna copa*”. Paradojas del azar o decisiones políticas intencionadas, los habitantes del lugar que a simple vista muestra las mayores carencias son quienes deben acortar la distancia física y social impuesta por el puente para buscar recursos fuera del núcleo de viviendas. Cabe aclarar que esa zona depende de la delegación de Barrio Arroyo que se encuentra también “*de este lado*”. Claramente: no es el azar el que articula necesidades, personas y organizaciones.

³⁵ Hemos utilizado la itálica y comillas para dar cuenta de las categorías que refieren a sentidos nativos en su contexto de uso, el entrecorillado solo refiere a conceptos o categorías ya sean teóricas, como a aquellas que siendo nativas se vuelven luego categorías de análisis.

La copa se encuentra contigua a la escuela. De ella ha tomado el nombre y de allí proceden –como veremos más tarde- la mayoría de los niños que concurren a tomar la merienda. Hacia la esquina norte, cruzando la calle, el clima de presencia infantil se completa con la plaza del barrio, que, a diferencia de aquellas que sostienen referencias habituales a los próceres, ha sido bautizada con el nombre de un niño del barrio fallecido en un accidente de tránsito. La plaza ha sido recientemente parquizada y tiene algunos juegos infantiles: hamacas, un tobogán y una calesita. A la vuelta de la manzana hay una panadería. Es el único comercio que se observa en varias cuadras a la redonda. No hay mercados, ni tiendas, tampoco centros de internet ni videojuegos. Los únicos carteles que registramos son aquellos de cuatro comedores que se encuentran en un radio no mayor a 5 cuadras de la copa. Dos de ellos se caracterizan por llevar un nombre que inmediatamente connota un sentimiento ligado a la esperanza: “Saber que se puede” y “Los niños del futuro”. El tercero, “La casita de Pedro”, alude al “encargado” de llevarlo adelante y a la persona responsable de brindarnos información cuando preguntamos por el comedor. Esta fórmula es a la cual usualmente apelan quienes participan en espacios de organización local (comedores, copas de leche) para referirse a éstos. Vemos entonces que los nombres aluden a dos sentidos diferentes: por un lado, aparecen ligados a una noción de esperanza, de futuro, de horizontes que están inscriptos temporalmente más allá del presente. Por otro, condensan una forma de personificación de la política, en la que el encargado de la organización comunitaria transfiere su nombre a la institución, y con ello asume cierto sentido de apropiación respecto a una organización que materialmente depende del municipio. El cuarto cartel es en realidad una bandera amarilla que cuelga en una pared, que simplemente dice “Comedor” y más abajo dibuja la sigla “MUP”.³⁶

Alejándonos de la copa dos cuadras hacia una de las avenidas principales de la ciudad, una unidad básica proclama “*Evita vive*” y presenta los nombres de dos candidatos a legisladores provinciales que en 2009 se presentaron junto al kirchnerismo, luego de haber fracasado anteriormente en la disputa por la intendencia local. Si recorremos cuatro cuadras más a pie, alejándonos de la copa, encontramos la delegación municipal. Como dijimos, es el brazo local del poder ejecutivo municipal en el barrio, y se

³⁶ Sigla del “Movimiento de Unidad Popular”, movimiento perteneciente al arco territorial del movimiento piquetero y que en 2004, con la política de transversalidad llevada adelante por el entonces presidente Néstor Kirchner, se sumó a las organizaciones piqueteras “oficialistas”.

encuentra instalada de tal manera que da la cara a una gran avenida y la espalda al barrio.

¿Por qué se vuelve relevante la información que nos brinda esta descripción? A lo largo de la configuración espacial presentada, podemos reconstruir un primer esbozo acerca de cómo se constituye el entramado institucional y sus temporalidades dentro del barrio. En principio, la presencia estatal está dada a través de dos tipos de instituciones: la escolar y la de asistencia alimentaria, encarnada en copas de leche y comedores. Podemos reconocer que la estatalidad establece una presencia vinculada principalmente a dos grupos sociales específicos y vulnerables: a la infancia, que circula alternadamente entre la escuela, la plaza y la copa de leche; y a los y las beneficiarios/as de planes de empleo, que comparten condiciones de vida estrechamente asociadas a la pobreza y a la ausencia de necesidades básicas satisfechas. Otra forma de presencia de estatal “infantilizada” es la que realiza a través de los juegos que se han instalado y se mantienen cuidados en el espacio público que conforma la plaza del barrio. El Estado entonces se territorializa de diferentes modos en el espacio público: como espacio de recreación, educativo y de alimentación.

Este mapeo inicial abre la puerta a su vez para pensar las prácticas y dinámicas que se yuxtaponen inscribiendo una serie de sentidos diversos en las tramas relacionales que constituyen la experiencia de organización que estudiamos, y que nos permiten restituir a escala local las configuraciones políticas que han caracterizado a la Argentina neoliberal. Para empezar, encontramos tiempos institucionales marcados por la estatalidad, e identificadas por su carácter asistencial, que son de largo alcance y que se anclan en instituciones orientadas de modo focalizado a dos grupos vulnerables: niños y adultos pobres (escuela-copa de leche/comedor). En el contexto de esa temporalidad mayor, pequeños ritmos se hacen presentes y esbozan rasgos del entrecruzamiento de lógicas políticas que atraviesan a la experiencia de organización que abordaremos: el tiempo electoral, que se introduce en la presencia de los nombres de los candidatos a elecciones legislativas que traen al barrio la política de alcance nacional; el tiempo de la política partidaria, que adquiere forma a través de la llegada local del peronismo, mediante la presencia del delegado y la unidad básica, y cuyas prácticas políticas se asocian estrechamente a lógicas clientelares; el tiempo de la resistencia, a través de la articulación de los desocupados en una organización- el MUP- que a su vez condensa un

conjunto de sentidos de las diferentes demandas y transiciones políticas que atravesó el movimiento de desocupados desde fines de los noventa y hasta la actualidad; y por último y atravesando a todas ellas, las formas personalistas de la política que se hace explícita, como ya dijimos, en la forma de nominar las organizaciones (con el nombre del “encargado”), y que adoptará un papel relevante para comprender las formas en que se disputa el poder y el reconocimiento en la experiencia que analizamos.

CAPITULO IV – La vida organizacional desde la cotidianeidad. Contraprestación, trabajo y rutinas.

1- La copa de Rosa

“No paran de llegar chicos³⁷. Si habitualmente hay alrededor de 30-35, esa tarde son más de 50. Primero llegan los chicos de jardín de infantes: algunos acompañados por sus madres, otros por sus hermanos mayores. Luego, llegan los nenes más grandes, de 10-12 años. La mayoría de ellos se conocen entre sí: grupos de hermanos que a su vez son primos, muchos de ellos a su vez comparten las clases en el mismo colegio. Es notoria la manera en que circulan hoy. Elsa dice que es porque cerró la copa de Estela, que estaba a dos cuadras de allí. Marta no ensaya ninguna explicación. Vacía la olla y pone a calentar más leche, ya que la que había preparado no alcanzará. Mientras Verónica sirve y ofrece el pan con dulce que hay para comer esa tarde, Elsa enjuaga las tazas que volverán a ser usadas una y otra vez. (Registro de campo, octubre de 2008).

Llegué a la copa, remitida por una experiencia previa de investigación allí en el año 2006. Arquitectónicamente consiste en una casa de material y techo de chapa de dos ambientes. La terminación exterior de la construcción se ha realizado con revoque grueso, por lo que es rugosa, y ha sido pintada con cal blanca. Para llegar a la casa, hay que cruzar un patio cubierto de césped, con canteros de flores diversas. Al llegar a la mitad del terreno, uno se topa con una casa angosta y construida hacia el fondo, bordeada por una vereda de cemento. Una ventana da al patio, hacia la calle: es la ventana de la cocina. La cocina es el primer ambiente al que se llega entrando por la calle, es un espacio de aproximadamente dos metros cuadrados. Entrando por la puerta que se encuentra al costado, se observa de frente una enorme bacha. Un bajomesada sin puertas deja a la vista dos ollas color aluminio que se utilizan para calentar las infusiones. A la derecha de la mesada, un artefacto de cocina nuevo, más grande que las domésticas, de tipo de panadería, ocupa casi todo el espacio que separa la ventana de la puerta. Frente a la cocina, un mueble descascarado hace las veces de alacena, aunque allí no se guardan alimentos. El mueble está vacío.

³⁷ En todos los casos cuando referiremos a “los chicos” o “los niños” estamos incluyendo también a las “chicas” y “niñas”. Utilizamos el genérico masculino sólo a modo de simplificar la escritura.

Saliendo de la cocina y caminando por la vereda que bordea la casa, el ambiente que aparece es un gran comedor. De forma rectangular y aproximadamente tres veces más grande que la cocina, es un espacio que está pintado recientemente de color rosa viejo y mantiene sus baldosas de color beige lustradas la mayor parte del tiempo. Tres pilas de sillas plásticas color verde se acumulan en una esquina. No se usan cotidianamente, sino sólo cuando hay alguna reunión en ese espacio. Apilados contra la pared lateral, bancos largos de madera que están perdiendo su pintura blanca, se desplazan todos los días para devenir asientos de los niños mientras toman la merienda. Los tablonces que funcionan de mesas en cambio, quedan armados a lo largo del salón todo el transcurso de la semana. Contra una pared, debajo de una ventana, una improvisada mesa en la que apoyan las ollas que traen de la cocina para servir el té o la leche. Debajo de esta mesa, dos cajas de cartón guardan celosamente las tazas de plástico rojo nuevas que han conseguido para reemplazar los anteriores, ya agrietadas y rayadas por el uso.

Los baños se encuentran al fondo, separados de estos ambientes y lindan con el terreno vecino. Tienen grifería y azulejos nuevos y están pintados de blanco inmaculado. Sin embargo, la limpieza dura poco: es que los inodoros tienen pérdida de agua, entonces, los charcos de agua mojan las zapatillas embarradas de los nenes, que van dejando sus huellas por todo el piso.

En el día de regreso a la copa encuentro dos mujeres hablando afuera. Pregunto por Dora. “*Ya no es más la encargada*”, me dice una mujer de no más de 45 años, bajita de estatura pero con gran presencia que poco a poco reconoceré como Rosa, la nueva “encargada” de la copa. Ante mi consulta, inmediatamente Rosa reconstruye su paso por el comedor: hace 8 años que trabaja allí, comenzó “*ayudando*”³⁸ con el Plan Trabajar. El comedor tenía entonces un cocinero municipal (es decir, una persona que recibía un salario pagado por el municipio para esa tarea) y daba de comer a las familias del barrio todos los mediodías. Pero luego, hacia 2003, el municipio dio de baja ese cargo y Rosa se constituyó en la nueva cocinera. A fines de 2007, y a partir de las elecciones que tuvieron lugar en octubre, se produjo un cambio en las autoridades directamente vinculadas a la gestión local, en tanto tras 16 años de gobierno, el intendente Julio Alak (Partido Justicialista) perdió las elecciones y accedió al ejecutivo municipal su principal

³⁸ En el próximo apartado analizaremos las diferentes nociones a partir de las cuales las personas significan su participación en la organización y su actividad respecto al plan.

opositor, Pablo Bruera, de la mano de un partido vecinalista, el Frente Renovador Platense.³⁹ Aunque ambos candidatos están vinculados al Partido Justicialista, la puja histórica que venían sosteniendo en la ciudad implicó un reacomodamiento de diversas áreas de trabajo local. Si bien no podemos dar cuenta de las repercusiones del cambio de gestión, que requerirían ser desglosadas de modo más detallado y en todas sus áreas de incidencia –tarea que excede los objetivos de esta investigación-, podemos mencionar una serie de modificaciones inmediatamente visibles que ocurren en el comedor de manera coincidente con estas transformaciones. A fin de 2007, fue cortado el suministro de gas y retirado el medidor, y a principios de 2008 comenzaron a dar a los beneficiarios una tarjeta para comprar alimentos.⁴⁰ De esta manera, la división que se realizó dentro de los comedores fue la siguiente: aquellos beneficiarios que reciben la tarjeta dejan de llevar la “*mercadería*”⁴¹ que semanalmente llega, y ésta se reparte entre quienes no la tienen.

Esta serie de transformaciones conllevaron la inmediata desarticulación del comedor, que dejó de recibir alimentos suficientes para llevar adelante esa tarea, y comenzó a dar sólo la merienda a los niños del barrio. En este contexto, en julio de 2008 Rosa se hace cargo del comedor devenido copa de leche. ¿Cómo se decidió esto? El relato que sostienen las mujeres que son parte de la copa es que en ese momento hubo un pedido colectivo, a través de una juntada de firmas de los vecinos solicitando al nuevo delegado la permanencia de Rosa. Según diferentes versiones, los vecinos fueron a buscar a Rosa para pedirselo. “*Amenazaron al delegado con prender fuego el comedor si no les hacía caso*”, dice ella entre risueña y orgullosa, porque sabe que en su relato se juega la capacidad de mostrar el lugar que ocupa en el barrio. Lejos de reconstruir en detalle

³⁹ Nos referimos a las elecciones que se llevaron a cabo junto a las elecciones presidenciales, el 28 de octubre de 2007, ver *El Día* 29/10/2007, diario *Hoy* 30/10/2007, *La Nación* 31/10/2007.

⁴⁰ La tarjeta es parte de un plan nacional a través del cual el beneficiario recibe un monto de dinero que puede gastar para comprar mercadería en diferentes mercados y supermercados de la zona. Las mercaderías que se pueden comprar son variadas, no sólo comestibles, y lo que queda excluido son cigarrillos y alcohol (los supermercados que a pesar de ello vendan, pueden ser retirados de los posibles puestos de venta, en caso de que esto se conozca). Esta tarjeta, puede ir de un mínimo de \$120 mensual, \$150 o \$180 por familia, según la cantidad de miembros. Comenzó a entregarse a principios de 2008, como parte de un plan de los municipios orientado a redistribuir la asistencia alimentaria en relación a las familias y no a los comedores. Actualmente son aproximadamente 62 personas quienes reciben tarjeta, según nos dijo la encargada.

⁴¹ Bajo la denominación “mercadería” refieren a la verdura que una vez por semana llega a la copa, como a los alimentos secos que reparte directamente la delegación. Nos parece interesante dejar abierto el interrogante acerca del origen de esta noción que hoy se encuentra incorporada en las prácticas de quienes se forman parte de redes de asistencia estatal. Como plantea Manzano, las políticas públicas se caracterizan, entre otras cosas, por cimentar un vocabulario, así menciona algunas nociones que circulan en el vocabulario local, tales como *beneficiarios, proyectos, unidades ejecutoras* (2007b: 124).

cómo ocurrió este proceso y si ha seguido puntualmente los pasos que Rosa menciona, lo cierto es que dicha narrativa atraviesa a quienes participan de la copa, y se ha constituido en la versión compartida que legitima el rol que Rosa tiene en la copa: no sólo reconocen un momento fundante en el que ella quedó investida de autoridad, sino que este momento de inflexión fue posible por la acción que llevaron adelante los propios vecinos, y en este sentido, connota un sentido de triunfo para el barrio.

Inmediatamente, a la versión “disruptiva” de los vecinos se suma otra posible explicación, en un comentario que desliza Rosa. *“El delegado sabe que yo puedo mover gente. El tiene gente acá, pero sabe que a él no lo van a seguir. A mí sí. Me reconocen en el barrio, desde hace 8 años que estoy acá. Yo se a quién puedo ir a buscar cuando lo necesito. Y se que van a estar”*. Rosa conoce al nuevo delegado y si bien dice que el comedor no es *“para hacer política, tal como hacía Dora”*, los vínculos con el sistema político local emergen en cada una de sus palabras. Aquí su legitimidad se enmarca en otras reglas de juego: aquellas propias de la política partidaria que requiere “mover gente” a los actos públicos, como a los padrones. A través de su participación como fiscal para el Partido Justicialista en diferentes instancias electorales, se fue sumergiendo en el ámbito de la política partidaria local. Fue de la mano de Dora que comenzó a arrimarse a esos espacios de participación: *“Yo acepté ir porque sabía que esa es la manera de conocer. Hay que estar ahí, que te vean. De ahí yo aprendí con quién tenía que hablar”*.

Sea por la acción organizada de los vecinos, por la amenaza efectiva que ella asegura haber realizado o por la voluntad de las autoridades locales -o quizás, por un complejo entrelazamiento entre todas ellas-, hacia 2008 Rosa comenzó a ser reconocida como *“la encargada”* del comedor. Y a partir de octubre de ese año, el municipio comenzó a equipar la copa: llevó una cocina nueva, sillas de plástico y vajilla, y finalmente en diciembre se realizó la reconexión de gas lo que alentó la expectativa acerca de la inminente reapertura del comedor.

No obstante estos “avances”, Rosa no abandona su paciente tarea burocrática, y junta de manera prolija en una carpeta todas las fotocopias de la gente que va a asistir al comedor porque quiere darle una nota al intendente para que se comprometa a abrirlo. *“Voy a ir con una fotocopia, que me la firme para que después no me diga que no sabía*

nada". Rosa tiene contacto directo con él desde hace años. "Ellos saben que tenemos gente que quiere venir, y también saben que cuando hubo que empadronar para las elecciones yo fui la que más llevé (gente), fueron como 60 las copias que les llevé. Si no me hacen caso, después me van a buscar para que les lleve a esas reuniones políticas que ellos hacen. Y la gente me va a seguir a mí, no van por ellos".

Vemos entonces que los canales de legitimación responden a diferentes lógicas de la política, que Rosa administra en su justa medida en el sistema de relaciones barriales y en el sistema de redes partidarias, y que si bien entrecruzadas, admiten formas de construcción y acumulación de poder analíticamente diferenciables. A lo largo del análisis, desandaremos lentamente los diversos sentidos que la política va adquiriendo en el conjunto de relaciones que se traman dentro de la organización.

Más allá de estos avances edilicios y de las amenazas verbales que Rosa no se ahorra de lanzar cada vez que se le ofrece la oportunidad, el comedor no se ha abierto. Actualmente dan la merienda de lunes a viernes para un grupo de niños que en su mayoría asiste al establecimiento educativo que se encuentra contiguo a la copa. Son aproximadamente 40 niños que pasan a tomar el té o la chocolatada del día, acompañada por pan con dulce o budín de pan⁴², aunque la cantidad fluctúa según el clima -el calor del verano muchas veces desanima a los niños a acudir por una taza caliente de té- y la merienda que de el colegio ese día -cuando son más sustanciosas, especialmente en fechas patrias, los niños pasan por la copa después de la merienda, solo a saludar-

1-1 "Obligación, trabajo, contribución". La contraprestación de planes.

"La ronda de mujeres esta tarde, pese al calor sofocante, es de charla y buen humor. Aparecen allí los problemas que cada una tiene en su casa, su necesidad de cobro, el arreglo del lavarropas, los hijos que se separan y retornan al hogar, los que trabajan y "ruego sigan con su trabajito", el regalo del celular al marido, los problemas de estudio

⁴² Durante un largo tiempo los comestibles eran cocinados por el panadero del barrio, quien aportaba su mano de obra de manera gratuita a quien llevaban los ingredientes que les daba la delegación. Pero luego de un conflicto con Rosa, y a partir de que la copa contara con un artefacto de cocina propio y la instalación de gas, comenzaron a cocinar directamente allí. El rumor que circula es que el panadero pretendía negociar con la delegación la instalación de la copa de leche en su casa. Así, observamos no sólo los modos en que se van resolviendo las necesidades de la organización, sino la manera en que los conflictos e intereses personales afectan su lógica de funcionamiento.

de los hijos. El tono siempre optimista, como dice Marta: *“las cosas malas van a pasar”*. Entre mates y charla, circula el diario más barato de los cuatro que se publican en la ciudad, donde las mujeres siguen atentamente los números que han salido en la lotería, matutina y vespertina. *“Viste qué números horribles que están saliendo. El 395, va tres veces...”*, dice Verónica. *“Jugale”*, dice Elsa y se ríe porque sabe que no le queda ni un peso para hacer una apuesta. Marta va al bingo de la ciudad a jugar y comenta: *“Perdí todo, pero como me divertí, valió la pena”*. La copa se transforma de pronto ante mis ojos en un espacio de encuentro, de charla, de consejos, de risas. Ya no es el trabajo, ni los chicos, ni la leche. Es un espacio de confianza que sostiene una parte de la vida de cada una de ellas” (Registro de campo, noviembre de 2008)

Marta hace 5 años que comenzó a participar del comedor, se había alejado y volvió a la copa de leche *“porque Rosa me pidió que venga acá”*. Participó en diferentes actividades que se realizaron allí: un taller de costura donde hacían guardapolvos para los niños y delantales para las mujeres, una panadería, y luego en la apertura del comedor. *“Uno está acá tapando agujeros...”* dice. Cuando comenzó sus tareas allí, funcionaba el comedor al mediodía y por la tarde funcionaba el merendero, por lo que era necesario organizarse en dos turnos de trabajo. Verónica, por su parte, cobra el plan *“por los piqueteros”*⁴³ pero eligió trabajar en esta copa. Si bien se podría pensar en qué medida es posible desde la reglamentación de los planes elegir este traspaso voluntario de organización, el tránsito de las personas por diferentes organizaciones ya aparece registrado en los estudios que han analizado los circuitos de circulación de los beneficiarios de planes.⁴⁴ Elsa recibe una pensión para amas de casa de \$200, y a partir de esto dejó de recibir el plan JH. Sin embargo, sigue participando en el espacio de contraprestación porque quiere *“ayudar a Rosa”*. Al final de la tarde, y como todas las anteriores, Elsa coloca en dos botellas plásticas el te y la leche que sobró. También lleva algo de pan. Ella es la única que se lleva lo que queda, y esto funciona como un acuerdo implícito entre todas las mujeres. Con sus 69 años cumplidos *“algún día de noviembre”*, Elsa encuentra en este espacio barrial la posibilidad de acceder a la leche que de otra manera no conseguiría. Es decir, junto a la imprevisibilidad, a la contingencia que caracteriza a aquellas prácticas que se inventan improvisadamente en el día a día para

⁴³ Si bien los planes de empleo dependen en todos los casos del gobierno nacional, la gente refiere a quien “le da” el plan como aquella institución en la que deben realizar la contraprestación, lo que pone en el centro del análisis la cuestión de las mediaciones. Aún desde las propias autoridades se habla de *“municipalizar”* el plan, cuando un beneficiario pide pasar a contraprestar en instancias de la delegación.

⁴⁴ Ver Quirós, 2006 a; Vommaro, 2006 y Ferraudi Curto, 2009.

poder “*tapar agujeros*” se sedimentan otro conjunto que, mediante la reiteración, construye rutinas que ya no requieren ser explicitadas y que se manifiesta en la naturalización de este modo de reparto. Tensionadas pero conviviendo, la improvisación y la rutina. Y aún más que ello: la incertidumbre se vuelve elemento repetido de la cotidianeidad.

Cuando Marta y Elsa llegaron a la copa ya conocían a Rosa y además se conocían entre sí, porque son vecinas del barrio: “*Por eso nos hemos hasta agarrado de los pelos, porque todo queda en el barrio*” dice en tono jocoso Marta. En este sentido, llama la atención que Rosa no es una vecina del barrio, sino que vive en un barrio contiguo a Barrio Arroyo desde donde se traslada en bicicleta diariamente para ir a la copa; sin embargo desde hace años es parte del conjunto de relaciones locales: a través de su inserción en el comedor fue conociendo a los vecinos, quienes la identifican como una referente del barrio. Otra particularidad de la vida de Rosa es que a diferencia de las otras mujeres, es la única que cuenta con un trabajo fuera de la copa, ya que realiza tareas de limpieza los fines de semana en un boliche bailable de la zona; es decir, sus ingresos no dependen solamente del plan y además circula por un espacio de sociabilidad laboral por fuera de Barrio Arroyo. En el marco de un entramado de prácticas –la experiencia de la copa- que, como veremos, se despliegan tomando como horizonte de sentido para la acción el barrio, donde éste se constituye en regulador del conflicto y en el referente para construir criterios de justicia, veremos cómo Rosa logra construir un lugar legitimado como mediadora entre la copa y el sistema político, pese a estas particularidades que la distinguen del resto de los/as vecino/as, o quizás, gracias a ellas.

Siguiendo con el relato, señalaremos que Elsa también es vecina del barrio. Y si ella participa de la copa pese a que ya no tiene una obligación respecto al plan, también nos encontramos con el caso inverso: personas que cobran el plan JJH y que no van a contraprestar. En este sentido, Marta discute con Rosa acerca de las personas que no van a realizar el trabajo que según ella “*les corresponde*”. Algunas beneficiarias del JJH siguen firmando la planilla de asistencia como si se presentasen a trabajar, pero no asisten. Si bien Marta reconoce que su participación en la copa se sostiene de buena voluntad (“*porque Carmen me lo pidió*”) y porque además con ello cumple con el requisito de las horas de trabajo que el plan requiere, también es cierto que pone en

cuestión la manera en que se reparten las obligaciones, que, a su criterio, no es justa y que muchas veces hasta es motivo de bromas entre ellas. “*Media falta para Marta hoy*”, dice Elsa en tono de carcajada, cuando llega con retraso, sabiendo que sin Marta ella tampoco podría sostener la actividad del día, a lo que Marta responde: “*Yo no me voy a romper el lomo por esas vagas... “yo...yo ya estoy cansada”*”.

Venida de un pueblo del interior de la provincia de Tucumán en el año '82, Marta reivindica una trayectoria de vida basada en el sacrificio. Siendo la menor de 8 hermanos, relata que todos tuvieron que trabajar desde niños para colaborar con el ingreso familiar. Ya de adulta, siguió a su marido cocinero a la ciudad porque allá no encontraba trabajo. Aquí ella trabajó de modista y “*de lo que hiciera falta*”. Actualmente y después de haber criado tres hijos, tiene a su cargo a dos nietos durante la jornada laboral de su hija y su nuera, quienes trabajan “*todo el día*”. No es entonces el sacrificio que realiza en la copa lo que le molesta, sino la disparidad con que aquel se reparte. Dice que está cansada de hacerse “*mala sangre*” y que su marido le pide que deje, que no vaya para estar mal. Por momentos, Marta ensaya en voz alta una posible salida: poner una copa en su casa. Le pregunto cómo sería posible. Responde que a través del Chelo⁴⁵, quien tiene acceso a mercadería porque antes tenía la copa de leche en su casa y “*conoce a los de la delegación*”. Marta insiste en que podría conseguir las cosas y abrirla directamente en su casa, que “*es fácil*”. Y que no le molestaría trabajar sola.

Pero nada de esto ha sucedido aún. Ella sigue cobrando el JJH y podría dejar de trabajar allí si se pasara al PF o al SCE, sin embargo no lo ha hecho. Plantea que no se pasó al PF porque tiene un solo hijo, y entonces no es significativo el aumento que se ha propuesto, que es a partir de 2 o más hijos a cargo. Además, dice que “*nunca se sabe bien como son estas cosas...que te lo dan, que te lo sacan... yo sigo con el Jefes*”. Acerca del SCE no averiguó, sabe que hay que gente que lo recibe y que a cambio asisten a clases en un club del barrio para terminar el colegio primario, pero también que el resto de las capacitaciones se hacen en el centro de la ciudad y ella no tiene con quien dejar a sus nietos si viajara. Como ya mencionamos, para que su hija y su nuera puedan trabajar, Marta queda a cargo del cuidado de tres nietos menores de 10 años. La

⁴⁵ Tal es el apodo de un vecino del barrio que hace tres años conseguía recursos para la copa de leche que gestionaba en su casa.

distancia espacial se cruza aquí con otra cuestión: la propia temporalidad que hemos de denominar “femenina”.

El obstáculo que se presenta para integrarse al SCE no es sólo respecto a que Barrio Arroyo queda en la periferia y que las agencias de empleo centralizan las capacitaciones en el centro de la ciudad, a donde es difícil acceder debido al costo del pasaje así como por los tiempos que requiere el traslado de ida y de regreso. Sino que Marta hace mención a una cuestión particular: en ella recae la responsabilidad del cuidado de sus nietos en el ámbito doméstico. Si a ello sumamos que en la experiencia analizada la mayoría de beneficiarias son mujeres, esto nos lleva a problematizar el papel legitimado socialmente –o, en otros términos, podríamos pensar el “estigma”- que la mujer tiene como “dadora de cuidados”. Con ello, nos referimos a que sobre ella se recargan las tareas de trabajo doméstico que permiten la reproducción social, la crianza de los niños, así como la asistencia a ancianos y otros grupos poblacionales vulnerables, todas actividades que carecen de una remuneración o de reconocimiento equivalente a otras tareas laborales. Observamos cómo se reproducen dinámicas culturales que dan a la mujer el lugar, la responsabilidad y el estigma de ser las cuidadoras “naturales” de la niñez⁴⁶.

En este sentido, vemos cómo se construye en la dinámica diaria de la copa una definición acerca de las relaciones de género, al menos en el ámbito de las clases populares. La composición de la copa –y, aún cuando no han sido incluidas en este trabajo, también en otros espacios similares presentes en este y otros barrios de Gran La Plata- es mayormente femenina. Son las mujeres quienes contraprestan por el plan en estos espacios: a la carga del trabajo doméstico se suma el trabajo de la copa de leche mediante la contraprestación. La copa indirectamente, hace las veces de un espacio de

⁴⁶ Dejamos abierto el interrogante acerca de cuál es lugar que la copa de leche tiene en el esquema mayor de políticas del cuidado orientadas a la infancia que se implementan en nuestro país. Diversos trabajos han indagado de qué manera se distribuyen las tareas de cuidado de los grupos vulnerables (entiéndase por ello a niños, ancianos y enfermos) entre los diferentes sectores responsables del bienestar social: siguiendo a Esping Andersen (2001), las autoras coinciden que debe analizar la tensión y complementariedad que se produce entre Estado, mercado, las familias y las organizaciones comunitarias en esta tarea. Asimismo, se puede cuestionar cuál es la calidad del cuidado que allí se ofrece en la medida en que, a diferencia de otros centros municipales carece del objetivo específico orientado a este fin y por último, cuál es el papel de las políticas estatales en la reproducción de imaginarios sociales acerca del género. Al definir un conjunto de “necesidades” de la población, el Estado colabora suavizando o profundizando diferencias de clase, de género, entre otras (Jelin, Esquivel y Faur, 2009: 10).

contención a un grupo vulnerable, los niños, en cuanto a su necesidad alimentaria, pero también, en las muestras de cariño, de atención que las mujeres les ofrecen, el diálogo y el acompañamiento que las mujeres hacen respecto a la actividad escolar. Por ello decimos que la construcción social de la temporalidad femenina atraviesa esta experiencia, como un ritmo más, y quizás, como uno de los más relevantes.

En cuanto a la posibilidad de pasaje al PF, Marta mencionó que para las beneficiarias existen más dudas que certezas respecto a las posibilidades que el PF le ofrece, y esto se encuentra estrechamente vinculado con el modo en que la información circula dentro del barrio y por el lugar que tiene el “rumor” como vía de comunicación-confusión dentro del barrio. Las decisiones que toman las personas, están entrecruzadas por un conjunto de significaciones y sentidos respecto a la política social que llegan al barrio de modo confuso, contradictorio y por múltiples vías. Los rumores son la forma que adopta la transmisión de información entre las autoridades y los beneficiarios. Entre ellos, uno que se ha repetido habitualmente en el último tiempo es que el PF va a dejar de ser un plan sin contraprestación. *“Yo tuve que ir a una reunión en marzo. Ahí nos dijeron que quieren que vayamos a la delegación y armemos un proyecto de qué es lo que podemos hacer. Que quieren que tengamos, que mostremos así una motivación. De lo que nosotras podamos hacer, parecido a como fueron hace tiempo los microemprendimientos”*, dice.

Ahora bien, retomando la queja inicial de Marta, “esas vagas” son Alicia y Nora, quienes, pese a estar cobrando desde antes, retomaron su actividad en la copa, dos veces por semana, a mediados de abril de 2009, una en tareas de limpieza y otra encargada de amasar el pan que se sirve con la leche. Por último, es también el caso de Juana, una mujer de alrededor de 45 años, quien además de participar en la copa tres veces por semana, se encuentra haciendo un curso de capacitación en actividades de limpieza y atención al público en el área de hotelería, que se da en el marco de cursos de capacitación que da la gerencia de empleo local.⁴⁷ Así, la obligación de realizar la contraprestación que Marta reclama no se vincula sólo al cumplimiento con el plan, sino también al compromiso entre las compañeras y a la posibilidad de sanción moral que

⁴⁷ La Gerencia de Empleo y Capacitación Local (GECAL), dependiente del MTSySS paga \$50 por mes a quienes asisten a este tipo de capacitaciones, con el objetivo de promover la formación en ciertos oficios que tiendan a insertar a la personas en algún puesto de trabajo estable (entrevista a funcionario de la gerencia realizada para esta tesis, octubre de 2008).

implica una actividad que, en tanto involucra a un grupo de gente, está coordinada, tiene reglas, es controlada. En este sentido, también circula una concepción acerca de lo que significa trabajar “bien” que Rosa explicita permanentemente: son aquellas personas “que pese al frío, la lluvia, el mal tiempo, no faltan nunca”. Y una particularidad más, que es interesante considerar a partir de los conflictos que veremos desarrollarse más adelante. Trabajan “bien” quienes cumplen su tarea “sin hacer lío”.

Por último se destaca la presencia de Noelia, hija de Verónica, una joven que no supera los 25 años de edad. Su asistencia a la copa tiene una característica que la diferencia de todas sus compañeras: ella asiste sólo de vez en cuando y generalmente a cebar mate. Y es que Noelia no ha logrado aún tener el plan, se encuentra a la espera de algún “alta” en la delegación. Como no hay planes de empleo nuevos para quienes no reciben ninguno, la esperanza de Noelia está centrada en que algunas de las compañeras que más se ausentan falten tres veces seguidas sin avisar, y así- piensa- les dan la baja y ella pasaría a ocupar su lugar. El criterio de las ausencias para la baja no está estipulado de esta manera en la reglamentación del plan, sino que es parte de los acuerdos tácitos que organizan la copa. Noelia aguarda la posibilidad de entrar, aún cuando esta parezca – desde una mirada ajena- muy lejana. Así vemos cómo, tal como afirma Manzano (2009), los planes adquieren relevancia como horizonte de expectativa y ordena comportamientos en la vida cotidiana de las personas, aún cuando no se recibe efectivamente: una vez que los programas fueron incorporados como meta en el marco de administración familiar para la supervivencia, las opciones de los sujetos se ordenan a partir del marco de alternativas que los planes ofrecen.

En síntesis, en el recorrido realizado por la copa vemos que en lugar de un comedor que -según el relato histórico en el que convergen todas las mujeres- llegó a dar el almuerzo a 250 personas todos los mediodías y había llegado a tener alrededor de 40 personas trabajando diariamente allí, nos encontramos hoy que son menos de 10 mujeres quienes participan distribuyéndose tareas de cocina y limpieza⁴⁸. En relación a las mujeres que dejaron de trabajar en el comedor, Rosa ensaya una doble explicación: en principio, porque se ha dado la baja a muchos planes, pero además, agrega, esto se debió al PF, ya

⁴⁸ Estos datos surgen de una entrevista realizada a Dora, la ex encargada, a fin de recuperar su voz en la reconstrucción de la historia del comedor, aún cuando no siga participando hoy del espacio. (Entrevista realizada para esta tesis, en marzo de 2009).

que las mujeres dejaron de venir porque ahora *“les pagan para que cuiden a los chicos”*. Coincide con ello Marta. Si bien está de acuerdo con el sentido que el plan ha sido implementado -*“A mi me parece bien como habían dicho-* prosigue Marta- *que si uno tenía muchos hijos y los está criando sola, entonces te dicen bueno, encargate de llevarlos al colegio, a la salita”-*, afirma que *“el plan familias ese, mató todo. Acá falta gente, cada vez somos menos los que cargamos con todo el trabajo”*.

Ahora bien, de la misma manera que para comprender las motivaciones que subyacen a la participación de los beneficiarios en la instancia de contraprestación, debe reconstruirse el conjunto de significaciones que exceden el cálculo acerca de los beneficios materiales que implica el plan (en este caso, el aumento de dinero o la eliminación de la carga laboral), los motivos para dejar la copa no pueden ser generalizados unívocamente. Un ejemplo de ello es Ana, quien fue beneficiaria del plan JJH y ha dejado de participar en la copa de leche desde principios de 2007, cuando se cambió al PF. Cuando salió el plan familias *“ya me dijeron que podía quedarme en mi casa, que lleve a mis hijos al colegio y al médico, que me encargue de eso. A mi me vino re bien porque viste que yo tengo los nenes asmáticos... cada tanto tenía que llevarlos al médico y hasta me los internaban. Yo le traía el certificado a Dora porque yo no firmaba, sino traía certificado de los chicos para no trabajar. En cuanto podía - vos viste, dice señalando con la mirada a Verónica- yo me venía a hacer huerta, sacaba yuyos, regaba plantas, una horita por lo menos, lo que podía hacer...”*.

Pero además de la enfermedad de sus hijos, la decisión del cambio de plan fue vivida como una oportunidad de alejarse de la copa, motivada por los vínculos conflictivos que venía sosteniendo con la anterior encargada. Ana es determinante con su relato, en el que acusa a la anterior delegada de hacer una *“indebida”* utilización del comedor: *“la vez que nos peleamos mal fue que ella me dijo si me quería llevar una leche. Una vez que yo la vi que cuando acá no quedaba nadie ella se llevaba carne del freezer de atrás, verdura y fruta, que eran de acá. Y yo le dije que no. Porque yo sabía que si aceptaba, me hacía cómplice de lo que ella hacía. Y yo no quería, yo siempre dije que eso no me gustaba, que está mal. Y no vine más”*. Para Ana entonces, el PF fue la oportunidad de salir de esa situación conflictiva sin perder el beneficio del plan, conjugando en su decisión una necesidad personal con una ética que ella refiere de honestidad hacia sus propios vecinos. La decisión de Ana condensa entonces la

convergencia en la cotidianeidad de una acción individual en el marco de parámetros que orientan la práctica en un marco de pertenencia comunitaria, cuyos valores se construyen colectivamente y en clave del horizonte barrial. Ana ha configurado una moralidad basada en esa pertenencia; o de otra manera: la decisión es personal pero intersubjetiva. Ahora bien, más allá de esta decisión, Ana no ha perdido contacto con la copa: se acerca, y ofrece alguna ayuda, pero principalmente va “*para tomar mate y tener un poco de charla entre amigas*”. Es que extraña ese espacio de encuentro que no tiene cerca de su casa.

1-2 El mundo doméstico en el mundo del trabajo: algunos ejes de análisis

Los criterios que expresan la obligatoriedad o no de las actividades (en sus diferentes formas y significados) dan cuenta de disputas que no están para nada saldadas dentro de la organización. En un principio, Rosa pasaba la firma de asistencia de esas personas a las planillas⁴⁹, más allá de si estas participaban o no. Para ella, esas personas eran “*recursos pendientes para el día en que se abra el comedor*” y esta era su manera de “*no perderlos*”. Sin embargo, esta flexibilidad no es un criterio acordado por quienes constituyen la organización. Para Marta, la participación en la copa es un trabajo: reconoce una responsabilidad marcada por la puntualidad del horario de llegada y por su presencia cotidiana allí. Las inasistencias se avisan y las tareas se hacen más allá de las quejas por el conjunto de cosas pendientes para hacer en su casa, que se ven recargadas por este “trabajo” fuera de la casa.⁵⁰

Esta concepción acerca de la contraprestación como trabajo entra en tensión con la ambigüedad con que desde la delegación se tramita la cuestión de las asistencias. Por un lado, los beneficiarios deben cumplir con la formalidad de la firma de planillas. “*Yo llevo con las que firman hoy. Si esta chica Alicia no viene, que después vea en la delegación. Yo llevo con los que firman. Yo no los puedo hacer firmar una vez por toda la semana. Porque si lo hago, mi tío (se toma el cuello con ambas manos) me agarra del cogote*”, plantea la sobrina del delegado, quien es la encargada de mediar el vínculo entre la copa y la delegación en cuanto al control de asistencia de los beneficiarios. Por

⁴⁹ Formalmente, la asistencia a las tareas que implica la contraprestación del plan se registra en unas planillas en las que cada beneficiario firma su presencia y cumplimiento de su tarea.

⁵⁰ Un día Marta incluso falta a otra reunión que se hacía en el barrio, en la que esperaba poder conseguir chapas para su casa, para no ausentarse de la copa; asimismo, en otra oportunidad en que no pudo acudir porque había tenido una urgencia médica, fue a solicitar permiso a la delegación para faltar.

otro, presentan flexibilidad para algunos casos, que en general son aquellas beneficiarias que vienen desde barrios muy alejados, y que tienen un gasto de transporte para llegar al barrio, y que sólo contraprestan dos veces por semana. “*Acá no estamos pidiendo que trabajen todos los días, estamos pidiendo que colaboren con una copa de leche, dos veces por semana,*” dice una funcionaria de la delegación. Desde la delegación, los criterios de asistencia oscilan entre el permanente control de las asistencias y la flexibilidad de las formas de cumplimiento con las tareas, que se matiza en el modo en traducen la participación: como *colaboración*, y no como responsabilidad laboral.

Comenzaremos a desentrañar una serie de discusiones las situaciones presentadas dejan entrever. En principio, debemos comprender la participación de las personas en estos espacios a partir de las vivencias que se establecen allí, por las expectativas y obligaciones mutuas que se establecen (Quirós, 2006 a: 85), y que, como vemos, no se enmarcan sólo en la obligatoriedad que demanda el plan, sino en el conjunto de compromisos y pautas de acción que se establecen entre las compañeras. Si Marta llega puntualmente para realizar las actividades que le tocan, espera que las demás compañeras se comporten de la misma manera. Pero esta obligación no se enmarca en reglas explícitamente establecidas acerca del funcionamiento de la copa, ni en un régimen estricto establecido por la reglamentación del plan social. Como advierte Manzano (2007a: 61) muchas de las obligaciones que se establecen alrededor de los planes sociales no son parte constitutiva de la formalidad de la política social, sino de la trama relacional en la que los beneficiarios se encuentran inmersos: en este caso, las mujeres se encuentran vinculadas por una cadena de compromisos “*con Rosa*”, “*con el comedor y los años que hace que estoy viniendo*”, y también, como profundizaremos más adelante, por el compromiso “*con los chicos*”. Como hemos visto, los acuerdos presentan conflictos, especialmente a partir de la manera en que la autoridad de la delegación se presenta e interfiere para controlar y regular las actividades.

Pero además es necesario detenernos en otra particularidad que adopta la noción de “*trabajo*” a partir de un conjunto de cambios en las formas de sociabilidad que desde la década del ochenta venían reconfigurando el mercado laboral en un proceso de precarización acentuado, y que terminan por acentuarse con la profundización de las políticas neoliberales. En este marco, los espacios de trabajo se alejan del ideal de trabajo regulado y formal que integró históricamente a las clases populares y las tareas

en el espacio de contraprestación pasan a ser significadas como un conjunto de responsabilidades asimilables al trabajo. Esto se relaciona con otra característica presente en las prácticas que ocurren dentro de la organización, pero que trascienden este ámbito y se observan en diversos espacios de actividad: los modos que adopta el trabajo lejos están de escindir la esfera laboral de la vida familiar. Si dicha distinción fue, siguiendo a León Vega (2000), producto del error epistemológico de trasladar una lógica capitalista que piensa a la vida diferenciada en las esferas de la familia, el trabajo y el consumo -propio de una mirada eurocéntrica y occidental- al análisis de la vida cotidiana en cualquier contexto, es la coyuntura específica de nuestro país marcada por la problemática del desempleo la que quiebra la división entre espacios de producción y reproducción, ya que la cuestión del trabajo pasa a ser un problema propio de la reproducción Grimson (2005: 10).⁵¹ Así, los espacios de organización en el barrio constituyen un sistema de administración de programas de empleo y la organización de un proceso de trabajo ("*trabajar con planes*") que recuperó ciertas pautas del mundo laboral pero insertas en tramas domésticas y barriales, que constituyó un modo de vincular a las persona con los referentes y con las organizaciones a través de relaciones de parentesco y amistad que vinculan tareas familiares con "laborales" (Manzano, 2009). Esta modificación tendería a romper con la cadena equivalencial entre trabajo-masculino-público en oposición a reproducción-femenino-territorio. Veremos sin embargo, a lo largo del caso analizado, el modo que adopta la persistente desigualdad que marca la división sexual del trabajo, en tanto una de las estrategias que se dan las familias pobres de Gran Buenos Aires para complementar un ingreso familiar es aquella división del trabajo entre hombres que realizan changas y muchas veces obtienen trabajos "en blanco" aunque temporales, que podrían implicarles la pérdida del plan⁵² y las mujeres que reciben el plan como jefas de hogar, y de esa manera estabilizan un ingreso -aunque mínimo- del hogar.

Este entrecruzamiento entre las reconfiguraciones del mundo laboral y doméstico nos permite detenernos brevemente a reflexionar acerca del valor metodológico que tiene la

⁵¹ "Históricamente, las organizaciones barriales desarrollaban reclamos vinculados a la "reproducción (como es claramente el caso de la vivienda), mientras que las organizaciones laborales eran las encargadas de desarrollar reclamos vinculados a la "producción". El desempleo quiebra esta lógica en la medida en que "trabajo" pasa a ser un tema propio de la reproducción y que su demanda, por otra parte, no es encarnada por los actores sindicales tradicionales" (Grimson, 2005: 10-11).

⁵² Los datos de los beneficiarios son cruzados con las bases de la ANSESS, en caso de que algún beneficiario realice aportes jubilatorios, el plan es inmediatamente dado de baja.

cotidianeidad como expresión de una doble temporalidad: el tiempo histórico pensado como los procesos de largo plazo y el tiempo coyuntural, que da cuenta del recorte transversal de los procesos. En este sentido, reconstruir las experiencias de los actores a partir de la vida cotidiana se presenta no como un análisis micro sino como expresión pequeña del conjunto de temporalidad mayor.⁵³ El espacio de la vida cotidiana se analiza como un momento vinculado a la coyuntura, en que se puede desagregar un momento histórico más amplio y de mayor alcance, pero de modo dinámico, abarcando el permanente proceso de constitución de historicidad. Las transformaciones en los vínculos entre lo doméstico y lo laboral dan cuenta así del conjunto de modificaciones que se dieron en el mercado de trabajo así como de la manera en que las familias de clases populares distribuyeron los costos de aquellas transformaciones según el género de sus miembros. Si bien es cierto que los grupos domésticos se vieron afectados por los ajustes estructurales y la crisis socio-económica (Cravino, Fournier, Neufeld, Soldano, 2002), éstos también pudieron imprimir sus dinámicas a los procesos estructurales.

Se produjo así como resultado, un doble flujo: la precarización laboral conllevó el traslado del trabajo al mundo doméstico (se trabaja *en* el barrio, la tarea de contraprestación es significada como “trabajo”), a la vez que imprimió ritmos de lo doméstico en los espacios de socialización barrial, con la particularidad de que en el caso analizado la tarea de vehiculizar dicho proceso la llevaron adelante las mujeres. Así, estos adoptan la forma de cuidado de los niños por parte de las mujeres a través de la alimentación, y sus tiempos están marcados por los tiempos familiares (la disponibilidad que tienen las mujeres para participar de estas tareas sin descuidar aquellas de sus propios hogares, y los ritmos propios de las familias de los niños que acuden). En síntesis, lo que se trasladó al ámbito de socialización barrial y laboral fue un mundo doméstico feminizado.

.De esta manera, las modificaciones estructurales pueden leerse a través de las prácticas cotidianas que las mujeres llevan adelante. En ellas, no sólo se percibe el impacto de los cambios sociales en el orden macro, sino que éstas contribuyen a imprimir una dinámica

⁵³ “Estos dinamismos (refiere a los proceso de constitución del sujeto social), valga aclararlo, no aluden a situaciones micro –entendidos en el sentido de su pequeñez- sino al movimiento molecular de la realidad, es decir, aquél en donde se entrecruzan muchos tiempos y espacios y se muestra de mejor manera esa realidad heterogénea, difusa y en gran medida imprevisible donde lo necesario y lo causal coexisten y se articulan” (Valencia y Zemelman, 1990:90-91)

propia al modo de articulación localizada de aquellos. Con ello nos oponemos a quienes reducen la cotidianeidad al ámbito de la vida privada e íntima, quitándole de ese modo la capacidad de afectar procesos de interacciones sociales más amplias. O como afirma Agnes Heller: “(...) la vida cotidiana no representa necesariamente un valor autónomo; si la continuidad del particular está constituida por aspectos y formas de actividad que se han acumulado casualmente, la cotidianeidad no tiene un <sentido> *autónomo*. La cotidianeidad cobra un sentido solamente en el contexto de *otro medio*, en la historia, en el proceso histórico como sustancia de la sociedad” (2002 [1977]: 159). En la misma línea, Elías niega la posibilidad de autonomizar lo cotidiano, en tanto como componente integral de una estructura social, debe ser considerada en relación a las estructuras de poder en su conjunto (1998: 337).

El doble movimiento que se produce en la copa produjo el corrimiento de la distinción entre elementos de la vida privada y aquellos del espacio público, afirmando así la labilidad de sus fronteras, frente a los trabajos que han tendido a disociar estos ámbitos generalmente otorgando una valoración positiva a este último, y tendrá consecuencias para la forma de inscripción de la vida política en la vida social. Recuperamos así las críticas a los enfoques que analizan los espacios de protesta como compartimento estanco de la vida de las organizaciones, dejando en el terreno de la presunción las múltiples redes que configuran la trama política cotidiana de las organizaciones.

CAPITULO V- “Burocracia estatal, compromiso local”. Los criterios compartidos de justicia.

1- “Un poco a cada uno y todos contentos”. El reparto de recursos.

“Cuando Rosa no viene, me toca la copa, la mercadería, atender a las vecinas. Ahora por ejemplo, va a venir una chica a retirar mercadería a la vecina, pero el tema es que la que viene sí tiene tarjeta. Entonces yo le voy a hacer firmar una nota donde diga que ella le retira mercadería a la vecina y no para ella, porque si no van a decir que le doy a ella, y ella tiene la tarjeta. Si la gente la ve entrar acá y salir con cosas, después vienen todos a quejarse”. Verónica escribe entonces, con dificultad, en el cuaderno. Se ve que no tiene una práctica de escritura y redactar esa notificación le lleva un rato largo, además de consultar con el resto de personas que nos encontramos ahí qué debería decir. Finalmente lee en voz alta: “El día de la fecha le retira la mercadería a la sra X su vecina” y cuando llega “la vecina”, Verónica toma el cuaderno y se lo hace firmar. En la preocupación de Verónica por la redacción de esa nota-comprobante se puede ver cómo la circulación de bienes se realiza siguiendo reglas que se cumplen ante la mirada atenta de los vecinos, la posibilidad de competencia entre quienes los reciben y pases de facturas si las cosas no se realizan “bien”. Cada uno tiene su responsabilidad y la distinción entre quienes reciben tarjeta y quienes no, debe tenerse en cuenta para no ser injustos en la distribución de recursos, en tanto hay quienes pueden obtenerlos por su cuenta. Hay en esas relaciones una obligación planteada por la mirada externa (la de los otros beneficiarios) que lleva a que se controlen las actividades que se realizan.” (Registro de campo, noviembre de 2008)

El reparto de recursos no se hace de modo improvisado. Diversos canales burocratizados de tareas ordenan y permiten llevar un registro de la mercadería que llega y de quienes la retiran. Aún cuando esta sistematización generaliza algunos criterios de reparto, los modos de distribución de recursos escasos ponen en evidencia los conflictos que trae aparejado el entrecruzamiento de criterios “de necesidad” y de “vínculos comunes” para el reparto (Manzano, 2007a: 203). En el caso de las tarjetas, no todos los beneficiarios del comedor fueron incluidos en el listado de Dora, la anterior encargada del comedor, quien fue la responsable de armar el listado de los beneficiarios. Según las vecinas que trabajan actualmente en la copa, fue una decisión discrecional quiénes entraban como beneficiarios.

Pero hay otra situación que permite dar cuenta de las tensiones que se producen en la distribución de recursos y es el reparto de verdura que ocurre todas las semanas. La mercadería llega los días jueves y el viernes la pasan a buscar quienes se encuentran en el listado. El listado incluye a todos aquellos que asistían al comedor cuando este funcionaba, y que quedaron fuera del acceso a la tarjeta, en una lógica que, podemos pensar a priori, intenta compensar esa diferencia.

Esa mañana Verónica repartió la verdura junto a Sonia. Sonia es una empleada de la delegación que ha comenzado a ir al barrio para esa tarea, de modo tal que Rosa ha dejado de organizar la distribución de mercadería. Rosa llega y pregunta por qué no le guardaron su parte a Noemí, que no había podido ir esa mañana, porque tuvo que ir al hospital. Verónica dice que no apareció y que por eso no se la guardaron. Rosa se enoja y dice que eso va a traer problemas, que allí las cosas se manejan “*de otra manera*”. “*Sonia tiene que guardarle la mercadería y avisarle a la gente tres veces. Si ellos no vienen, entonces después no se pueden quejar de que vos se la diste a otro. Pero vos no podés sacarlo de la lista y poner a otro, sin avisarle, a porque no vino una vez. Mirá si le pasó algo...aparte una de las que no vino es una quilombero⁵⁴, que está buscando tener excusa para hacer lío acá y al delegado. Y ahora va a tener con qué*”. Rosa tiene la certeza de que el modo en que Sonia resuelva este conflicto va a traer problemas para la copa. “*Y ella lo hace porque puso en la lista a Sergio, que lo conoce. Si ella cuando sobra algo lo quiere dar, está bien, pero no puede sacarle a alguien para ponerlo a él nada más que porque lo conoce. Acá yo reparto de otra manera: un poco a cada uno, aunque sea poco, todos quedan contentos y nadie arma lío. La gente ya sabe cómo me manejo, que cuando llega la mercadería, aviso. Si le guardaron a Juana (la señora que trabaja en la copa) igual pueden guardarle a la otra señora*”.

La lógica de gestión se disputa a través de la definición de los criterios de reparto: a quién se le reparte, qué prioridad se establece y por qué. Rosa “no quiere lío”, y la manera de resolver esta preocupación es “*darle un poco a cada uno, todos contentos*”. Si Sonia reparte de otra manera, esto se debe, para Rosa, a que “*no sabe cómo funcionan las cosas en el barrio*”. Con esa afirmación Rosa marca una cuestión que es relevante para analizar el lugar que cada una ocupa en la trama de relaciones que constituyen la organización: Rosa es una vecina del barrio que, si bien no vive allí, ha construido un lugar de reconocimiento a partir de la confianza de los vecinos y las disputas con otros, pero en ambos casos, esto ha sido posible a partir del vínculo reiterado con ellos. Sonia en cambio, es una persona que viene “de afuera”, a resolver intereses que no se vinculan, desde la perspectiva de Rosa, a las necesidades del barrio, sino a los suyos propios “*utilizando*” el comedor. Mientras terminan de ordenar, Rosa

⁵⁴ Modo coloquial de referir a las personas que provocan problemas y/o a generan conflictos.

transmite su preocupación acerca del reparto de verdura. “*Me molesta que la delegación mande gente que no conoce como trabajamos acá*”.

Vemos así cómo la política local aparece encarnada en actores concretos que traen otras lógicas de acción a los vínculos habituales de la copa, modificando los canales de diálogo, los modos de hacer y generando interferencias en las expectativas ya construidas en la dinámica organizacional cotidiana. El énfasis en la exterioridad de Sonia respecto al barrio, bien podría hablarnos de los límites de la autoridad moral que los vecinos atribuyen a alguien que no es del barrio (y aquí con Frederic (2004) podríamos pensar, alguien que es un “profesional de la política”, pero que no se ha empapado de las relaciones, rutinas y tradiciones locales) para organizar una actividad fundamental que tiene que ver con el acceso a los recursos. Por otro, no podemos dejar de lado el hecho de que Rosa ve amenazado su lugar en la organización a partir de la presencia de Sonia y entonces, se apega a los criterios tradicionales de reparto para restituir jerarquías, que sólo son conocidos por quienes han participado históricamente de él. De esta manera, Rosa actualiza la experiencia compartida como criterio legitimador de su autoridad dentro de la organización, un “saber hacer” basado en la costumbre, un “saber práctico” que puede legitimar una relación de poder (a la vez que borra el carácter liminar de su pertenencia al barrio), desconociendo otras formas institucionalizadas de jerarquías, en este caso, las que imponen las relaciones políticas con los funcionarios locales. A su vez, para Verónica, que acompaña en el reparto a Sonia ¿puede ser esta una manera de recuperar un lugar de autoridad en su disputa con Rosa? Es posible sostener entonces que la intromisión de una persona ajena a la lógica de disputa local es una oportunidad para rearticular posiciones de poder dentro de la organización, a partir de las interpretaciones que desde intereses diferenciados se hace de aquella.

Se observa entonces cómo se establecen lógicas de reparto que no se sustentan en criterios fijos, sino que están enmarcadas en costumbres, negociaciones y en la resolución de conflictos en los cuales cada persona pone a jugar sus intereses.⁵⁵ El modo de reparto marca disputas y desigualdades, y una multiplicidad de criterios que deben

⁵⁵ Cabe una breve mención a las tensiones que Ferraudi Curto reconoce en su trabajo sobre el MTR: en el dilema “por el yogur” entran en tensión por un lado el reconocimiento de una jerarquía basada en la antigüedad de los miembros (representada por Graciela), por otro, un marco igualitario basado en el desempeño (defendido por Susy). (Ferraudi Curto, 2006 b: 161).

equilibrarse cuidadosamente para no generar conflictos. “*Acá las cosas se hacen así*”, da cuenta de un modo de funcionamiento al que la gente se ha acostumbrado, de la historicidad de las prácticas, en tanto no se sostiene en una moralidad abstracta ni en una regulación legal, sino en las experiencias ya vividas de sus vínculos, que les permite a los vecinos saber de modo autoevidente lo que pueden esperar, a partir de la analogía con experiencias pasadas (Heller, (2002 [1977]: 507), de una trayectoria que se reactualiza día a día y de ese modo, rutiniza prácticas.

A su vez, la forma de evitar el conflicto en la organización, no se restringe sólo al modo de repartir mercadería. A Rosa le preocupan las disputas que vienen dándose con algunas viejas compañeras de trabajo. Así, propone hablar con el delegado para que cambie de tareas y de lugar de trabajo a las personas que contraprestan en la copa y que sólo se dedican “*al chisme y a hacer lío*”. Sin embargo, las estrategias que plantea Rosa no son aceptadas unánimemente por todas las mujeres. “*No es así*”, afirma Marta. “*Porque todos nosotros somos un grupo y tenemos que trabajar todos para el comedor. Acá no es para hacer política, que cada uno tire para su lado. Ellas* (refiriendo a las personas que tienen diferencias con Rosa) *también están acá, y todos los de acá tenemos que trabajar para el comedor. No es así, que se vayan y listo...Igual que el comedor, si abre, abre para todos. No es que yo conozca este y el otro no, acá se hace para todos los chicos.*” Las disputas más fuertes han aparecido desde que, como afirman varias compañeras, “*a Rosa la han tirado para arriba desde la delegación, ahora se cree la mandamás*”. El lugar de “*jefa*”, de “*directora*”, “*la que manda*” que según sus propias compañeras la delegación le ha reconocido se confunde con el hecho de que las jerarquías de autoridad están delimitadas y la decisión respecto a donde trabajan las beneficiarias del plan es de la delegación. Entonces, el municipio establece un doble juego que genera fisuras en los vínculos entre las mujeres. Ante las compañeras, Rosa se presenta haciendo uso de la autoridad promovida por la delegación; pero la delegación establece canales de diálogo alternativos que la dejan afuera, que la desautorizan y que les permiten a las otras mujeres criticarla.

Estas escenas nos devuelven un conjunto de interrogantes que hacen a la manera en que el las tareas colectivas adquieren materialización y de las diferentes interferencias que dificultan la convergencia de sentidos, obstáculos que en la mayoría de las veces, emergen cuando la política partidaria irrumpe en la organización. Esta aparición

explícita de la política, invisibilizada en la habitualidad de la vida organizacional, obliga a sentar posiciones y a tomar decisiones, que en el día a día son desplazadas o diluidas en las dinámicas implícitas de funcionamiento. En este sentido, vemos en el relato de Marta que el “*hacer política*” se asocia a la fragmentación, al beneficio personal, a un uso utilitarista del espacio barrial, a una práctica en la cual cada uno “*tira para su lado*”. A contrapelo del sentido común académico que tiende a ver en la tarea política la posibilidad de articular colectivamente un proyecto común (y generalmente orientado al futuro), la experiencia de la política, la historia de las prácticas vivenciadas por Marta le han enseñado que la manera de sostener el grupo y las tareas comunes, es evitando que la política se inmiscuya en la dinámica cotidiana de la copa. En el contexto de estas tensiones nos preguntamos: ¿Cómo conjugar los criterios individuales y colectivos que entran en disputa para resolver conflictos de la organización? ¿En base a qué valores es posible sostener una acción mancomunada? ¿Cuáles son entonces las bases de la forma de solidaridad que se establece en la trama de relaciones analizada? Y en un segundo momento: ¿Cómo sostener la copa sin “hacer política”, actividad que es asociada a prácticas corruptas o de beneficio personal? ¿Cómo hacer política sin tomar decisiones que impliquen dejar afuera de manera arbitraria a quienes no comparten los modos de hacer de Rosa?

Los valores⁵⁶ se expresan, como hemos visto, en nociones de justicia emanifestadas verbalmente por las personas a la vez que practicadas en el espacio de encuentro: en el caso de la contraprestación, por el reparto justo de las tareas que hay para hacer. Si pensamos en los valores de justicia, asociados a ellos debemos pensar necesariamente las sanciones: para comprender los valores compartidos hay que pensar qué reglas se dejan transgredir y de qué manera se sancionan. Un ejemplo de ello es la sanción ante la ausencia en la contraprestación. No importa aquí la reglamentación del plan o las amenazas que llegan de la delegación, sino que lo injusto está medido en relación a las compañeras que sí se presentan a trabajar. La queja de Marta se relaciona con la

⁵⁶ Para introducir la noción de valores, es significativa la definición que utilizara Pitt-Rivers ([1954] 1994). Por ello, una cita aclaratoria del sentido que tiene la noción en este trabajo: “Tuve que construir a partir de las observaciones escalas de preferencias y de obligaciones con la que construir la trama de deseos y sanciones desde la cual los individuos determinan su conducta. Expresé el resultado como <valores>. (...) Los valores no son a mi entender puramente éticos, sino, en primer lugar, cognitivos. Son conceptos cuyo contenido ético es parte integral de ellos y llega a ser manifiesto sólo atendiendo a contexto y no son, como en la obra del ya fallecido Clyde Kluckhohn y asociados, una estructura moral abstraída de normas expresadas verbalmente” (2005: 34).

desigualdad que observa en el reparto de responsabilidad. A su vez, entre las propias mujeres hay acuerdos que se establecen y que se sostienen en una justificación de igualdad, que no pasa por un reparto igual de la cantidad de horas de trabajo, sino por una adecuación a las necesidades de cada una de ellas; por ejemplo, para quienes van solo dos veces por semana, debido a que viven lejos de la copa. En el caso de los recursos, el reparto equitativo de lo poco que hay se realiza siguiendo criterios avalados por la costumbre, y el criterio de justicia se actualiza a la hora de repartirlos: el valor de “igualdad” sostenido dentro de la copa y entre los vecinos del barrio se cruza a su vez con otro criterio de “necesidad” jerarquizado por Rosa: establece como prioridad evitar el conflicto. En este sentido, Rosa sostiene una conducta que es históricamente reconocida por los demás y que le evita tener que dar explicaciones cada vez que resuelve cómo repartir.

Ya nos advertía Pitt-Rivers ([1954] 1994) que las relaciones basadas en la proximidad territorial y social son las que se privilegian a la hora de tomar decisiones en espacios comunitarios. Por nuestra parte y coincidiendo con el autor, hemos visto en las escenas presentadas que el conocimiento mutuo, la confianza basada a la vez en la cercanía territorial y en la vinculación afectiva, así como la experiencia rutinizada en la costumbre son los valores primordiales a los que las personas apelan como preceptos garantes de justicia con criterio “meritocrático”. En la tensión entre los valores de la autoridad y los de la igualdad, la solución mediante la utilización de recursos depende entonces, más de la moralidad local que de la legalidad estatal.

Siguiendo esta lógica, las decisiones que se toman dentro de la copa se resuelven tomando como parámetro lo que es bueno para el barrio -como trama de relaciones en las que se encuentra inserta-, más allá de lo que propone en este caso el gobierno de la mano de la trabajadora de la delegación. Porque son los vínculos con los vecinos aquellos que hay que propender a mantener en equilibrio, especialmente con quienes transitan por la copa, aunque no trabajen en ella. Por sus características –como momento en que convergen prácticas sedimentadas, compartidas, basadas en la afectividad y la confianza, estrechamente vinculadas al vecinazgo- la inscripción de la estatalidad se produce entonces dando primacía al horizonte de sentido barrial.

Cabe recuperar cómo los sentidos que enmarcan el espacio de encuentro atraviesan la subjetividad individual y la interpelan a partir de códigos normativos, cognitivos, emotivos y estéticos que trascienden la escala de valores individuales y que en cambio, dan cuenta de procesos intersubjetivos en que las personas instituyen formas de reconocimiento y criterios comunes que regulan las acciones (Retamozo, 2009: 135). De esta manera, observamos en las escenas descritas con anterioridad que la emergencia de modos de dar que no coinciden con los que habitualmente se llevan adelante -en tanto que criterios comunes que regulan el reparto- reactualizan las tensiones acerca de los valores de justicia que circulan entre las personas que se acercan a la copa.

2- La personalización de la burocracia: imbricación de lo individual y lo colectivo en la cotidianeidad

La imbricación de elementos individuales y colectivos en el marco de la cotidianeidad, refiere a otras dos dimensiones de la temporalidad. Por un lado, los elementos individuales no incluyen solo la vida unipersonal, sino el conjunto de relaciones que se establecen a nivel familiar, vecinal, grupal en general, en el marco de esa cotidianeidad; por otro los elementos colectivos, que ponen a jugar horizontes de sentido compartidos, y que por lo tanto refieren a una temporalidad situada en el futuro (Zemelman, 1992). Es decir, se presenta una tensión entre la supervivencia familiar y la comunitaria ya que esta última comienza a generar sus propias necesidades, estableciendo un recorte de realidad diferente, observación que adquiere suma importancia en las relaciones analizadas.

En ellas, observamos que las políticas emergentes desde el actor estatal requieren una serie de mediaciones para constituirse como tales. La manera en que Rosa oficia de canal de comunicación en las construcciones relacionales permiten la emergencia tanto del Estado (en su nivel local) como del barrio (en tanto que grupo de vecinos vinculados a la copa), que a la vez requieren de la tarea de construcción y nominación que el conjunto de redes existentes hagan de ellos. A través de las relaciones de conocimiento mutuo, las personas nucleadas en la copa sortean el sentido impersonal e individualizado de la política social, para configurar un modo de reciprocidad basada en la personalización del acto de dar y recibir. Este modo personalizado permite ajustar las necesidades de los vínculos de sociabilidad local con los recursos existentes, utilizando como canal mediador entre ambos el saber que las vecinas tienen de aquéllos por

encontrarse inscriptas en la vida local. Los criterios compartidos entonces no radican necesariamente en sostener sentidos colectivos, sino en que las pautas sean sostenidas por quienes constituyen la pequeña comunidad barrial, aunque se basen en el reconocimiento y en la escala de poder individual.

A su vez, la personalización del acto de dar no implica ni una negación de la presencia estatal, ni una forma degradada de su aparición. En cambio, entendemos que así se modeliza la presencia estatal cuando los canales de mediación entre Estado y beneficiarios exceden al sistema político, y se amplían a un conjunto diverso de experiencias posibles. El carácter personalista que adoptan estos modos de reparto, sin embargo, no es sinónimo de una libre arbitrariedad: desde el principio del capítulo se explicitó que existen mecanismos de burocratización -planillas, notas- mediante los cuales se debe garantizar que los criterios de justicia construidos en el espacio local sean visibles y se cumplan, o en el mismo sentido, lo legal-burocrático existe en tanto toma cuerpo enmarcado en las relaciones, valores y prácticas de la comunidad de referencia que deben ser garantizadas. No obstante ello, la particularidad de estos criterios es que pueden ser resignificados de una situación a otra en coyunturas específicas. Iremos desentrañando qué sucede cuando la personalización de esas relaciones se inscribe en una red de poder más amplia en la que se disputan accesos a canales de acceso a la política partidaria, de qué manera los criterios se desdibujan y se reconfiguran y el lugar que adquiere un tipo de vínculos orientados por una lógica clientelar, en los que Rosa es la principal protagonista como intermediaria, por su profundo acercamiento al poder político local encarnado en la delegación. Pero aún cuando sufren modificaciones, no dejan de responder a lógicas estatuidas de reciprocidad, en la que los criterios son acordados con mayor o menor explicitación por los participantes.

Finalmente, cabe detenernos en otro eje de reflexión, a partir de la distinción analítica que podemos realizar entre “política” y “estatalidad”. Creemos que la omnipresencia inevitable del Estado no es elemento suficiente para explicar la politicidad de los vínculos que se establecen en la copa; sin embargo, vemos también que las acciones que se constituyen en la copa están articuladas en la mayoría de los casos por dicha presencia. En este sentido, si bien la copa se caracteriza por el entrecruzamiento de una multiplicidad de temporalidades, la estatalidad es aquella predominante en tanto marca los ritmos de funcionamiento de la copa. El cobro de planes y el acceso a mercadería

como partes de las políticas locales ordenan una serie de relaciones, disputas y criterios de organización. Entonces, si bien es cierto que el espacio de contingencia para la emergencia de la política yace abierto, en las relaciones que desentrañamos esta posibilidad se encuentra estrechamente vinculada a la aparición del Estado, que establece recursos, sentidos, definiciones y actores políticos que serán puestos en cuestión y en ese sentido, resignificados y actuados creativamente por las clases subalternas. La fuerte presencia del Estado a través de políticas sociales especialmente en las clases populares, activa formas de la política vinculadas a dicha aparición estatal, o para ser más precisos, en un contexto carencia de recursos y de incertidumbre generalizada la presencia estatal materializada en recursos se vuelve un objeto de disputa legitimado. En el espacio de organización que analizamos, vemos que el ritmo de las interacciones está marcado por la incertidumbre, el futuro es pensando en el corto plazo y la dimensión política aparece fuertemente ligada a la relación y constitución de lo estatal. Podríamos preguntarnos si es ésta una particularidad sólo de las dinámicas relacionales de las clases populares y quizás otros estudios deberían hacerse para pensar cuán apegadas van la presencia estatal y las prácticas políticas en clases medias y altas.

Para sintetizar, hasta aquí observamos que la continuidad de la copa no deja de estar marcada por lógicas necesariamente imbricadas de disputas, negociaciones, recursos, vínculos de parentesco, de co-territorialidad y políticos, en los que convergen intereses múltiples y muchas veces contradictorios. El modo en que cotidianamente se resuelven, la mediación personalizada, permite construir una estabilidad transitoria que es resignificada día a día en las prácticas compartidas, y en las disputas de sentidos atravesadas por aquellos intereses. Ahora bien, en principio, esta forma de mediación resuelve el carácter comunitario de la solidaridad. Pero nada nos dice acerca de cómo se articulan sentidos colectivos que permitan construir un horizonte futuro compartido, y en este sentido, asociado al quehacer político. Si los criterios individuales y colectivos se entrecruzan al definir los modos de organizarse y de resolver los conflictos, es necesario desglosar los sentidos compartidos que estabilizan una actividad común, así como las discusiones que se plantean en torno a los objetivos comunes e indagar acerca de los sentidos y prácticas colectivas que se construyen en este espacio.

CAPITULO VI- La forma social de la política

1-“Hacer política” en (y a través de) la copa.

Los tiempos de la copa están marcados por “*ir viendo*” qué sucede, las necesidades se entrecruzan con las disputas políticas, con los vínculos extrabarriales, con la cercanía afectiva, con el distanciamiento marcado por la desconfianza, todos elementos que transcurren en la vida cotidiana de las tramas sociales que se articulan en la copa.

Una de las dinámicas políticas se establece respecto a la omnipresencia del delegado: más allá de su presencia física, es una figura nombrada y reconocida por todas aquellas personas que circulan por la copa, las beneficiarias, las madres, los chicos. Su presencia se refuerza a su vez por María, su sobrina, quien media entre “su tío” y la copa en aquellas cosas que necesitan. Si bien María reconoce esta relación de cercanía basada en el vínculo familiar, el hecho de que ella esté “*haciéndole un favor*” no quita que tiene derecho a una paga por ello, porque es una actividad que le lleva tiempo, y que merece ser reconocida con dinero. María está a la espera de un plan o de la posibilidad de entrar en una cooperativa, como retribución a las tareas que está realizando ahora que “*está en campaña*”⁵⁷ y que van desde repartir folletos de propaganda casa por casa en el barrio hasta pasar el día en las mesas que se instalan en algunas esquinas del barrio “*para hablar con la gente*”. Vinculado a la política partidaria, un mes antes de las elecciones aparece en la copa el principal opositor al intendente a ofrecerle a Rosa que trabaje con él y que “*le junte gente*”. “*El quiere ocupar este comedor. Se ofreció a un montón de cosas*”, me explica Rosa. ¿Y vos que le dijiste?, pregunto. “*Que no. ¿Sabés qué pasa? Que el no es un luchador. Si el pierde, listo, perdemos todos, no vamos a conseguir nada. El no se queda peleando. Yo me quedo con el que está. Eso sí, le dije: yo ahora te trabajo todo. Pero vos me conseguís la cooperativa. Yo no voy a andar teniendo acá a la gente trabajando por nada*”

Vemos entonces que Rosa tampoco está alejada de las controversias de la política partidaria, pero no sólo debido al contacto y la negociación con los candidatos locales: su nuera está convocando gente para un acto, porque finalmente se presenta como candidata a concejal. Por su parte, Dora, la ex encargada de la copa que trabaja en el

⁵⁷ Refiere a la campaña electoral previa a las elecciones legislativas del 28 de junio de 2009.

área de Desarrollo Social del municipio, aparentemente también será candidata a concejal. La noticia la trae corriendo Verónica: *“Parece que la noticia es que el hijo le hizo un regalo. La candidatura le regaló”*, cuenta agitada. María y Rosa, muestran así algunos elementos en común con la figura de Dora, ese personaje del que permanentemente se distancian y a quien cuestionan por haber realizado un uso interesado de su posición y de sus vínculos dentro del comedor barrial: su figura condensa, al decir de las mujeres, *“lo peor”* de la política en el barrio. Asimismo, el modo en que llega la noticia muestra que la circulación de información, de personas, de intereses excede a la copa, y que ésta se inscribe en un conjunto de relaciones, de canales de comunicación y de vínculos que se extienden difusamente a través del barrio.

La política adopta entonces diferentes dinámicas: en principio, transita por lazos familiares, que permiten que la sobrina del delegado sea la representante de la delegación en la copa, al menos en cuanto al control de las planillas de asistencia. Éstos se encuentran entonces muy apegados a la política partidaria, cuestión que se manifiesta también en cuanto a las candidaturas a cargos públicos en el Concejo Deliberante, que se encuentran atravesadas por vínculos de parentesco. La política partidaria se hace presente también en el momento coyuntural de las elecciones, a lo largo de la campaña electoral. Ésta construye un tipo de temporo-espacialidad particular: se territorializa en las esquinas del barrio, con la presencia de personas que realizan propaganda a favor del candidato oficialista; a la vez que marca un tiempo específico, aquel propio de la espera, de la incertidumbre respecto a lo que va a suceder, así como el de la esperanza, del porvenir, de lo que puede ser diferente. Las elecciones son uno de los momentos de liminaridad, de tránsito entre el presente y un futuro inmediato que se abre como potencialidad. Para María, es la posibilidad de insertarse en el plan de modo tal de empezar a recibir una paga por las tareas que realiza; para Rosa (y junto a ella, para los que colaboran en la copa), la expectativa está centrada en conseguir la cooperativa, que permita rentar a las personas que vienen trabajando con ella, así como conseguir un aumento del dinero que reciben por esa colaboración, en el caso de las beneficiarias de planes que se pasarían a la cooperativa. En este caso, la posibilidad de transformación está directamente asociada a los actores políticos-partidarios, que son percibidos como mediadores para la obtención de recursos estatales.

Para Rosa se juega además un momento de expectativa personal, que se relaciona con el lugar específico que, más allá de la copa, ocupa en una red vinculada al poder político de la delegación barrial. Las elecciones son el momento en que ella puede hacer valer su fuerza en el barrio frente a las autoridades, mostrando cuánta gente puede “*mover*”. “Mover” a los actos, “mover” a los padrones, “mover” a las reuniones que organiza la delegación en las instalaciones de la copa. La dinámica presente en este caso es la propiamente clientelar, a través de la cual Rosa “*junta gente*”, frase que remite tanto a la gente dispuesta a trabajar para la delegación, como a quienes se empadronan para votar o participan de los actos públicos partidarios. Se recorta así un momento temporalmente delimitado en el que Rosa disputa por el reconocimiento y la legitimidad, o de otro modo, se abre la posibilidad de traducir su capital social en político.

Ahora bien, más allá de estos vínculos con el sistema partidario, cabe mencionar, aunque suene reiterado, que la política no se restringe al periodo electoral, que si bien activa recursos y posibilidades, es breve y da cuenta solo de un momento de la dinámica política, o parafraseando a Palmeira y Heredia (1995), al “*tiempo de la política*”. En la cotidianeidad de la copa, los problemas aparecen como asuntos a dialogar, por momentos con mayor margen de acción; en otros, las decisiones llegan “*dadas*”, y Rosa es la intermediaria con el espacio local de definición de la política constituido por la delegación. Pero una vez en la copa, la discusión acerca de qué hacer, con quién hablar, y qué se puede “*conseguir*”⁵⁸ adopta la forma de un intercambio de opiniones entre las mujeres que participan en el espacio-momento de la contraprestación. No hay a lo largo de la semana otro espacio de charla, discusión, reunión, o actividades que ponga a las mujeres en contacto.⁵⁹ Las circunstancias frente a las cuales hay que tomar decisiones se dejan planteadas en esos encuentros durante el momento de trabajo: allí todas hablan, aunque hay en la forma de utilización de la palabra una distribución implícita de tareas (y con ellas, de poder) que deja entrever que la voz de cada una tiene un peso

⁵⁸ Garriga (2005) y Ferraudi Curto (2006) dan cuenta de que es esa noción la que connota el modo en que según las personas involucradas los bienes se obtienen y circulan, sea en una hinchada de fútbol como en una organización de desocupados. En este sentido también se ha pensado la idea de “rebusque”, que generalmente se utiliza para describir las estrategias que se dan los sectores populares para obtener recursos, y que implican cierta peripecia de la persona para desarrollarla. En tanto los recursos que se obtienen son inestables y se consiguen sólo para la ocasión, el rebusque ese torna una actividad reiterada para la supervivencia. Nuevamente se hace presente aquí la cotidianeidad marcada por la incertidumbre de las clases populares.

⁵⁹ En las actividades a las que convoca la delegación (por ejemplo, inauguraciones de plazas, de refugios, etc) si bien pueden coincidir en cuanto a su presencia, cada una se organiza de manera individual para ir, y una vez en el lugar, tampoco se ubican juntas.

diferenciado dentro de la organización. Así, Rosa le enseña a Verónica el manejo de papeles y alguna información que debe saber cuando tenga que atender a la mujer del municipio en caso de que ella no esté. Si bien Marta acota e intercambia mientras cocina, no toca los papeles, que quedan a cargo exclusivamente de Verónica. Asimismo, Marta tampoco toma la palabra en esas reuniones si se encuentra presente algún actor ajeno a la organización.⁶⁰ Sus aportes, críticas y cuestionamientos quedan delimitados al espacio de la copa. Vemos entonces que los espacios de decisión se constituyen en momentos intercalados con las tareas de contraprestación, todo transcurre en continuidad: el espacio de reunión es el mismo que el espacio de trabajo, la gente también, no se distingue un momento “extraordinario” de la política. Ésta es vivenciada en el sentido que plantea Vincent, como el entramado de las relaciones de poder, al mismo tiempo que una dimensión básica de las prácticas sociales y las experiencias de vida cotidiana (retomado en Grimberg 2009: 85).

Ello no equivale a decir, sin embargo, que las prácticas sociales carecen de lógicas y sentidos. Como plantea Martins (2008) es relevante comprender el conjunto de reciprocidades que se da entre intersubjetividades, como trama de relaciones a partir de las cuales puede pensarse la práctica política. Vale aclarar que el autor está pensando la política como el conjunto de reglas que se imparten en la vida democrática, ligadas al estado de derecho. A diferencia de él, en este trabajo, no estamos discutiendo acerca de la constitución de los espacios de democracia formal, sino pensando el conjunto de prácticas y modos de participación que se sostienen en el complejo acto de dar-recibir y devolver, sean bienes materiales o simbólicos, en tanto que conjunto de reconocimientos que estabilizan relaciones de poder y autoridad en estos espacios de participación que pueden luego hacerse visibles, con mayor o menos intermitencia, en el espacio público.

Esto se relaciona con la concepción que sostenemos acerca de la política, de cuáles son los espacios en los que ésta aparece, y de las estrategias que consideramos más fructíferas a la hora de asir prácticas tan polisémicas. Primero, la acción política puede

⁶⁰ Esto también se marcó en la relación que establecí con Marta, ya que fue luego de varias visitas que comenzó a dialogar de manera apartada y muchas veces hablando en un tono muy bajo, casi de confidencia y solicitando implícitamente un pacto de silencio frente a las demás personas. Luego de un tiempo de visitas sistemáticas a la copa, Marta comenzó a opinar en voz alta aún en mi presencia. Para pensar en las tensiones entre lo que se presenta en escena y lo que queda oculto o velado por detrás, ver Berreman (1962:14).

jugarse también en el espacio de la cotidianidad. Esto sólo es visible si reconceptualizamos lo cotidiano como momentos de convergencia entre temporalidades y espacios múltiples, que permitan pensar el cruce entre el largo y el corto plazo, así como de múltiples escalas; entre lo individual y lo colectivo y finalmente entre la reproducción y el cambio social. Segundo, y lejos de una mirada estadocéntrica, la política no se acota a ámbitos institucionalizados ni a formas legalmente estatuidas⁶¹. Con ello ponemos en discusión las perspectivas que delimitan esferas específicas de la acción política, y retomamos en cambio la propuesta de imbricación de lo social en lo político que planteara Abèles (2005, 34). Tercero, pensamos la forma en que se gestiona la política y el modo en que la estatalidad se hace presente en los espacios de organización desde el lente caleidoscópico de la hegemonía. Con ello decimos que ese conjunto de prácticas presentan diferentes y múltiples caras: pueden comprenderse como modos de reproducción de formas y sentidos de la dominación, pero también nos habilitan a pensarlas como espacios potenciales de emergencia de disputas sobre aquéllos. A partir de estos supuestos, nos preguntamos: ¿qué definiciones menos explícitas pero igualmente constitutivas de la política atraviesan las dinámicas locales en su entramado más fino? Veremos a continuación la forma específica que adoptan estas relaciones en el caso que analizamos.

2- La copa: una forma social

“Durante una charla entre Rosa, Marta, Verónica, Ana y la sobrina del delegado surge un dato acerca de la mercadería: las cajas que llegan con alimentos secos desde Desarrollo Social para ser repartidas entre los beneficiarios que se acercan a la delegación o a las copas de leche a retirarlas, traen una caja de leche en polvo. En el reparto, la delegación saca la caja de leche, porque está faltando para las copas. *“Si son 60 familias que reciben mercadería, son 60 cajas de leche. ¿Sabés lo que es todo eso para las copas? Mejor que se las saquen y que no falte leche a las copas, que es más importante. Tampoco se las van a dar y que después las copas se queden sin nada para dar...lo mismo el arroz, mi tío sabe que se usa para el arroz con leche. Así que tiene cuidado y guarda para que no falte”* dice María. Rosa asiente. Comparte este criterio de

⁶¹ Compartimos así la crítica que realizara Milstein: “La política ha sido casi siempre visualizada –tanto por las ciencias sociales como por el sentido común– como un conjunto de prácticas de ejercicio y disputa por el poder en un ámbito específico de la vida social., fundado en las formas legalmente instituidas del poder político del Estado” (Milstein, 2009: 25)

reparto: primero abastecer a las copas, luego la leche para las familias”. (Registro de campo, abril de 2009).

¿Cuáles son los sentidos de que la leche se entregue mediada por la copa? Estos comentarios nos sugieren que desde la perspectiva de quienes participan en el “acto de dar”, lo importante no son sólo los recursos, sino “el modo de dar”, el canal de distribución, las relaciones que se construyen allí, y la particularidad que tiene la copa de leche como forma particular de asistencia -sea esto planteado con mayor o menor intencionalidad-. ¿Cuál es la razón de este modo de distribución de mercadería, que no pasa (solamente) por la satisfacción de la necesidad de alimento, sino que adopta una forma particular⁶²? Si el trabajo de Manzano da cuenta de que la particularidad de la “forma piquete” es que anuncia conflicto y produce vinculación con el Estado, podemos interrogarnos acerca de cuál es la relevancia de sostener el conjunto de relaciones e interacciones que constituyen la copa de leche, como momento-espacio con fuerte presencia estatal y barrial que articula los vínculos entre la delegación y las familias.

En principio, la “forma copa” funciona como un espacio travesado por categorías sociales, entre las que se destaca la de “beneficiarias”. Establece una práctica reiterada que es la alimentación cotidiana de los sectores vulnerables, particularmente los niños; y su regulación se orienta por la inscripción local de los requerimientos estatales que enmarcan a las políticas sociales. Es, asimismo, el espacio en que se desarrolla la contraprestación para las beneficiarias de planes de empleo, que como ya dijimos, es reconocido como laboral para muchas de ellas. A su vez, se presenta como canal transmisor de una serie de demandas que no pueden trasladarse directamente a la delegación. Éstas no se reducen a la necesidad alimentaria, e incluye desde listados para obtener vestimenta (especialmente zapatillas), hasta el modo de conseguir chapas, documentos, pañales, medicamentos y, más esencialmente, “el plan”, que permita paliar la situación de marginalidad en la que se encuentran los vecinos.

⁶² Retomamos así la categoría de “forma piquete” o “forma acampamento” con que Manzano (2007 a) y Sigaud (2005) organizan conceptualmente una serie de características (categorías sociales, actos ritualizados, técnicas de organización del espacio, normas y terminología) presentes en los cortes de ruta y en los campamentos del MST respectivamente. Estas formas su vez refieren a la categoría de “forma social” con que Simmel (2002 [1908]: 27-8) conceptualiza el modo de vincularse individuos y sociedad, de manera tal que son relaciones que se convierten en formas y formas que constituyen relaciones (Manzano 2007: 45).

Dar respuesta a estas expectativas es posible en la medida que los canales de transmisión de demandas así como los canales que ofrecen respuestas se multiplican. Y a que en el marco de estas relaciones, las expectativas no son infinitas. La burocratización de los canales de reparto, la proliferación de planillas o, parafraseando a Ferruadi Curto (2006 b) la lógica de “papeles” comportan una manera de visibilizar y legitimar ante el Estado un conjunto recortado de demandas, es decir, que el Estado (en la figura del intendente, del delegado, de María, la sobrina del delegado y hasta del lugar ambiguo de la encargada de la copa) registra de manera controlada las demandas “posibles” que a la vez funcionan como modo de control mediante la lógica del “desgaste”, o como dice Verónica “*que nos hacen hacer todo dos veces*”. Los modos que adopta la intervención estatal modela también los canales legítimos que son reconocidos por los propios beneficiarios en tanto que efectivos. A medida que las políticas se transforman, se modifican los vínculos de negociación y conflicto y las demandas adoptan las características del programa por el que disputan⁶³.

Podemos pensar entonces una serie de razones que vuelven efectiva la multiplicación de vínculos “controlada” por sobre la relación directa vecino-delegado. Efectiva para la delegación, en tanto canaliza por caminos múltiples los conflictos. También para los vecinos, quienes prueban recibir algún beneficio extra, en ausencia de un control estricto de la delegación sobre las entregas que realiza cada copa. Si a la par del proceso de desafiliación (Castel, 1997) se profundiza la multiplicación de pertenencias de las personas con respecto a las organizaciones que existen a nivel barrial -de manera de poder ampliar las vías de acceso a la satisfacción de necesidades (Quirós 2006b y Merklen 2005)-, estos mecanismos de mediación se constituyen en una zona gris vivida como la oportunidad de conseguir “*algo más*”. Pero además, para quienes auspician de mediadores en esa relación. Las encargadas (la mayoría de ellas son mujeres) que las gestionan transitan diferentes lugares de poder y de reconocimiento dentro de la

⁶³ Cabe mencionar brevemente el análisis de Pantaleón (2005) quien estudia la transición de las formas de demandas en área de desarrollo social de la nación. El autor centra su análisis en las transformaciones de la política social desde la mirada de los organismos estatales, su interés radica en reconstruir cómo los sentidos de la política se construyen en la medida en que cambian las categorías con que se nombra la pobreza y el conjunto de técnicas que permiten dar cuenta de ella. Reconoce un doble proceso de “tecnificación y especialización” de la pobreza que conlleva una modificación del lugar que los técnicos comienzan a tener para definir los problemas sociales, y que implica además una modificación institucional entre los organismos encargados de llevarlas adelante así como de las herramientas que tienen los beneficiarios para solicitar a las autoridades (“de la carta al formulario”).

organización y hacia el barrio en el transcurso de sus disputas, que se manifiesta en el sueño más o menos explícito de “la copa propia”. Constituir la es el modo de acceder a la red de relaciones de la delegación, a la vez que son estos vínculos los que habilitan la posibilidad de realizarla, en un círculo que se retroalimenta y cuyo punto de partida es difícil de esclarecer.

Observamos entonces que la política social, con sus agentes, sus determinaciones y objetivos no se incorpora de manera unívoca o determinada a la vida de los beneficiarios: si bien el Estado impone un conjunto de decisiones que delimitan los márgenes posibles de acción (la frecuencia de entrega y el tipo de recursos), las personas usan las aristas de contingencia de las tácticas para introducir parte del propio mundo en el objeto, en una permanente tensión entre imposición y posibilidad o, en otros términos, entre sujeción y subjetivación. En la medida en que el Estado no existe sólo como actor o entidad, sino también como relación en un inacabable proceso de constitución, los diferentes agentes entran en disputa y establecen reglas para la definición de algunas cuestiones como problemas, así como por el modo en que estos deben ser solucionados (Frederic y Soprano, 2005: 54). Esta característica procesual de construcción permanente vuelve a las personas agentes activos en la definición de la política, el Estado se torna relación social y deja de ser mera agencia institucional.

Entendemos que situarnos en el nivel de la cotidianeidad nos permite comprender los mecanismos precisos de reproducción del poder estatal (Milstein, 2009: 23, 34), así como deshilar un conjunto de tramas sociales que ofrecen un soporte a la acción mancomunada, tramas latentes que, ante la emergencia de un acontecimiento, recuperan las experiencias de sus redes históricas para actuar.

3-1 Las nociones legitimadoras: un horizonte colectivo polisémico

La reconstrucción realizada hasta aquí nos interpela de la siguiente manera: ¿cómo es posible que un conjunto de relaciones que emergen de modo conflictivo, cuyas regulaciones están en permanente disputa, se articulen en el marco de un objetivo compartido que se ha venido sosteniendo durante años? ¿Qué lugar tiene la práctica política como instancia de articulación? Algunas tensiones se relacionan con las diferentes maneras en que las mujeres comprenden su participación en la organización, que lleva a reconocer diferentes grados de responsabilidad entre ellas y que se

transfigura en una escala de reconocimientos y jerarquías en el interior de la copa. A su vez, los criterios de reparto de los alimentos es otro elemento de disputa: en un contexto de necesidades crecientes y recursos escasos, las negociaciones para el reparto de la mercadería que llega a la copa requiere una reactualización permanente de los criterios y prioridades con que esto se realiza, en tanto vale recordar, no se encuentran formalizados ni estatuidos de manera unívoca, sino que se constituyen en un conjunto de reglas oscilantes que se ponen a jugar en cada pequeña decisión.

Frente a estos conflictos, la incertidumbre siempre abierta del presente es momentáneamente estabilizada. Desde nuestra primer visita, Rosa remarca que su compromiso “*es con los chicos*”, y que está en la copa “*para trabajar por ellos*”. Cuando menciona esta frase, rápidamente nos traslada en un viaje retrospectivo por su propia infancia, signada por la ausencia de padres, fue una niña de la calle desde los 10 años, lo cual la hizo vivenciar situaciones de necesidad y de violencia hasta que finalmente se fue de su ciudad natal para probar suerte en la capital. Ya en La Plata, armó su familia y dijo que iba a hacer todo lo posible para que ningún otro niño viviera lo que ella atravesó.

Por otro lado, cuando le consultamos a Verónica acerca de si había intentado pasar su plan para trabajar en otra copa, debido a las relaciones tensas que últimamente habían reconocido entre ella y Rosa, afirmó: “*Yo no quiero ir a trabajar a otra copa. Yo ya me acostumbré acá. Conozco a los chicos y los chicos me conocen*”. La costumbre, como otro modo de denominar esa trayectoria, esa experiencia que la identifica con la copa. Cabe aclarar que Verónica tuvo una copa de leche funcionando en su casa durante un año, allá por 2006. La armó con mercadería que le pasaba una vecina que a su vez recibía mercadería para el comedor que mantenía en su casa. Finalmente la vecina “*se abrió*”, le dejó de pasar alimentos y tuvo que cerrarla. Es decir, las mujeres han realizado diferentes intentos para tratar de organizar las copas en sus propios domicilios, lo que da cuenta de que el modo en que se conforman las organizaciones barriales lejos está de ser producto deliberado de las mujeres que allí participan, sino que se entrecruzan en ellas fracasos individuales, decisiones frente a la escasez de recursos y a la inevitabilidad de constituirse en parte de una red barrial aún cuando no sea del modo esperado o deseado por ellas.

Siguiendo con las diferentes justificaciones que las personas explicitan acerca de su acción, los niños como objeto de asistencia son mencionados en otros contextos. Tal como afirma la sobrina del delegado: *“Eso es lo que dice mi tío. El hace todo por los chicos, todo lo que tenga al alcance de la mano. El lo que pueda hacer por la gente pobre, por la gente que necesita...ahora ya mandó a pedir el televisor y el DVD para el comedor”* dice. Otro día, ella será quien llegue con una bolsa de turrone, y sonriendo a Verónica dirá: *“mirá lo que conseguí...para los chicos”*.

En el funcionamiento cotidiano de la copa, los niños adoptan un papel que los excede como receptores de asistencia alimentaria. Un ejemplo de ello es que sostienen un lugar de transmisores de las decisiones de la política barrial y local hacia sus familias. Las familias son integradas a algunas políticas municipales a través del lugar que tiene los niños como población objetivo de estas decisiones políticas. Actividades de recreación los sábados, juegos infantiles, inauguraciones de plazas en el barrio, son actividades que terminan interpelando a los niños como destinatarios pero que a su vez requieren de ellos un papel activo en cuanto a garantizar que se cumplan la serie de requisitos burocráticos que requieren las autorizaciones que, por tratarse de niños, deben gestionar permanentemente con los padres para poder ser partícipes de las actividades. Así, completan formularios, memorizan indicaciones, aceptan y aprenden la urgencia que tiene llevar y traer documentación. Preguntan sin cuestionar y reciben explicaciones. Pero esta demanda no es sólo respecto a las actividades que los tienen como centro. Son ellos también los encargados de transmitir a los padres información acerca de los periodos de reempadronamiento de planes, cuyo aviso realiza puntualmente la delegación cada mes de marzo a través de carteles que pega en la puerta del comedor, lugar al que los adultos no tienen acceso, ya que los niños van a la copa por su cuenta.

Observamos cómo los chicos son interpelados en tanto que actores que dinamizan la actividad política barrial. Así por ejemplo desde la delegación se le pide a Rosa que los convoque para la inauguración de la plaza del barrio. Entonces, Rosa le dice a Marta si puede “conseguir” chicos para el acto. Marta le pregunta si les van a dar algo a los chicos *“Si, chupetines y esas cosas”* responde Rosa. *“Ah, no, porque después preguntan y van a ir a ver qué hay. Así les digo”*. De esta manera, los niños también son incorporados a las dinámicas clientelares. En otro momento, se pone en discusión la posibilidad de constituir en el espacio de la copa una “Casita del niño”. Este proyecto

implica que la copa pasaría a ser un Centro Municipal de Atención Infantil, dependiente del área de Educación y Cultura del municipio, que incluiría guardería y transporte escolar para los pequeños de entre 1 y 12 años. A su vez, estas modificaciones conllevarían a la aparición de nuevos expertos en la copa, personal capacitado para la atención de bebés y niños, tanto en el espacio de guardería como de atención de salud de los pequeños. Para Rosa, esta transición debe darse sin sacar a la gente que ya venía trabajando en la copa. Se abre así el interrogante potencial acerca de las implicancias que esta transición institucional tendrá para las dinámicas de organización de la copa.⁶⁴

En el transcurso de este proceso, Rosa afirma que *“tenemos que movilizar...si nos quieren sacar para traer gente nueva, nos tenemos que mover, con los padres”*. Pero ¿de qué está hablando cuando dice *“movilizar”*? No se habla de marchas, ni de piquetes. Tampoco de ocupación de las instalaciones ni de denuncias en medios masivos de comunicación. En este contexto *“movilizar”* significa juntar firmas de los padres cuyos hijos asisten al comedor en planillas prolijamente apiladas junto a fotocopias de sus respectivos DNI. Luego será Rosa la encargada de llevarlas a las autoridades de la delegación y sentarse a negociar. Ya vimos que cuando en 2007 Dora dejó de encargarse del comedor, la amenaza de acción conjunta fue *“prender fuego el comedor”*. La acción organizada para demandar adquiere así diferentes sentidos y formas, pero no todas ellas adquieren visibilidad para la mirada ajena a las relaciones cotidianas que enmarcan la demanda, ya que no tienen por objetivo establecerse en el espacio público, sino escabullirse en los intersticios de aquellos lugares que tienen el poder de influir mediante decisiones políticas sobre la copa y hacer jugar allí las relaciones de cercanía y confianza que se han construido en la cotidianeidad barrial. Hasta el momento, nadie ofrece garantías del modo en que se realizará la transición.

Más allá de estas discusiones, observamos que en el modo en que se propone la implementación de *“la casita”*, nuevamente son los niños los encargados de llevar a sus padres las planillas de inscripción, para que, como les explica Rosa, *“ustedes puedan afiliarse”*⁶⁵. Se observa así un doble juego constitutivo de la relación que los niños

⁶⁴ Si bien se ha mencionado desde diciembre de 2008, para julio de 2009 aún no se habían efectivizado acciones en este sentido.

⁶⁵ Es interesante detenernos en el hecho de que Rosa llama *“afiliarse”* a este acto, que no refiere a lo que habitualmente conocemos como tal. Si bien no implica una acción típica de afiliación, que podríamos

entablan con la copa: por un lado, el interés de los niños por las actividades que se ofrecen obligan indirectamente a las familias a conectarse con la copa; por otro ese canal de comunicación transmite información que excede estas actividades. Podemos pensar la necesidad que estos canales adquieren, especialmente en un contexto en que las vías de comunicación son escasas y generalmente poco confiables. Las transformaciones de la política social más allá de ser informadas por entidades formales, adquieren cuerpo en el barrio mediante el “boca en boca” con que la delegación hace llegar a los vecinos la información.

3-2 “*Todo por los chicos*”: negación e invisibilización de la política

A lo largo de nuestro recorrido, se va desentramando el sentido múltiple que la expresión “por los chicos” tiene para cada persona que la menciona, en contextos de relaciones de poder particulares donde admite diferentes significados. Asimismo, observamos la manera en que la expresión permite jugar de manera ambigua con la (des)politización de las actividades que allí transcurren. Aunque como “noción legitimadora” (Manzano 2007b: 106) permite la confluencia en actividades comunes, no contiene en sí misma ni de manera cerrada un sentido único, sino que es una noción que se actualiza permanentemente según la persona y el contexto en el que se menciona. Si las acciones parecen coincidir en cuanto a su referente, ¿qué significa este horizonte común así definido que no es puesto en duda por ninguno de los participantes?

Encontramos relevante problematizar los diversos sentidos posibles que la frase admite porque entendemos que allí radica una de las “lógicas de construcción política” (Ferraudi Curto, 2009: 253) centrales que articulan la organización. En primer lugar, de qué manera es “por los chicos” (o gracias a ellos), que la copa se sostiene y es posible la continuidad del espacio de contraprestación: la presencia de los niños es fundamental para justificar cualquier acción que se lleve a cabo en la copa, que perdería su razón de ser sin ellos. A su vez, no es casual que la experiencia de organización ancle su horizonte de acción en un sujeto social que está estrechamente vinculada al futuro: no hay otra categoría social tan vinculada a una temporalidad proyectada en el porvenir como la de infancia.

suponer vinculada a la participación en una institución de representación del tipo partidaria o sindical, en esa palabra representa e indica la acción que deben realizar.

En segundo lugar, el modo en que funciona como una justificación para la constitución de la política local, de un modo que niega el carácter político de estas intervenciones. La presencia de los niños condensa un conjunto de sentidos, generalmente asociados a una imagen de neutralidad, ingenuidad y despolitización. Tal como afirma Milstein (2009: 170), desde una perspectiva adultocéntrica se ha restringido la política –en tanto que actividad ligada a prácticas indecentes y “sucias”- al ámbito de los adultos, mientras que la infancia es asociada a una imagen de pureza opuesta a aquélla⁶⁶. Este detalle no es menor en un contexto en que la actividad política tendió, como ya dijimos, a ser separada del trabajo orientado a “lo social”, como una manera a través de la cual los y las vecinos/as legitimaron su participación en la política local, desplazando a los referentes políticos que quedaron asociados a prácticas corruptas.

En tercer lugar, la “invisibilización” de la política implica un proceso más complejo y está asociada a las prácticas de aquellos actores que se encuentran justamente ligados estrechamente a la política partidaria, particularmente María, Rosa y el delegado. Si bien estas personas no nominan las prácticas que llevan adelante como “políticas”, sí reconocen que lo que hemos dado a llamar la “forma social copa” cumple con algunas tareas específicas en esta dirección, especialmente en tanto oficia de instancia mediadora entre la delegación y los vecinos a través del control del conflicto mediante el reparto de recursos escaso, en segundo término, porque legitima modos de interpelación y canales de acceso al gobierno local, que de otra manera podrían emerger con modos alternativos de expresión, a la vez que contribuye a la acumulación de poder personal. Podemos afirmar entonces, que el sentido político de estas interacciones es reconocido, pero invisibilizado en su carácter y no nombrado como tal.

3-3 La paradoja de la política

Dentro de esta última estrategia, es relevante detenerse en que una de las personas que “invisibilizan” la política es Rosa, cuya singularidad está dada por su carácter liminar respecto a las condiciones de vida del resto de sus compañeras: es parte del barrio, pero no vive en él; trabaja en la copa pero también tiene un trabajo por fuera del plan y de la delegación y finalmente, si bien plantea que no “hace política”, tiene estrechos vínculos

⁶⁶ Esto contrasta más fuertemente en el caso que analiza Milstein, que es la institución escolar, basada en fundamentos de neutralidad ideológica, religiosa y política, donde la autora plantea que se establecen estrategias a fin de “estar en política” sin “hacer política” (2009: 126, 132).

con la política partidaria tanto por su relación con el delegado, como a través de su nuera, que es candidata a concejal, y se encuentra transitando una particular trayectoria de acceso a la carrera política.

En relación a ello, algunos trabajos que analizan históricamente las transformaciones de la práctica política muestran cómo la distinción entre las formas de militancia social y política ha sido configurada a lo largo de la década del noventa, como una forma de demarcar los espacios legítimos para la acción en el ámbito local, de manera tal que el vecino es fijado a un trabajo local orientado hacia el bienestar de las condiciones de vida del barrio, mientras que la política es una actividad circunscripta a los profesionales que conocen el juego político (Frederic, 2004 y 2009, Frederic y Masson, 2007). Este proceso produce simultáneamente dos efectos, de “profesionalización del político” y de “moralización de la política”: por un lado, permite la apropiación de la actividad política a un grupo selecto de personas, y demarca una frontera difícil de franquear para quienes quedan fuera; pero a la vez permite reposicionar a los vecinos en el ámbito barrial en tanto la militancia social se despega de ese modo del carácter corrupto al que se asocia la práctica política. Poder separar el trabajo “para el barrio” del trabajo “político” permitió a los vecinos-militantes sociales obtener el reconocimiento de la comunidad de referencia. Asimismo, esta diferenciación de lo político y lo social se tradujo en una análoga entre espacio público-masculino y espacio privado-femenino. Es decir, la distinción entre formas de militancia social y política se configuró tomando como punto de partida entre otras, la pertenencia de género. Así, la militancia social asociada al cuidado quedó asociada a rol de cuidado de las mujeres en la vida familiar mientras que la política se vinculó a un ámbito de disputa y conflicto propiamente masculino (Masson, 2004; Frederic y Masson 2007).

La reconfiguración de los modos de la militancia aparece en las distintas trayectorias a través de las cuales tanto Dora como Rosa se inscribieron en la actividad barrial. Dora ocupó su lugar en el comedor a partir de su inscripción previa en el peronismo. Su marido fue legislador provincial en el año 82 y ella comenzó a participar de la política a partir de su lugar como “la mujer de” el candidato. Desde aquel momento, Dora trabajó “para el barrio” a través de la delegación, y luego fue incorporada como trabajadora de planta permanente en el municipio, en el área de Desarrollo Social. Y fue desde esta participación como funcionaria municipal que en 2002 ingresó como encargada del

comedor. Esta mujer de unos sesenta años, teñida de rubio platinado, que al finalizar la primer entrevista me hizo entrega a préstamo de un ejemplar ajado de “La razón de mi vida” junto a un video acerca de la vida de Eva Perón, expresa que han cambiado las formas de asistencia social, y que *“Desarrollo social era cuando estaba Evita. Ahora hay todas trabas burocráticas. Antes necesitaba un remedio, ibas lo buscabas y te lo daban. Ahora, siempre para conseguir algo hay que iniciar expediente y así te tienen. A las vueltas”*. Desde su auto-reconocida identificación con el peronismo “de Perón”, defiende “otra forma” de hacer política: *“Mirá, lo que hacen ahora no es política. Antes era un movimiento, lo que había era peronismo, contacto con la gente, los políticos conocían las afueras. Ahora se volvió una empresa política. Hacen porque vienen las elecciones. Y después se olvidan. Hacen desde arriba, desde el escritorio. A esa asistencia me niego yo. El peronismo nunca va a volver, nunca va a ser lo que fue”*. Dora explicita entonces dos características que han estado presentes en el estudio de las redes políticas peronistas en los sectores populares: una fuerte presencia ligada a una asistencia social personalizada y un modo de actuar de las referentes barriales regulado por el objetivo de “performar” a Evita, identificándola con una imagen de la mujer cuya virtud es la sensibilidad maternal para realizar el “trabajo social” por los pobres, así como debe colaborar y con el trabajo “político” realizado por el hombre (Auyero, 1997; Soprano, 2008).

La trayectoria de Rosa, en cambio adquirió otro sentido, alejado de aquella identificación con el peronismo y desplazando el peso de la cuestión de género, para priorizar en cambio su identificación como “vecina” del barrio. Si su condición de género la habilita a formar parte del trabajo “social” vinculado estrechamente en este espacio a la práctica del cuidado como específicamente femenina; es su condición vecinal la que le permite significar su práctica como ligada al trabajo “barrial”, y de esa manera, legitimar su lugar en el barrio, como una referente que prioriza –en tanto conoce y comparte esa reglas morales- las necesidades locales. Su lugar en la red política fue constituyéndose en otra dirección: inscribió primero su lugar de reconocimiento en el barrio y lentamente fue ocupando un lugar en los espacios de actividad partidaria (por ejemplo, cuando nos dice que comenzó participando como fiscal en las elecciones y de esa manera accedió a las personas que trabajan en la delegación). Su trayectoria adoptó un sentido desde-el-barrio-hacia-el-sistema-político. Si comparte, participa y constituye el sistema de relaciones que el justicialismo sostiene

en el barrio, esto no se hace bajo la justificación de una identidad política, ni actuando roles asignados por el guión peronista. Asimismo, la personalización de la política que encarna, no se sustenta tanto en un rol maternal que asume respecto al barrio y los niños, sino que se legitima por el conocimiento minucioso de las relaciones y locales.

Teniendo en cuenta este contexto y trayectoria de las prácticas militantes, podemos aventurar algunas generalidades acerca de cómo los vínculos entre género y actividad militante se hacen presentes en la experiencia reconstruida, así como las tensiones que genera la distinción explícita de los actores entre “lo social” y “lo político”. Una de las escenas refuerza esta distinción de poder y de tareas entre géneros: es aquella del momento en que Verónica da a conocer que Dora recibió como “regalo” la candidatura a concejal, por parte de su hijo. Se expresa allí una doble configuración en la entrada de Dora a la participación en la política partidaria: en primer lugar, a través del lazo de parentesco –primero su marido y luego su hijo- que se reitera a lo largo de nuestro recorrido por la copa. Es el mismo caso de María, la sobrina del delegado, quien realiza su actividad a partir de una relación familiar. En segundo lugar, la candidatura de Dora llega a ella como un don de una figura masculina que, con mayor poder, oficia de canal de acceso a la participación en la política partidaria. Reiteramos acá las convergencias con el caso de María: en un caso, la figura que personaliza el poder es el hijo, en otro, el tío, en ambos se reitera una presencia masculina.

Frente a estas continuidades en la división del trabajo político femenino y masculino asociada a diferentes alcances a lugares de poder, las prácticas llevadas adelante por Rosa nos lleva a interrogarnos acerca de un proceso de mayor alcance, aquél que da cuenta de las continuidades y rupturas respecto al peso que la identidad peronista tiene como articuladora en los espacios de sociabilidad de las clases populares, aunque ello de ninguna manera comporte una disminución de su presencia en el barrio. En el caso analizado, el peronismo sigue teniendo un reconocimiento central como el partido que provee de recursos a la red barrial y se sostiene como “modelo cultural y relacional” entendido como prácticas aprendidas que tienden a replicar sistemas de relaciones clientelares (Cerrutti y Grimson, 2004: 51).

A su vez, las acciones de Rosa como parte de esta red se envuelven en una moralidad que si develara sin mediaciones su inscripción política en la red peronista o fuese

reconocida como práctica asociada directamente a la búsqueda del beneficio y/o de acumulación de poder personal, podría ser imputada de inmoral, y con ello, perder su legitimidad. Sin embargo, Rosa necesita vincularse con el sistema político, y obtener un reconocimiento de aquél, ya sea para que la provea de recursos -sin los cuales las actividades en el barrio, y su lugar de poder obtenido a través de éstas, no serían posibles-, como así también para sortear el techo propio que tiene la acumulación de poder en el ámbito barrial, que para inscribirse en la competencia de la política partidaria, requiere que sea capaz de hacer jugar su reconocimiento en otros espacios.

La paradoja que se produce entonces es la siguiente: Rosa necesita de los actores de la política partidaria, pero debe marcar una diferenciación con ellos para obtener reconocimiento en la comunidad barrial. Así, delimita en su relato que “los que hacen los actos son ellos, pero la gente va por mí”, es decir, “ellos” hacen política, y ella se inscribe fuera de esa práctica. En otras palabras, la tensión no resuelta se produce en tanto el reconocimiento social construido en el barrio tiene el límite del alcance local. Si Rosa quiere inscribirse en la red política barrial, debe convertir el capital social que tiene en el barrio en capital político, delegado (en tanto que asignado) por la red partidaria, acción que conlleva el riesgo de perder la legitimidad adquirida en el barrio. Por ello, Rosa moldea estratégicamente el alcance del distanciamiento respecto a las autoridades y sostiene equilibrios fluctuantes: su acción se enmarca en un sentido comunitario compartido -el trabajo “por el barrio”- que a la vez le permite disputar por reconocimiento en la red política, aunque este deseo de reconocimiento es invisibilizado hacia el barrio. Reconocemos cómo la forma de desplazarse por límites lábiles o zonas grises resulta una estrategia efectiva a la hora de construir poder dentro de la organización. Ese lugar poco definido y de desplazamiento permanente es el que permite a Rosa inscribir una acción política en lo social, o de otro modo, puede traducir en un objetivo orientado al bien común y significado “*por los chicos*” aquellas acciones de disputa por el reconocimiento entre y con los demás actores barriales, así como las estrategias por la acumulación de recursos que le permitan competir por el ascenso dentro de una red mayor que excede a la copa y que se vincula con la política partidaria a través de redes clientelares. Vemos de qué manera Rosa logra invertir su lugar de relegación al espacio privado, haciendo del trabajo social la base de su reconocimiento y de inscripción en la política partidaria, y de esta manera logra recuperar un lugar visible en el espacio de organización barrial de un modo distinto al de Dora.

Esta práctica no sólo tiene un efecto para la vida particular de quienes entran en estos vínculos complejos en el marco de una red. Sino que esta forma de participación en los espacios de socialización barrial lleva a modelar una forma específica a las relaciones en dichos espacios en tanto las dinámicas de la política partidaria deben acoplarse a estos espacios de socialización que imprimen sus rutinas y ritmos. De esta manera, lejos de subordinarse a las dinámicas que impone la política partidaria y/o estatal, las mujeres utilizan de su conocimiento de la cotidianeidad local para establecer pautas de organización y jerarquías. Éste les permite legitimar su lugar en el barrio en tanto actualiza los sentidos de justicia compartidos hacia la comunidad de referencia, a la vez que pueden convertirlos en otro tipo de capital cuando disputan por su inserción en una red política más amplia.

3-4-Sentidos colectivos, proyecto y producción del orden social

A lo largo de la tesis, hemos realizado el esfuerzo por recuperar la legitimidad del conocimiento que los actores tienen de sus propias prácticas y a las clases populares con capacidad de significar al mundo y producir sentidos, a partir de los conglomerados de esquemas de interpretación que orientan su mirar el mundo y su actuar en él. En tanto la cultura es pensada como un proceso fluido de construcción de sentidos en permanente confrontación, negociación y transformación, realizada activamente por sujetos en desiguales relaciones de poder (definición de Wright, 1998, retomada por Grimberg, 2009: 86), encontraremos que se constituyen entonces sentidos dominantes y subalternos, que a su vez se encuentran en permanente circulación.

Partiendo de allí, entendemos que un enfoque situado en la cotidianeidad permite comprender dichas circulaciones de sentidos, reconociendo cómo en la experiencia se entrecruzan momentos de reproducción y cambio, en tanto convergen en ella – a través de la noción de “proyecto”- la triple temporalidad pasado-presente- futuro, que marca tanto las regularidades que van sedimentando en la estructura como también la apertura hacia la contingencia y de este modo “(...) se enriquece el concepto de experiencia histórica como el recorte de realidad en que se conjuga lo objetivo, sometido a regularidad, con la capacidad de construir lo objetivamente posible que no necesariamente lo está” (Zemelman, 1992: 35). El futuro se asocia así a la capacidad de intelección, de anticipación y a la intencionalidad que los actores ponen en sus

prácticas, y con ello, a la posibilidad de constituir una voluntad colectiva (Valencia, 2007: 191).

Recordemos que el proyecto colectivo en tanto que condensador de la temporalidad colectiva y producto intersubjetivo de las interacciones se constituye a partir de la reconstrucción de un pasado común –articulado como “memoria”- con una perspectiva de futuro o “utopía”, a la vez que requiere de un horizonte de sentido compartido en el largo plazo así como de una direccionalidad de la acción que permita su viabilidad. (Valencia, 2007: 79). El proyecto es entonces una instancia que implica el reconocimiento de opciones, la formulación de estrategias, el establecimiento de alianzas e iniciativas de los colectivos y su acción organizada (Valencia y Zemelman, 1990: 94). La utopía, como horizonte a alcanzar, nos interpela a incorporar en el análisis la voluntad de los sujetos en la disputa por la orientación de la acción. Con ello, nos permite pensar aquello que no está (ni podrá estar) cerrado a la intervención humana. Pero en la copa el futuro como horizonte de acción no es problematizado explícitamente. ¿Podemos hablar entonces de la existencia de un “proyecto” en los términos planteados? ¿Significa esto que nos alejamos de una potencial politicidad de la acción?

En Barrio Arroyo, los sentidos colectivos se construyen en torno a una construcción de un pasado común y de un horizonte futuro. Del pasado, se recupera la trayectoria de un esfuerzo compartido en los momentos más difíciles del barrio, donde todos los vecinos pusieron el cuerpo para sostener las actividades frente a la adversidad social, climática y política, así como por la necesidad de diferenciarse de una utilización indebida, personalista y corrupta (o “*utilización política*”, tal como la definen) que otras personas han hecho del comedor. Hacia el futuro, se construye un horizonte colectivo orientado a “*estar mejor*”, a “*trabajar para el barrio*” pero cuyo mayor exponente es el lema de trabajar “*por los chicos*”.

Ciertamente no cabe aquí la noción de proyecto en tanto que horizonte deseable y compartido a largo plazo, sino que la referencia al tiempo por venir tiene un alcance acotado, o de otra manera, la “utopía” es reemplazada por un “futuro corto”. Las estrategias, las decisiones, las voluntades confluyen en el día a día de la copa, pero se ven tensionadas por el deseo, en muchos casos explícito, de abandonar ese espacio de

organización, aunque, como hemos visto en las escenas presentadas, no se emprendan tareas orientadas a su efectiva realización. El futuro está representado entonces por algunas cuestiones específicas, que podemos ordenar de una menor a una mayor complejidad, en términos de su posibilidad de realización y sostenimiento en el tiempo: en principio, por el deseo de mantener el funcionamiento de lo ya existente, la copa, la disputa cotidiana por obtener recursos que permitan darle continuidad. Luego, por trascender la instancia de la copa a otra de mayor alcance, constituida por el comedor, que permitiría no solo alimentar una mayor cantidad de gente, sino una ampliación de la cantidad de personas que trabajarían en la organización, así como una ampliación de acceso a recursos alimentarios. Finalmente, la expectativa centrada en la obtención de una cooperativa, recurso estatal que permitiría no sólo incorporar más personas a la instancia laboral, sino obtener mayores ingresos a las personas que hoy cobran el plan.

Esta referencia al tiempo presente no implica sin embargo, mera pasividad. Aunque acordamos que la forma social copa puede ser entendida como una forma de gestionar la política social en el espacio barrial, y en este sentido una institución más administradora del orden ya existente, esto no quita que son las personas las que dan a ese conjunto de relaciones un sentido particular, asociado a sus intereses y disputas, a sus conflictos y a las dinámicas locales. En este aspecto, los grupos sociales pueden apropiarse de significados y disputarlos. Si las políticas llegan con un objetivo dado, hay una instancia de reelaboración por parte de los sujetos que permite la emergencia de diferentes cosmovisiones. En Barrio Arroyo la política de planes no sólo se colectiviza, sino que lo hace enmarcada por sentidos histórico-sociales específicos, en este caso, como “la forma social copa”. Y ésta admite un espacio de indeterminación, donde el conflicto aparece al menos como posibilidad en la cual los sentidos pueden ser producidos, reproducidos y/o apropiados. Si la producción refiere a procesos de quiebre con los sentidos históricamente dados, y la reproducción a un afianzamiento y consolidación de los sentidos hegemónicos, la apropiación refiere al momento en que los sujetos “asimilan” el objeto, no en tanto que se parecen a él, sino en la medida en que se introducen algo del propio mundo en el objeto (De Certeau, 1999 [1979]). El modo en que estos tres procesos se imbriquen habilitará márgenes más amplios o más estrechos para el cuestionamiento de los sentidos anclados del orden social existente.

Tal es el caso de la apropiación que hace Rosa de los sentidos legitimados en el barrio para construir reconocimiento hacia dentro de la copa, como hacia la red de autoridades locales. Aparece allí en un contexto de capitales limitados, una estrategia que le permite rejerarquizar relaciones de poder en el interior de la copa pero también en el barrio y en la red de relaciones de la política partidaria local. Como afirma Heller ([1977] 2002), la tendencia a repetir o no prácticas, no se determina por el espacio mismo de la cotidianidad, sino que aparece en la evaluación que hagan los actores de las estrategias posibles de acción, ya sea, en los mecanismos a través de los cuales los individuos toman decisiones, como en la expectativa que las personas pongan en su futuro a través de la significación particular que hagan de su trayectoria, en un proceso de decantación que tome parámetros que desde la realidad del presente “puede abrirse hacia otras trayectorias según diferentes parámetros; o bien repetir los mismos en función de una idea de presente atrapada en el pasado” (Zemelman, 1997: 24)

Ahora bien, más allá de las estrategias individuales, comprender los procesos de producción y reproducción de desigualdad requiere pensarlos como procesos estructurales a la vez que como experiencias subjetivas, y reconstruir cómo las personas actúan frente a los padecimientos, así como desentrañar los puentes que establecen entre aquella vivencia individual y la posibilidad de que ésta juegue a nivel colectivo. (Grimberg, 2009: 88). Entonces, desplazando el sentido individual que den a sus prácticas las personas que participan en la copa ¿de qué manera se puede vincular la presencia continuada en un espacio, la experiencia que se constituye en ese intercambio, la solidaridad vivenciada de modo compartido en el espacio-momento de la contraprestación y los sentidos colectivos allí construidos con la posibilidad de emergencia de una subjetividad colectiva? Para pensar una respuesta posible a este interrogante debemos separarnos de aquellas perspectivas que han construido una noción de Sujeto Cotidiano, como sujeto a quien el tiempo histórico le es impuesto y que no es capaz de incorporar su propia temporalidad al devenir histórico (León, 2002)⁶⁷.

⁶⁷ La crítica de León bien cabría al planteo de De Certeau (1999 [1979]), quien analiza la cultura popular caracterizada como una “combinatoria de operaciones” específica, también reconocida como “modos de hacer”, “modos de actuar” y “artes de utilizar” en la que los productores se caracterizan por su marginalidad con respecto al ámbito de producción de cultura. Si bien para el autor esa marginalidad no debe ser pensada como pasividad ni como un conjunto homogéneo de prácticas, reconoce a las tácticas como modos de hacer cotidianos que se caracterizan porque apelan al tiempo del “otro” y no se capitalizan, en tanto los dominados siguen sin controlar la variable de tiempo que les permitiría trascender

La posibilidad de emergencia de una voluntad colectiva, caracterizada por el movimiento, introduce en el análisis la potencialidad del proyecto, como acción con fines políticos que instala su horizonte en el futuro y que habilita la emergencia de un sujeto colectivo, y de esa manera cuestionan los modos en que se ha pensado la capacidad de acción de los sectores dominados, relegados al ámbito de la vida privada, a lo repetitivo y a la incapacidad de generar acontecimientos, como momentos instituyentes de lo político (Badiou, 1999; Ema López, 2007). En este plano, consideramos que es necesario comprender las tramas de subjetividad que emergen en Barrio Arroyo, no en tanto que actores radicalmente transformadores del orden social (en el sentido de que esas prácticas sean capaces de mostrar la contingencia del orden actualmente existente), sino de redes de relaciones que ofrecen un soporte a posibles acciones “viables”.⁶⁸

Si tenemos en cuenta que, cuando emerge un acontecimiento, las personas activan latencias en el marco de esas redes históricas en las que han constituido su experiencia, reconstruir las experiencias de organización, comprender sus modos de acción nos permite recuperar la politicidad de esos espacios y de los sectores subalternos en la potencialidad que sus tramas organizativas poseen, y que han tendido a ser sino negadas, o al menos invisibilizadas por no repetir un modelo deseable de lucha antihegemónica caracterizado por la confrontación abierta⁶⁹. Se abre la puerta así a que lo nuevo pueda emerger en espacios que no han cristalizado como sujetos políticos.

De esta manera, las interacciones estudiadas dan cuenta de formas particulares de politicidad, de subjetividades subalternas que constituyen redes potenciales para la emergencia de otras subjetividades en coyunturas específicas. En un complejo proceso de construcción de hegemonía, contradictorio y fragmentario (Grimberg, 2009: 90), las prácticas de los grupos subalternos oscilan desde demandas y disputas que impugnan

la táctica y constituirla en estrategia. En su propuesta de repolitización de las acciones de los sectores dominados, queda atrapado sin embargo en la definición dominante de la espacio-temporalidad.

⁶⁸ Como afirma De la Garza desde una epistemología preocupada por aprehender las transformaciones de la realidad social, “el problema no es definir lo que la sociedad será en tiempo futuro sino definir en la coyuntura del tiempo presente el espacio de posibilidades para la acción viable” (De la Garza, 2001a: 3).

⁶⁹ Grimberg hace jugar en este sentido la categoría de “transcripción oculta” de Scott, a fin de pensar las formas de acción que sin configurar consensos ideológicos a las condiciones de dominación, confrontan en niveles menos perceptibles cuando los sectores subalternos reconocen en sus prácticas los mecanismos y agentes de dominación (2009:89-90)

aspectos del orden social, hasta negociaciones o formas de adherir a otros aspectos del mismo, con mayor o menor margen de acción. Y estas contradicciones se deben a que ni las maneras de percibir la realidad ni la sociedad en sí son sistémicas (De la Garza, 2001a: 3). Así, en Barrio Arroyo podemos pensar en modos de organización que más allá de que no realizan una acción directa sobre el sistema político, o que no pueden delimitarse tal que sujetos sociales, constituyen formas de subjetividad que crean al Estado en sus diferentes niveles, constituyen vínculos con él, y le adjudican una serie de responsabilidades. En esos intersticios se (re)significan las relaciones de autoridad, legitimidad y orden, con la particularidad que se presentó a lo largo de la tesis: que la dimensión política de estas prácticas es negada a través de la justificación colectiva de que se realizan “*por los chicos*”.

Reflexiones finales-

“El *frente* es el ahora en el que se gesta lo aún no nacido, ese breve espacio en el que el pasado ha caducado y el futuro busca irrumpir. La encrucijada donde se decide, o se impide, la llegada de lo que está en ciernes, el punto en el que presionan las tendencias y las latencias de la realidad” Tomado de Ernst Bloch, *El principio de la esperanza*, en Valencia (2007: 139).

Esta tesis se inició con una preocupación epistemológica y una apuesta política central: comprender las experiencias de organización de las clases populares que han quedado soslayadas a la hora de hablar de “política”, ya que ésta se acota a otros espacios y a otras formas. A lo largo del trabajo, y a través de nuestro recorrido en la experiencia de la copa de leche, desentrañamos cómo se entrecruzan los diferentes ritmos de la subjetividad popular en el entramado de relaciones en la que se constituye. Reconstruimos las temporalidades de largo plazo que la atraviesan, así como los diferentes momentos y ritmos que alteran, modifican, se apropian de aquellas, inscribiéndolas en una experiencia particular. Estas reflexiones finales sistematizan de modo breve los hallazgos presentados a lo largo del análisis de caso.

La constitución de la experiencia

Un elemento general que cabe rescatar es la manera en que la cotidianeidad como perspectiva de análisis nos permitió reconstruir formas estructurales de distribución de poder que caracterizan a la experiencia de organización que estudiamos, pero que exceden los vínculos específicos descriptos en este trabajo. Con el estudio ya realizado, afirmamos que lejos de ser un elemento autónomo, la cotidianeidad se vuelve una potencial ventana de entrada a un conjunto de procesos de más amplio alcance. Si pensamos el orden social como el entrecruzamiento de tiempo y espacio en diferentes escalas, veremos como se constituyen las formas específicas que adoptan en la experiencia analizada.

1-Espacialidad o el horizonte de sentido barrial

Los vínculos que se establecen en la copa, dan cuenta de cómo se estructuran las relaciones sociales de las clases populares en la dimensión de la espacialidad, y cómo el orden social se construye y se disputa a escala local. Si bien respecto al Estado nacional todas las mujeres comparten un lugar homogéneo de subordinación, en el juego de la política local es donde pueden construir sus diferencias. Hemos desarrollado cómo las

tramas de poder locales permiten a las mujeres que circulan por la copa, ocupar un lugar específico, de acuerdo a las relaciones que establecen tanto hacia el barrio, como con uno de los representantes local del poder estatal: el delegado. Ahora bien, esta posibilidad de diferenciación tiene un techo bajo, que pone límites a la posibilidad de convertir el capital social acumulado a otros espacios. En este sentido, la experiencia de organización de la copa muestra que en la política predominan solidaridades intraclase en tanto los vínculos se circunscriben al ámbito local. Cuando ocurren encuentros con actores extra-barriales, estos se dan dentro del propio barrio. Es el caso del vínculo con el PJ a través del delegado municipal, que no se lleva adelante ni en la delegación ni en los espacios de las unidades básicas, sino en el mismo espacio de la copa.

Este modo particular de “territorialización” de la política va de la mano de la focalización de las políticas sociales: no sólo en cuanto a la delimitación de los grupos de beneficiarios, sino que el Estado adquirió visibilidad a escala barrial a través de la asistencia directa que ofreció en las instituciones de tipo comunitaria como comedores y copas de leche. Así, la transformación en su forma de presencia en otras áreas de alcance estatal nacional (salud, educación, trabajo) se “compensó” con la rearticulación en los espacios locales, constituyendo formas locales de estatalidad, que se materializan en la escuela, la plaza, los comedores, las copas.

Asimismo, la espacialidad adquiere notas particulares en Barrio Arroyo, como forma de acentuación de la segregación social. La distribución geográfica de las instituciones estatales acentúa la vulnerabilidad de las familias más pobres: no sólo se encuentran en peores condiciones respecto a las inclemencias climáticas por su cercanía al arroyo, sino que son aquellas que deben recorrer una distancia más larga para llegar a la copa, de manera tal que las formas de marginalidad se profundizan y reproducen en los espacios sociales más acotados. Otro “efecto de lugar” lo produce la contigüidad de la copa a la institución escolar habilita una dinámica particular a la circulación de los niños en la copa: los chicos se ven atravesados por la temporalidad escolar y en torno a ella organizan el modo de tránsito por la copa, que, a su vez, debe adquirir un modo de funcionamiento que se intercale y no se superponga con aquella. Los horarios pautados para servir la leche, el tipo de merienda que se hace y la cantidad de niños que asisten cada día fluctúa en relación directa a las actividades que la escuela pautó para los niños ese día.

Finalmente, la espacialidad ordena también las relaciones de vecinazgo. Las mujeres coinciden en general, -exceptuando a Rosa que, como ya dijimos, construyó su lugar en la copa pese a vivir en otro barrio cercano a Barrio Arroyo- en ser vecinas del barrio y en participar en esta copa porque “*les queda cerca*”, con las particularidades que caracteriza a esta cercanía física. En este sentido, la pertenencia al barrio construye una identidad que se puede esgrimir como derecho a la hora de disputar recursos dentro de la copa, a la vez que da cuenta de una trama de relaciones y obligaciones mutuas, ya que el principio de co-territorialidad (en el que se imbrican afectividades, lealtades, conocimientos mutuos y de largo plazo) es una de las bases del conjunto de relaciones y obligaciones que se establecen. El acortamiento de la distancia física y social lleva a asumir compromisos que atan, que obligan respecto a otros con quienes comparten el mismo espacio de circulación barrial.

En síntesis: de diferentes modos, las características mencionadas muestran la relevancia del enmarcado territorial de las relaciones sociales, que ofrece otra herramienta analítica para comprender las formas en que se encuentra disperso el poder en la trama de relaciones analizada.

2- La presencia estatal o la temporalidad de largo plazo

Si consideramos al Estado de un modo procesual, podemos pensar la “forma social copa” como el equilibrio transitorio a través del cual se construye la presencia estatal en la escala local a la vez que se resuelve cotidianamente la convergencia de intereses del barrio. La copa condensa una diversidad de relaciones: política partidaria, vínculos afectivos, de parentesco y de vecinazgo, cuestiones de género, de territorialidad, escolares, barriales –entre otras- de un modo particular: en la negociación cotidiana, cada uno de sus participantes construye instancias de articulación estatal, así como una representación de aquéllas y reconoce, atribuye y legitima responsabilidades políticas a los diferentes actores en disputa.

En tanto los planes se gestionan en espacios de sociabilidad que tienen su historicidad, sus disputas y trayectorias, la política social no sigue sólo la temporalidad unívoca que marcan sus requisitos y reglamentaciones, sus agentes, sus determinaciones y objetivos, sino que se sumerge en otros ritmos y es tramitada desde ese conjunto de significaciones que la exceden. En las diferentes escenas delineadas se pone de

manifiesto que las dinámicas organizacionales que se establecen en los espacios de contraprestación laboral imbrican tramas sociales donde juegan temporalidades múltiples. A la temporalidad que instaura el orden social a la sociedad (Retamozo, 2009: 19), se cruzan los ritmos de la política estatal nacional, la presencia de la delegación, el ritmo escolar (en la medida que es una institución con la cual los chicos se “comparten”), el periodo electoral, las variaciones meteorológicas, la temporalidad barrial con los vínculos que emergen de esta cercanía (afecto, desconfianza, reconocimiento, amistad,) la temporalidad biográfica y de la intimidad de las personas que circulan por allí, así como la posibilidad de constituir un horizonte común que, sostenido en el pasado común, articule instancias desde una posibilidad comunitaria. Así, los diferentes intereses de los actores involucrados conservan temporalidades propias que a la vez negocian -con mayor o menor poder- en la instancia de imbricación en la escala local. De esta manera, se conjugan los tiempos de larga y corta duración, así como los tiempos estructurales y las temporalidades subjetivas de quienes interactúan.

Retomamos entonces los interrogantes que dieron inicio a esta tesis: ¿Cómo se caracteriza la politicidad subalterna en contextos de dominación hegemónica basadas en la integración marginada de amplios sectores sociales a través de políticas estatales? ¿Cuáles son los tiempos que organizan las experiencias de las subalternidades? ¿Cuál es la temporalidad específica de la subalternidad en el orden social? Aún cuando el Estado legitima en su accionar un espacio de acción que no existía antes –en este caso, el de la contraprestación laboral- esto no implica que imponga mecánicamente la lógica de funcionamiento (Sigaud, 2005). En este sentido, nos interesa enfatizar en los elementos que adquieren su propia lógica y que adoptan sentidos más allá de la presencia estatal. Si la estatalidad se constituye en la temporalidad de largo plazo que marca las dinámicas de organización, ésta se ve atravesada por ritmos de corto plazo, que irrumpen e incorporan lógicas que orientan, disputan y se apropian de esos sentidos. Así, todas estas lógicas son constitutivas de la experiencia, pero en algunos momentos alguna predomina y sobredetermina a las otras.

Los ritmos cotidianos: sociabilidad, vecinazgo, parentesco

Mirar el espacio-momento de la contraprestación permitió marcar una temporalidad: la de la cotidianidad. Y toma cuerpo allí la noción de rutina, de prácticas que se repiten. El momento de encuentro se produce en el mismo horario acordado, día tras día. Día

tras día también debe prepararse la panificación que se ofrecerá a los niños: la imposibilidad de acumular recursos, la imprevisibilidad y la incertidumbre de las relaciones con la delegación impide realizar una previsión o una reestructuración de lo que se cocina. La planilla llega diariamente de la mano de la sobrina del delegado, para ser firmada. Las tareas se distribuyen siempre de la misma manera: Marta hace el te, Verónica corta el pan, y sirve, Rosa colabora con las bandejas y lava las tazas cuando todo ha terminado. Juana será la encargada de limpieza cuando los niños se hayan retirado. Esa rutina está marcada a su vez por la temporalidad de la afectividad, vinculada directamente con la de la intimidad. Historias de vida que marcan las decisiones tomadas en el presente, desilusiones, expectativas, deseos y conflictos con sus compañeras de trabajo, así como en sus hogares, son todos momentos que integran la vida de estas mujeres en el transcurrir de su existencia como beneficiarias de planes. Y es que el espacio de contraprestación no es sólo laboral, sino que se juega allí su afectividad: las charlas, los momentos de encuentro son también espacios de contención y confianza. Esa afectividad es uno de los sustratos que entreteje el arraigo a esa institucionalidad implícita de lo reiterado. Y aquello que se repite y que adquiere habitualidad es el conjunto de prácticas que permiten, mediante la reproducción, la estabilización de las relaciones hegemónicas.

En esa reiteración, aparece el carácter articulador de relaciones sociales de estas experiencias. El conjunto de interacciones que presentamos deja ver que en la experiencia de organización se construyen lógicas que son propias de un vínculo comunitario y que exceden a la significación que cada persona da a su participación individual en la copa. Es el caso de aquellas mujeres como Elsa, quien aunque no debe contraprestar, sigue yendo a la copa a “colaborar”. En estos espacios, se colectivizan aquellos sentidos que desde el Estado parten individualizados: si la política social reglamenta desde la “individualidad” del beneficiario, la trama de relaciones hace aparecer y prevalecer el momento social de aquella. En un contexto de individuación, estas experiencias se constituyen en formas de rearticulación de lazos sociales que permite la producción y el sostenimiento de experiencias compartidas y con ello, la constitución de tramas de subjetividad que potencialmente pueden transfigurarse como subjetividades colectivas.

Los ritmos de la política

El modo de construir sentidos colectivos consiste en transformar las prácticas impersonales y burocratizadas en modos de dar personalizados, que a su vez se inscriben en una red de relaciones más allá de la copa. Ésta se vuelve un punto de encuentro de tramas sociales que la exceden y que se configuran vinculadas a las prácticas de la red política local. A través de la personificación de los modos de dar, las mujeres logran revalorizar su saber acerca de las relaciones locales, y sortean los canales burocráticos estatales para resolver las disputas en el marco de los sentidos de justicia compartidos en el entramado de relaciones del que forman parte. De esta manera, las mujeres realizan dos movimientos simultáneos: inscriben la estatalidad en las redes de sociabilidad barrial y al hacerlo, reenvían el sentido de lo doméstico al espacio público. Rosa representa así una forma de mediación personalizada de la política en el barrio, que asume una particularidad: la personalización está marcada por una temporalidad femenina.

A su vez, las tramas de sociabilidad se ven atravesadas por las disputas político-partidarias que irrumpen en la rutina de las interacciones. En el recorrido por la copa, observamos que el cambio del delegado implicó directamente el relevo de la encargada. En este sentido existe una permeabilidad profunda a las decisiones de la política local. Asimismo se hace presente el ritmo propio de los momentos electorales, en los que el barrio se ve atravesado por las disputas que se despliegan en ámbitos de alcance municipal, provincial o nacional. Este momento es vivido como un punto de suspensión de la vida habitual, en tanto incorpora en el horizonte inmediato la posibilidad de la satisfacción de expectativas concretas. El plan, la cooperativa, son recursos que se vinculan directamente como posibilidad a la coyuntura electoral, que puede acelerar los tiempos de espera que caracterizan a la trama de sociabilidad inmersa en incertidumbre. De esta manera la política partidaria, -sea a través del momento extraordinario de las elecciones, como de forma habitual mediante la figura del delegado-, marca también la dinámica política de las relaciones locales.

Por último, mencionamos el ritmo de la niñez, como elemento que constituye la justificación colectiva que permite articular perspectivas del pasado, del presente y del futuro en la experiencia local. Observamos que las dinámicas de la interacción en la copa reconfiguran los modos de participación, que ya no quedan ligados sólo a los

motivos individuales (lealtad, confianza, el plan). “*Todo por los chicos*” expresa una justificación moral compartida acerca de la acción que llevan adelante en la organización que, más allá de su polisemia, remite al “trabajo para barrio” y es valorizado de modo positivo en oposición a la acumulación de poder individual que implica el “trabajo político”. Esta justificación permite anclar rutinas sostenidas por los valores de una moral colectiva, que hace referencia a una temporalidad del orden del deseo, que es diversa y polifacética. En algunos de los casos, el deseo se relaciona con la propia experiencia de vida y la añoranza de que otros no tengan que sufrir las mismas necesidades que atravesaron en su infancia estas mujeres, en otros se relaciona con la búsqueda de reconocimiento en la jerarquía barrial, asimismo por momentos este puede reconocerse en la necesidad de compartir un espacio de confianza o de trabajo.

Se instala así una disposición para la acción, aunque no podemos hablar de una voluntad colectiva. Si la justificación “*Todo por los chicos*” permite aglutinar acciones en común, pero el modo en que se construye esta justificación presenta un obstáculo para la constitución de un proyecto político. El “estar juntos” sufre un carácter de radical despolitización, es decir, aquello mismo que permite construir la actividad común, niega su potencial politicidad. Recordemos que esta negación no proviene de un imperativo categórico “anti-política”. Por el contrario, es la propia trayectoria, la experiencia vivida, la que recuerda los efectos negativos de la presencia de la política partidaria, que se ha traducido en la fragmentación de intereses dentro de la copa. En el mismo sentido, la disputa frente a las prácticas corruptas conlleva el rechazo de una “utilización política” de la copa, vinculada al acaparamiento de beneficios personales por parte de algunas personas. Es a partir del recuerdo y actualización de esta experiencia que la organización colectiva requiere, en el imaginario de muchas de estas mujeres, dejar de lado la “política”.

Para terminar

Sabemos que generalizar a partir de un caso nociones acerca de la política popular sería un despropósito. Lejos de ello, la pretensión de este trabajo es contribuir al estudio de los grupos subalternos, para conocer a qué formas de organización apelan para disputar con mayor o menos fuerza, con contradicciones pero también con logros, en espacios intersticiales algunos sentidos hegemónicos. El caso que estudiamos habla de una experiencia de organización alrededor de un espacio de contraprestación laboral, pero a

la vez permite indagar de qué otros espacios y experiencias de las clases populares imprimieron sus ritmos en el proceso más general de consolidación de un Estado hegemónico neoliberal, y cómo siguen haciéndolo en la actualidad. Estas experiencias, en tanto configuran al Estado y resignifican relaciones de poder, pueden constituirse en intersticios de disputa, oposición y/o reproducción del orden social en sus diferentes niveles. Así podremos comenzar a pensar de qué forma se constituyen subjetividades que, si bien “sujetas”, se transforman, se potencian, se rearticulan trayendo elementos que provienen de su experiencia histórica, pero actualizándolos en el marco de sus disputas presentes.

Sostenemos que abrir el interrogante acerca de cómo se entraman estas experiencias de organización desde una mirada que incorpora una variedad de elementos que presentan, si no total indeterminación, al menos un carácter de incertidumbre como siempre abierta posibilidad, constituye un esfuerzo por pensar las prácticas que llevan adelante evitando un ejercicio de mera teorización sobre aquéllas⁷⁰. Reivindicamos con ello una perspectiva en la cual lo determinado carece de privilegio frente a lo posible.

⁷⁰ Referimos a la distinción entre pensar epistémico y pensar teórico que realiza Zemelman (2005).

BIBLIOGRAFÍA

- Abèles, M. (2005) “L’obsession de l’État”; en Abeles, M. *Anthropologie de l’État*. Paris : Petite Bibliothèque Payot.
- Acuña, Carlos, Elizabeth Jelin y Gabriel Kessler (2006) “Introducción. Pensando las relaciones sociales locales” en *Políticas sociales y acción local. 10 estudios de caso*, Bs. As., IDES
- Auyero, Javier (comp.) (1997). *¿Favores por votos? Estudios sobre clientelismo político contemporáneo*. Primera edición, Bs. As., Losada.
- _____ (2001) *La política de los pobres*. Bs. As., Manantial.
- _____ (2002). *La protesta. Retratos de la beligerancia popular en la Argentina democrática*. Buenos Aires, Libros del Rojas.
- _____ y Débora Swistun (2008). *Inflamable. Estudios sobre el sufrimiento ambiental*. Buenos Aires, Paidós.
- Ameigeiras, Aldo (2002). “El pensar popular: Entre la memoria popular y el imaginario colectivo en la cotidianeidad del ámbito barrial” en Forni Floreal (comp.) *De la exclusión a la organización. Hacia la integración de los pobres en los nuevos barrios del conurbano bonaerense*. Buenos Aires, CICCUS. pp. 89-118.
- Anderson, Perry ([1980], 1985). *Teoría, política e historia. Un debate con E. P. Thompson*, Madrid, Siglo XXI.
- Andrenacci, Luciano, Lidia Ikei, Elina Mecle y Alejandro Corvalán (2006). “La Argentina de pie y en paz: acerca del Plan Jefes y Jefas de Hogar Desocupados y del modelo de política social de la Argentina contemporánea” en Andrenacci (comp.) *Problemas de política social en la Argentina contemporánea*. Los Polvorines, Prometeo. Pp. 181-212.
- _____ y Daniela Soldano (2006). “Aproximación a las teorías de la política social a partir del caso argentino” en en Andrenacci (comp.) *Problemas de política social en la Argentina contemporánea*. Los Polvorines, Prometeo. Pp. 17-80.
- Badiou, Alain (1999). *El ser y el acontecimiento*. Buenos Aires, Manantial.
- Barattini, Mariana (2003). “Los programas de emergencia ocupacional y las organizaciones de desocupados: una relación conflictiva”, 6to Congreso Nacional de Ciencia Política de la SAAP, 5 al 8 de noviembre.
- Barbetta, Pablo y Karina Bidaseca (2004) “Reflexiones sobre el 19 y 20 de diciembre de 2001. “Piquete y cacerola, la lucha es una sola” ¿emergencia discursiva o nueva subjetividad?” *Revista Argentina de sociología*, año 2, núm 2.

- Beccaria Luis y Roxana Maurizio (2005) “El fin de la Convertibilidad, Desigualdad y Pobreza”, en Beccaria, L. y Maurizio, R. (comp.), *Mercado de Trabajo y Equidad en Argentina*. Bs. As., PROMETEO/UNGS.
- Beck, Ulrich (1998). *La sociedad del riesgo*. Buenos Aires. Ed. Paidós.
- Berreman, Gerald (1962). “Detrás de muchas máscaras: Etnografía y manejo de las impresiones en un pueblo del Himalaya” en *Monograph*, nº4., Society for Applied Anthropology.
- Bidaseca Karina (2004). "Vivir bajo dos pieles": En torno a la resignificación de las políticas sociales y las complejidades del vínculo con el estado. El Movimiento de Trabajadores de Solano". Informe final, CLASPO-IDES.
- Burkart, Mara, Lorena Cobe, Bruno Fornillo, Patricia Zipcioglu (2009) “Las estrategias de las organizaciones de desocupados a partir de la crisis de 2001” en Pereyra, Sebastián, Pérez, Germán y Schuster Federico (eds.). *La huella piquetera. Avatares de las organizaciones de desocupados después de 2001*. Buenos Aires, Ediciones Al Margen. Pp. 35-64.
- Calvi Gabriel y Carla Zibechi (2006). “¿El epitafio del plan jefes de hogar o una nueva orientación de la política social? Evaluando algunos de los escenarios sociolaborales posibles ante la consolidación del plan familia”, *Laboratorio/n line-* Revista de Estudios Sobre Cambio Social. Año VII, nº 19, otoño / Invierno 2006.
- Carpio, Jorge e Irene Novakovsky (1999). “La cuestión social de los años noventa en Argentina: Una nueva institucionalidad para las políticas sociales públicas” en Carpio y Novakovsky (comp) *De Igual a Igual. El desafío del Estado ante los nuevos problemas sociales*, Bs As, FCE-SIEMPRO-FLACSO.
- Castel Robert (1997). *La metamorfosis de la cuestión social: Una crónica del salariado*, Bs. As., Paidós.
- Castoriadis, Cornelius (1986). “El campo de lo social histórico”, *Estudios filosofía-historia-letras*. Primavera. Disponible en http://biblioteca.itam.mx/estudios/estudio/estudio04/sec_3.html
- Cerrutti Gabriela y Grimson Alejandro (2004), *Buenos Aires: neoliberalismo y después. Cambios socio-económicos y respuestas populares*, Cuadernos del IDES nº 5, Instituto de Desarrollo Económico y Social, Buenos Aires, Argentina.

- Coraggio, José Luis (2004). “Una alternativa socioeconómica necesaria: la economía social”. En Danani (comp.) *Política social y Economía Social. Debates fundamentales*, Buenos Aires, UNGS-OSDE-Altamira.
- Cortazzo, Inés y Patricia Schettini (2003) “Un estudio sobre el diseño de políticas sociales: el caso jefas y jefes de Hogar” ponencia presentada en el VI Congreso Nacional de Ciencia Política de la Sociedad Argentina de Análisis Político, 5 al 8 de noviembre. Disponible en <http://www.saap.org.ar/esp/docs-congresos/congresos-saap/VI/areas/04/cortazzo-schettini.pdf>
- Cortés, Rosalía y Adriana Marshall (1999) “Estrategia económica, instituciones y negociación política en la reforma social de los noventa” en *Desarrollo Económico*, vol 39, n° 154- julio-septiembre. Pp- 195-212.
- _____, Groisman Fernando y Augusto Hosowski (2004). “Transiciones ocupacionales: El caso del Plan Jefes y Jefas” en *Realidad Económica* n° 202. Pp. 1-17.
- Cravino, M.C., Fournier, M., Neufeld, M.R. y Soldano, D. (2002) “Sociabilidad y micropolítica en un barrio bajo planes”. En Andrenacci, Luciano (comp); 2002. *Cuestión social y política social en el Gran Buenos Aires*, Buenos Aires, Editorial Al Margen-UNGS.
- _____ y María Rosa Neufeld (2001) “Los saqueos y las ollas populares de 1989 en el Gran Buenos Aires. Pasado y presente de una experiencia formativa” en *Revista de Antropología*, Sao Paulo, USP, v. 44, n° 2.
- D’Amico, María Victoria (2006). *Nuevos planes, viejas políticas. Análisis de los factores políticos y técnicos de la implementación del Seguro de Capacitación y Empleo y el Plan Familias*. Mimeo, tesis de licenciatura.
- _____(2007). “La dualidad de los planes de empleo como política social: ¿modos de integración social o limitaciones para la organización popular? Una pregunta vigente”, ponencia presentada en las VII Jornadas de Sociología de la UBA, noviembre.
- _____(2010) “Debates y derivas en investigaciones sobre “los piqueteros”. Una bitácora de lectura.” *Sociohistórica- Cuadernos del CISH*, n° 25, 1er semestre 2009. Pp. 155-182.
- De Certeau, Michel, (1999 [1979]) *La invención de lo cotidiano*. México, Universidad Iberoamericana.
- De la Garza, Enrique. (2001a) “La epistemología crítica y el concepto de configuración: alternativas a la estructura y función estándar de la Teoría” en *Revista*

- Mexicana de Sociología* 1/2001. Pp. 109-127
<http://docencia.izt.uam.mx/egt/publicaciones/articulos/configuraciones.pdf>
- De la Garza, Enrique. (2001b) “Subjetividad, Cultura y Estructura” en *Revista Iztapalapa*, Núm. 50. México. Pp. 83-104
<http://docencia.izt.uam.mx/egt/publicaciones/articulos/subjetividad.pdf>
- Delamata, Gabriela (2004). *Los barrios desbordados. Las organizaciones de desocupados del Gran Buenos Aires*. Buenos Aires, Eudeba-Libros del Rojas n° 8.
- _____ y Melchor Armesto (2005). “Construyendo pluralismo territorial. Las organizaciones de desocupados del Gran Buenos Aires en la perspectiva de sus bases sociales” en Delamata (comp.) *Ciudadanía y Territorio. Las relaciones políticas de las nuevas identidades sociales*, Bs. As., Espacio.
- Elias, Norbert (1989). *Sobre el tiempo*. Madrid, Fondo de Cultura Económica.
- _____ (1998) “Apuntes sobre el concepto de lo cotidiano” en *La civilización de los padres y otros ensayos*. Santa Fe de Bogotá, Grupo Editorial Norma. Pp. 331-347.
- Ema López, José Enrique (2007). “Lo político, la política y el acontecimiento” en Foro Interno, 7 pp. 51-76. disponible en <http://revistas.ucm.es/cps/15784576/articulos/FOIN0707110051A.PDF>
- Esping Andersen (2001). *Fundamentos sociales de las economías postindustriales*, Ariel.
- Esquivel, Valeria, Eleonor Faur y Elizabeth Jelin (2009). “Hacia la conceptualización del cuidado”. Documento conceptual del proyecto La “economía política y social del cuidado”: Un enfoque intersectorial para promover la igualdad de género, y los derechos humanos de mujeres, niños, niñas y adolescentes. Buenos Aires, IDES-UNICEF-UNFPA. Versión preliminar.
- Ferraudi Curto, María Cecilia (2006a). “*Mientras tanto*”: *Política y modo de vida en una organización piquetera*”, Tesis de Maestría, IDAES/IDES, Bs. As.
- _____ (2006b) “Lucha y papeles en una organización piquetera del sur de Buenos Aires” en Míguez, Daniel y Pablo Semán (eds.) *Entre santos, cumbias y piquetes. Las culturas populares en la Argentina reciente*. Bs. As., Biblos.
- _____ (2009a). “Trabajo barrial, reconocimiento y desigualdad en Lomas de Zamora, 1990-2005” en Grimson, Ferraudi Curto y Segura (comps.) *La vida política en los barrios populares de Buenos Aires*, Bs. As., Prometeo.

- _____ (2009b) “Entre vecinos y piqueteros”. La apuesta del MTR en la multisectorial de Alvarado frente a los dilemas de la organización” en Pereyra, Sebastián, Pérez, Germán y Schuster Federico (eds.). *La huella piquetera. Avatares de las organizaciones de desocupados después de 2001*. Buenos Aires, Ediciones Al Margen. Pp. 251-276.
- Fonseca, Claudia (2005). “La clase social y su recusación etnográfica”, *Etnografías contemporáneas*, N°1, pp. 117-137.
- Fornillo, Bruno (2009) “Acerca de la CCC frente al gobierno de Néstor Kirchner. Del diálogo a la oposición (2003-2007)” en Pereyra, Sebastián, Pérez, Germán y Schuster Federico (eds.). *La huella piquetera. Avatares de las organizaciones de desocupados después de 2001*. Buenos Aires, Ediciones Al Margen. Pp. 183-204.
- Fraser, Nancy y Linda Gordon (1997). “Una genealogía de la ‘dependencia’. Rastreado una palabra clave del Estado benefactor en los Estados Unidos”. En Nancy Fraser, *Iustitia Interrupta. Reflexiones críticas desde la posición “postcolonialista”*. Bogotá: Universidad de Los Andes / Siglo del Hombre Editores.
- Frederic, Sabina (2004). *Buenos vecinos, malos políticos. Moralidad y política en el Gran Buenos Aires*. Buenos Aires, Prometeo.
- _____ (2009). “Trabajo barrial, reconocimiento y desigualdad en Lomas de Zamora, 1990-2005” en Grimson, Ferraudi Curto y Segura (comps.) *La vida política en los barrios populares de Buenos Aires*, Buenos Aires, Prometeo. Pp. 249-263.
- _____ y Germán Soprano (2005). “Introducción”. En: S. Frederic y G. Soprano (comps.). *Cultura y política en etnografías sobre la Argentina*. Editorial de la Universidad de Quilmes. Bernal. Pp.11-66.
- _____ y Laura Masson (2007). “‘Hacer política en la Provincia de Buenos Aires’: representación y profesión política en los ’90”; *Anuario de Antropología Social CAS/IDES*.
- García, Analía (2009). “Expectativas y experiencia en la desocupación. El dilema de la “recuperación de la dignidad” en las organizaciones de piqueteros y cartoneros en Pereyra, Sebastián, Pérez, Germán y Schuster Federico (eds.). *La huella piquetera. Avatares de las organizaciones de desocupados después de 2001*. Buenos Aires, Ediciones Al Margen. Pp. 311-334.
- Garriga, José (2005). “*Haciendo amigos a las piñas*”. *Violencia y redes sociales de una hinchada del fútbol*. Tesis de Maestría, Maestría en Antropología Social, IDAES/IDES, Buenos Aires.

- Golbert, Laura (2004). “¿Derecho a la inclusión o paz social? Plan Jefes y jefas de Hogar Desocupados, cuadernos sobre políticas sociales n° 84, serie CEPAL-Naciones Unidas, Santiago de Chile. Disponible en http://www.eclac.org/publicaciones/xml/4/14574/LCL2092_P.pdf
- Guimenez, Sandra y Carla Zibechi (2005) "El sentido del trabajo y la subjetividad de los "beneficiarios". Desafíos para futuras orientaciones en materia de políticas sociales". *7° Congreso Nacional de Estudios del Trabajo: Nuevos escenarios en el mundo del trabajo: ruptura y continuidades*, ASET. Bs. As.
- Gómez, Marcelo (2006). “Crisis y recomposición de la respuesta estatal a la acción colectiva desafiante en la Argentina 1989-2004”, *Revista Argentina de Sociología*, mayo-junio, vol 4., número 6.
- _____ (2007). “Organización y acción colectiva” en Villanueva Ernesto y Astor Massetti (comps.) *Movimientos sociales y acción colectiva en la Argentina de hoy*, Bs. As., Prometeo.
- Grignon C. y Passeron, J.C, (1989) *Lo culto y lo popular: miserabilismo y populismo en la sociología y en la literatura*. Bs. As., Nueva Visión.
- Grimberg, Mabel (2009). “Poder, políticas y vida cotidiana. Un estudio antropológico sobre protesta y resistencia. Estudio antropológico sobre protesta y resistencia social en el área metropolitana de Buenos Aires” en *Revista de Sociología e Política*, V. 17, N° 32: pp.83-94, febrero. Disponible en <http://www.scielo.br/pdf/rsocp/v17n32/v17n32a06.pdf>
- Grimson, Alejandro (2003a). “La Vida Organizacional en Zonas Populares de Buenos Aires -Informe Etnográfico” Instituto para el Desarrollo Económico y Social Working Paper Series 02, Montevideo, enero.
- _____ (2003b). “La Vida Organizacional en Zonas Populares de Buenos Aires -Informe Etnográfico” Instituto para el Desarrollo Económico y Social Working Paper Series 02, Montevideo, agosto.
- _____ (2005) “Las organizaciones de desocupados en Buenos Aires y los límites de la imaginación política” Trabajo presentado en el Congreso Latinoamericano de Antropología, Rosario, julio.
- Guber, Rosana (2008 [1991]). *El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*. Buenos Aires, Paidós.
- Heller, Ágnes (2002 [1977]). *Sociología de la vida cotidiana*. Barcelona, Península.

- Lenguita, Paula (2001) “Los desafíos teóricos de la identidad piquetera”, disponible en <http://www.ceil-piette.setcip.gov.ar/docpub/ponencias/lenguitapiq.html>
- _____ (2002). “El poder del desempleo. Reflexiones críticas sobre la relevancia política del movimiento piquetero”, en Battistini (coord.) *La atmósfera incandescente. Escritos sobre la argentina movilizada*, Asociación Trabajo y Sociedad, Buenos Aires.
- León Vega, Emma (1997). “El magma constitutivo de la historicidad” en León, Emma y Hugo Zemelman (coords.) *Subjetividad: umbrales del pensamiento social*, México, Antrophos, CRIM. pp. 36-72.
- _____ (2000). “El tiempo y el espacio en las teorías modernas sobre la cotidianidad”, en Lindón, Alicia (comp.) *La vida cotidiana y su espacio-temporalidad*. Barcelona: Anthropos/ Colegio Mexiquense/ CRIM-UNAM.
- Levitsky, Steven (2005). *La transformación del justicialismo. Del partido sindical al partido clientelista, 1983-1999*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Lindón Villoria, Alicia (2000). “Del campo de la vida cotidiana y su espacio-temporalidad (una presentación) en Lindón, Alicia (comp.) *La vida cotidiana y su espacio-temporalidad*. Barcelona, Anthropos/ Colegio Mexiquense/ CRIM-UNAM.
- Logiúdice, Ana y Natalia Suárez (2003) “Las políticas públicas frente al desempleo. Algunas reflexiones sobre los programas Trabajar y Jefes de Hogar” disponible en <http://www.saap.org.ar/esp/docs-congresos/congresos-saap/VI/areas/04/logiudice-suarez.pdf>
- Lomnitz, Larissa (1975) *Cómo sobreviven los marginados*, México, Siglo Veintiuno editores.
- _Lvovich, Daniel (2000) “Colgados de la soga. La experiencia del tránsito desde la clase media a la nueva pobreza en la ciudad de Buenos Aires”, en Svampa, M. (ed.) *Desde abajo. Las transformaciones de las identidades sociales*, Buenos Aires, Biblos-UNGS, pp. 51-80.
- Manzano, Virginia (2007a). *De la Matanza Obrera a Capital Nacional del Piquete: Etnografía de procesos políticos y cotidianos en contextos de transformación social*. Tesis de Doctorado, Facultad de Filosofía y Letras, UBA.
- _____ (2007 b). “Del desocupado como actor colectivo a la trama política de la desocupación. Antropología de campos de fuerzas sociales”, en Cravino María Cristina (editora), *Resistiendo en los barrios. Acción colectiva y movimientos sociales*

en el Área Metropolitana de Buenos Aires, Universidad Nacional de General Sarmiento, Instituto del Conurbano.

_____ (2009) “Un barrio, diferentes grupos: Acerca de dinámicas políticas locales en el distrito de La Matanza” en Grimson, Ferraudi Curto y Segura (comps.) *La vida política en los barrios populares de Buenos Aires*, Bs. As., Prometeo.

-Martins, Paulo Henrique (2008). “La teoría democrática y las bases anti-utilitaristas de la asociación”. Revista Argentina de Sociología [online]. mayo/jun. vol.6, no.10. Disponible en <http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1669-32482008000100003&lng=es&nrm=iso>.

-Masseti, Astor (2004). *Piqueteros. Protesta social e identidad colectiva*, Bs. As., Editorial de las Ciencias/FLACSO.

-Massey, Doreen (2005). “La filosofía y la política de la espacialidad: algunas consideraciones” en Leonor Arfuch (comp.) *Pensar este tiempo. Espacios, afectos, pertenencias*. Bs. As., Paidós.

-Masson, Laura (2004). *La política en femenino*, Buenos Aires, Antropofagia. .

-Maus, Marcel (1991). “Ensayo sobre los dones. Motivo y forma del cambio en las sociedades primitivas”, en *Sociología y Antropología*, Madrid, Tecnos.

-Merklen, Denis (2000). “Vivir en los márgenes: la lógica del cazador. Notas sobre sociabilidad y cultura en los asentamientos del Gran Buenos Aires hacia fines de los 90”, en Svampa, M. (ed.) *Desde abajo. Las transformaciones de las identidades sociales*, Buenos Aires, Biblos-UNGS, p. 81-119.

-_____ (2005). *Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática (Argentina 1983-2003)*, Bs. As, Gorla.

-Merlinsky, Gabriela (2002). “El empleo como cuestión social: los programas de generación de empleo en los 80 y 90” en Andrenacci (comp.) *Cuestión social y política social en el Gran Buenos Aires*, Bs. As., Al Margen-UNGS.

-Milstein, Diana (2009). *La Nación en la escuela. Viejas y nuevas tensiones políticas*. Bs. As., Miño y Dávila.

-Muñoz, María Antonia (2004). “Los discursos de la desocupación y la pobreza, las organizaciones de desocupados y la esfera político estatal”, *Laboratorio/n línea* Año IV, n°15, primavera.

-Murillo Susana (2002). “La cuestión social en Buenos Aires. La condición trágica de los sujetos.” en Murillo (comp.) *Sujetos a la incertidumbre. Transformaciones sociales*

y construcción de subjetividad en la Buenos Aires actual. Bs. As., Centro Cultural de la Cooperación. Pp. 29-92.

-Noel, Gabriel (2006). "La mano invisible. Clientelismo y prácticas políticas en sectores populares en la era de las ONG" en Míguez, Daniel y Pablo Semán (eds.) *Entre santos, cumbias y piquetes. Las culturas populares en la Argentina reciente*. Bs. As., Biblos. Pp. 165-182.

-Palmeira, M. y Heredia, B. (1995). "Os Comícios e as políticas de Façoes". *A/nuário Antropológico* n° 94, pp. 31-94.

-Pantaleón, Jorge (2005). *De la carta al formulario. Política y Técnica en el Desarrollo Social*. Buenos Aires: Serie Etnográfica IDES/Antropofagia. (1ra edición 2004).

-Piovani, Juan (2007a). "La entrevista en profundidad" en Marradi, Archenti y Piovani *Metodología de las ciencias sociales*, Bs. As., Emecé.

_____ (2007b). "La observación" en Marradi, Archenti y Piovani *Metodología de las ciencias sociales*, Bs. As., Emecé.

-Pitt-Rivers, Julian ([1954]1994). *Un pueblo en la sierra: Grazalema*. Alianza Editorial. Madrid.

-Puex, Natalie (2006). "Política y prácticas clientelistas en las villas del conurbano bonaerense" en Míguez, Daniel y Pablo Semán (eds.) *Entre santos, cumbias y piquetes. Las culturas populares en la Argentina reciente*. Bs. As., Biblos. Pp. 183-196.

-Quirós, Julieta (2006 a). *Cruzando la Sarmiento. Una etnografía sobre piqueteros en la trama social del sur del Gran Buenos Aires*. Bs. As., Antropofagia.

- _____ (2006b) "Movimientos piqueteros, formas de trabajo y circulación de valor en el sur de Gran Buenos Aires" en *Anuario de Estudios en Antropología Social*, Bs. As., IDES.

- _____ (2006c). "Políticas sociales y movimientos piqueteros: análisis de un universo de obligaciones recíprocas en el sur del Gran Buenos Aires". En: 25a Reunião Brasileira de Antropologia, Goiania.

-Retamozo, Martín (2009). *Movimientos sociales. Subjetividad y acción de los trabajadores desocupados en Argentina*, FLACSO, México

-Robles, Fernando (2000) *El desaliento inesperado de la modernidad*. Ed. Ril, Chile.

-Rossi Julieta, Laura Pautassi y Luis Campos (2003). "¿Derecho social o beneficio sin derechos? Plan Jefes y Jefas". CELS- Centro de estudios legales y sociales, Bs. As., Documento de trabajo.

- Schuttenberg, Mauricio y Luis Santarsiero (2007). “Participación en el Plan Más Vida. Experiencias, formas de sociabilidad e identidades de trabajadoras vecinales del Gran la Plata” en *Programas sociales y participación en la provincia de Buenos Aires*- UNLP. Pp.207-231.
- Schutz, Alfred y Thomas Luckmann ([1973] 2003). *Las estructuras del mundo de la vida*, Bs As., Amorrortu.
- Semán, Pablo (2006). “Introducción” en *Bajo Continuo: exploraciones descentradas sobre cultura popular y masiva*. Editorial Gorla, Bs. As.
- Sigaud, Lygia (2005) “As condições de possibilidade das ocupações de terra”, en *Tiempo social*, v. 17, n° 1, junio. Disponible en <http://www.scielo.br/pdf/ts/v17n1/v17n1a10.pdf>
- Simmel, Georg (2002 [1908]) *Sobre la individualidad y las formas sociales*, Bs. As., UNQUI.
- Soldano, Daniela (2000) “Subjetividad y vida política. Transformaciones identitarias en tiempos de exclusión”. *Apuntes de investigación del CECYP*, Núm 6. pp. 129-147. <http://www.insumisos.com/Biblioteca/Subjetividad%20y%20vida%20pol%C3%ADtica.pdf>
- Soprano, Germán. (2008). “Doña Silvia. Análisis de redes políticas en el peronismo de la provincia de Misiones durante una campaña electoral municipal” en Andes [en línea], [citado 2010-08-23]. Disponible en Internet: <http://redalyc.uaemex.mx/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?iCve=12711815005>. ISSN 0327-1676.
- Stake, Robert E. (1995). *The Art of Case Study Research*. Thousand Oaks, CA: Sage Publications.
- Suriano, Juan y Daniel Lvovich (2006) “Introducción” en Suriano y Lvovich (comps.) *Las políticas sociales en perspectiva histórica*, Buenos Aires, UNGS.
- Svampa Maristella (2001). *Los que ganaron. La vida en los countries y barrios privados*. Bs. As., Biblos.
- _____ (2005). *La sociedad excluyente. La Argentina bajo el signo del neoliberalismo*. Bs. As., Taurus.
- _____ y Sebastián Pereyra (2003). *Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras*. Bs. As., Biblos.
- Tarrow, Sidney (1997). *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Madrid, Alianza Universitaria.

- Thompson, Edward P. (1979 [1989]). “La sociedad inglesa del siglo XVIII: ¿Lucha de clases sin clases?” en *Tradicción, revuelta y consciencia de clase*, Barcelona, Crítica. Pp. 13-61
- Valencia García, Guadalupe (2002). “Pensar el tiempo desde las ciencias sociales” en *Cuadernos de Trabajo* n° 12, Universidad Veracruzana, México.
- _____ (2007). *Entre cronos y kairós. Las formas del tiempo sociohistórico*. Barcelona, Rubí: Anthropos; México, UNAM- Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades
- _____ y Zemelman, Hugo (1990) “Los sujetos sociales, una propuesta de análisis”. *Acta sociológica*, vol III, n° 2, Facultad de Ciencias políticas y sociales, UNAM.
- Vincent, Joan (1990). *Anthropology and Politics. Visions, traditions, and trends*. Tucson and London: The University of Arizona Press.
- Vommaro, Gabriel (2006). “Acá no conseguís nada si no estás en política”. Los sectores populares y la participación en espacios barriales de sociabilidad política.” En *Anuario de Estudios en Antropología Social*, Bs. As., IDES. Pp.161-177.
- Vommaro, Pablo (2003). “La producción y las subjetividades en los movimientos sociales de la Argentina contemporánea: el caso del MTD de Solano”. *Informe final del concurso: Movimientos sociales y nuevos conflictos en América Latina y el Caribe*. Programa Regional de Becas CLACSO.
- _____ (2008) “El trabajo territorial y comunitario en las organizaciones de trabajadores desocupados: el caso del MTD de Solano” en Pereyra, Sebastián, Pérez, Germán y Schuster Federico (eds.) *La huella piquetera. Avatares de las organizaciones de desocupados después de 2001*. Buenos Aires, Ediciones Al Margen. Pp. 335-364.
- Woods, Marcela (2007). “Modalidades y límites de la intervención de la Iglesia Católica en conflictos sociales territoriales. De la mediación a la confrontación en la diócesis de Quilmas” en pp. 77-100. en Cravino María Cristina (editora), *Resistiendo en los barrios. Acción colectiva y movimientos sociales en el Área Metropolitana de Buenos Aires*, Universidad Nacional de General Sarmiento, Instituto del Conurbano.
- Wyczykier, Gabriela (2006). “La vinculación de las organizaciones civiles y el Estado en la implementación del programa Jefes/as de Hogar Desempleados” en *Políticas sociales y acción local. 10 estudios de caso*, Bs. As., IDES pp. 251-280.
- Yin, Robert K. (2002). *Case Study Research: Design and Methods*. Thousand Oaks, CA: Sage Publications.

-Zemelman, Hugo (1987). *Conocimiento y Sujetos Sociales*. El Colegio de México. México

- _____ (1992). *Los horizontes de la Razón*. Madrid, CRIM- Anthropos.

_____ (s/f) . “Pensar teórico y pensar epistémico: los retos de las Ciencias Sociales Latinoamericanas”, publicado en <http://images.sociologia07.multiply.com/attachment/0/RoMqTgoKCpkAAE5BcEg1/Doc%20ZEMELMAN.doc?nmid=47728633>

- _____ (1997) “Sujetos y subjetividad en la construcción metodológica” en León, Emma y Hugo Zemelman (coords.) *Subjetividad: umbrales del pensamiento social*, México, Antrophos, CRIM. Pp. 21-35.

- _____ (2005) *Voluntad de conocer. El sujeto y su pensamiento en el paradigma crítico*. México, Anthropos.

-Zimmerman, Eduardo (1995). *Los liberales reformistas. La cuestión social en Argentina, 1890-1916*. Buenos Aires, Ed. Sudamericana.

Material periodístico

-“El oficio de la etnografía”, entrevista de Edison Hurtado a Javier Auyero, publicada en *Íconos*, núm. 22, Quito, mayo 2005. ISSN: 1390-1249.

-“Estamos en la Argentina privada”, entrevista a Alcira Argumedo, publicada en el trabajo “La imprescindible búsqueda del Club Social”, por Ignacio Damiani, noviembre de 2009, disponible en http://www.tea.edu/Deporte/nota_comp.php?id=227.

Diarios

-“El próximo temporal debe encontrar a la Ciudad mejor parada”, en *El Día* del 18/05/2000

-“Deben reponerse ya los árboles que mató el temporal” en *El Día* del 24/05/2000

-“Triunfos oficialistas con dos excepciones”, en *El Día* del 27/11/2000

-“Delegados: balance del día después”, en diario *Hoy* del 28/11/2000

-“Sorpresa en Barrio Arroyo: cambió el ganador” en diario *Hoy* del 30/11/2000

--“El temporal castiga la región” en diario *Hoy* del 29/10/2001

“El temporal causó al menos 13 muertos en todo el país” en *Clarín* del 12/11/2003

-“El fuerte temporal dejó en todo el país 14 muertos y graves daños” en *Clarín*, 13/11/2003

-“Bruera es intendente y sacaba más de 5 puntos”, en *El Día* del 29/10/2007

-“Bruera se queda con 9 concejales propios”, en diario *Hoy* del 30/10/2007

- “Pablo Bruera es el nuevo intendente de La Plata”, en diario *Hoy* del 29/10/2007

- “Bruera, el que pudo con Alak”, en *La Nación* del 31/10/2007
- “El drama de tener que abandonar el hogar por las inundaciones”, en *El Día* del 29/02/2008
- “Piquete de víctimas de la inundación en Puerto Madero” en *La Nación* del 05/03/2008
- “Los inundados de La Plata reclaman por la autovía” en *Página 12*, del 05/03/2008
- “Sin clases en un jardín por caída del techo” en diario *Hoy* del 14/10/2009
- “La ciudad amaneció devastada por el temporal” en diario *Hoy* del 25/10/2009
- “La Plata: final polarizado entre Alak y Bruera” 29/10/2007 publicado por Impulso Baires disponible en <http://www.impulsobaires.com.ar/nota.php?id=34126>
- “Los barrios piden obras pero nadie los escucha”, publicado en el Blog de Infoplatense.com.ar del 07/09/2008 disponible en <http://infoplatense.obolog.com/barrios-piden-obras-nadie-escucha-125413>
- “Un puntero de Bruera se queda con la comida de todo un barrio” del 16/11/2008 disponible en <http://infoplatense.obolog.com/puntero-bruera-se-queda-comida-barrio-160591>
- “Historia de Barrio Arroyo” en revista *Tiempo* disponible en <http://revistatiempo.blogspot.com/2009/06/historia-de-barrio-arroyo.html> junio de 2009
- “Aprueban cambios” en revista *Tiempo*, del 30/01/2009 disponible en <http://revistatiempo.blogspot.com/2009/01/barrio-arroyo-delegacion.html>
- “Continúa la protesta de organizaciones sociales en la 9 de julio” en *La Nación*, 02/11/2009
- “Cooperativas sin punteros!! Movilización y acampe frente al Ministerio de Desarrollo Social” publicado el 02/11/2009 en <http://argentina.indymedia.org/news/2009/11/702129.php>
- “Se levantó el acampe en la 9 de julio”, en *Página 12*, 03/11/2009

Documentos

- Datos del MDS, disponibles en <http://www.desarrollosocial.gov.ar/Planes/PF/resena.asp>
- Decreto 1506/04 disponible en http://www.desarrollosocial.gov.ar/Planes/PF/normativa/Decreto%201506_04.pdf

-Resolución 825/05 disponible en
<http://www.desarrollosocial.gov.ar/Planes/PF/normativa/res3380.pdf>

-Resolución 3380/09, disponible en
<http://www.desarrollosocial.gov.ar/Planes/PF/normativa/Resolucion%20825.pdf>